LORETO SESMA

BLOODY MARY

Una novela en los márgenes
que se lee con los cinco sentidos



SUMA

Loreto Sesma

Bloody mary

SUMA de letras

A ti,
que siempre supiste la verdad
y a pesar de eso
siempre fuiste mi mejor espejo

XII

Cómo brillaban,
recuerda, en los ojos que te miraban;
cómo temblaban en la voz, por ti, recuerda, cuerpo.

CONSTANTINO KAVAFIS

Te voy a explicar cuál es la tercera pata de la mesa humana. La vida es demanda y oferta, todo se limita a eso, pero así no se puede vivir. Es necesaria una tercera pata para que la mesa no se desplome en los basurales de la historia. Así que toma nota, esta es la ecuación: oferta + demanda + magia. ¿Y qué es magia? Magia es épica, sexo, bruma dionisiaca y juego.

ROBERTO BOLAÑO

Desde alguna parte
me mira
esa mujer que fuiste
alguna vez lejana
y me pide cosas
me pide memoriales
versos
y perdón por el futuro.

CRISTINA PERI ROSSI

LA HERIDA

Dicen que hay que curar las heridas, lo que una vez dolió, para poder seguir viviendo; que si no lo haces se convierten en ese arañazo que escuece cada vez que en un gesto torpe lo rozas con la ropa. Hay heridas que son momentos litografiados en la memoria con una exactitud casi científica. Hacen su aparición repentina como una proyección interior, algo así como una película siempre disponible en el eco más puro de tu mente que viene a recordarte tu vida. Lo que te dolió.

Dicen que así se quedan enganchados también los traumas, en cajones cerrados con una llave que solo puedes aspirar a recuperar cuando tu cuerpo considera que tienes las herramientas necesarias para sostener lo que viviste. Lo que también olvidaste por supervivencia. Cuando abres ese cajón de incógnita sospechada, la vivencia aparece en ese proyector interior desde el flash. Exactamente como ocurre con algunos recuerdos de la infancia. Cuando menos lo esperas, como si hubieran estado esperando el momento para volver a salir a escena y reclamar su presente desde las cenizas que creías caducas del pasado.

Lo peor de las heridas vivas es que son caprichosas y latentes. Están ahí, las sientes por mucho que trates de ignorarlas. Finges que la vida sigue, que no te ponen la zancadilla al andar, pero solo consigues esconderlas en ciertos instantes. Creas disfraces, caracterizaciones exteriores, que salen a la palestra cuando ese pensamiento cruza como una estrella fugaz por tu cabeza. Te aplicas con esmero el maquillaje en las ojeras, chivos expiatorios de tu

insomnio, y el rímel para disimular los ojos hinchados. Porque nos esforzamos más en ocultar que en resolver.

Algunas heridas son actos (propios o ajenos). Otras son personas (o nosotros mismos). Pero en cualquiera de los casos, una sombra subyacente en cada una de tus acciones. Eso de que las personas no cambian es mentira. Sí cambias, y lo haces como resultado del efecto dominó de las alegrías y pesares que vas viviendo. Estás marcado por tu pasado aunque sigas siempre avanzando, a veces con valor, otras sin remedio. Y te transformas, evolucionas como la más básica de las especies, pero por la supervivencia de tus propios sistemas emocionales.

El dolor te ayuda a ser mejor persona o te convierte en el hijo de puta definitivo. En cualquier caso, cambias. En la mitología griega creían que el origen del universo solo pudo generarse gracias al caos. Los científicos sostienen que las mayores estructuras del espacio nacen como consecuencia de colisiones. Y yo creo, después de lo vivido, que la inmensidad interior depende también de un monitor de signos vitales más bien abrupto.

Despiertas del letargo siempre con la alerta, la sospecha o la amenaza. El cortisol, las personas, la vida y el amor hacen el resto.

1

Encuentro un pintalabios en la guantera. Es rosa, uno de esos carmines chillones que sueles ver en las tiendas y siempre te preguntas quién podrá comprar semejante producto. Está guardado en su caja de cartón con las esquinas ya desgastadas. Lo abro, está erosionado por el uso, con esa curvatura que tienen las barras de labios que son empleadas asiduamente, como si lo hubieran rastrillado con unos labios cortados. Olor a vainilla, cosmético barato.

Miro a Galo, que conduce, abstraído en sus pensamientos. Ahí empieza todo, en esa sensación súbita de conocimiento que te dan los golpes inesperados. Es como un zarpazo, o como si me hubieran echado agua helada en la cara en mitad de un profundo sueño.

—No sé, cariño, se lo habrá dejado el cliente anterior —dice mientras mira por el retrovisor para cambiarse de carril.

Es un coche alquilado, pero yo lo sé, sin indagar más allá de una simple pregunta que obtiene una más que previsible respuesta. Finjo creerme que ignora cómo ese carmín ha llegado al coche con el que ha venido a buscarme un lunes al trabajo y con el que, en teoría, él ha acudido a una convención de trabajo. Incluso me engancho a la conversación que se inicia sobre la poca formalidad de las empresas de alquileres con las pertenencias de los conductores anteriores.

Habla y habla, pero el olor del carmín está incrustado en mi olfato, como si hubiera respirado lejía.

Galo y yo no estamos pasando por un buen momento juntos, individualmente todo indica que vivimos experiencias bastante distintas. Él siempre ha tenido una capacidad envidiable para esconder el polvo debajo de la alfombra. Ante los problemas suele evadirse hasta encontrar una solución, y yo nunca he interferido en sus viajes al más allá, pero desde hace un tiempo no me siento cómoda con la práctica.

Tampoco es que yo esté en el camino de la beatificación, ninguno de los dos somos santos, pero quizá la mentira es lo único que no engrosa mi lista de pecados. Al menos hasta ahora. Lo malo de la traición es que convalida la revancha, la justifica desde el punto de vista humano (y a estas alturas de la historia, el plano ético ha sido relegado a un apunte a pie de página de un curso prematrimonial).

Hace meses que vivimos en dos realidades paralelas que convergen en algún punto de la rutina. Nos encontramos en comentarios abstractos como «hay que comprar aceite» o «los vecinos se han comprado un coche nuevo». Todavía dormimos juntos, y es cierto que a veces resucita alguna pequeña ascua de nuestra pasión caducada y hacemos el amor.

Llevo un tiempo preguntándome qué ha perdido mi cuerpo para dejar de ser atractivo para mi marido. Me castigo pensando por qué el tiempo nunca pasa en balde, por qué la piel siempre es su primera víctima.

Del cuerpo de una mujer se espera que sea eternamente bello, atractivo, perenne. Una mujer sensual que ha pasado la veintena es aquella que tiene un cuerpo de veinte años, pero sin tenerlos.

Compro lencería en alguna tienda erótica (cuanto más barata, mejor) para simular escenas de los vídeos pornográficos que se deja abiertos Galo en el ordenador común algunas noches. Los veo a la mañana siguiente, con el primer café del día. El canon de mi marido es el de chicas jóvenes, con una melena muy corta, Amélies muy delgadas y con rostros angelicales (casi infantiles), que no hacen nada más que despertar en mí la nostalgia de un cuerpo que he perdido: sin dolencias (pero tampoco experiencia), sin peso y sin gravedad, sin marcas ni huellas. Un cuerpo puro y virgen para el tacto de otro, un cuerpo todavía por conquistar.

Entiendo el morbo, aunque no puedo evitar mirarlo como si fuera un disfraz de juventud e improvisación mientras mi cabeza pilota desde la ironía y la veteranía. Desde el juego, en definitiva. Mientras espero a que el café se enfríe un poco, coloco el cursor sobre los vídeos y veo las imágenes pasar como en el Cinexin que utilizaba de niña para ver dibujos animados. Parece que no tiene preferencia por el contenido profesional o amateur, por eso suele saltar de uno a otro. La estadística sobre el minutaje de media de eyaculación de mi marido coincide con el visionado de tres vídeos en Pornhub. A veces saco de la pantalla la fantasía para tratar de convertirme en ella.

Hay una fuerza intrínseca en la mujer que, para conseguir lo que busca, sabe ser y transformarse en cualquier cosa que le ayude a llegar a su objetivo. Siempre he pensado que es un poder que la naturaleza nos ha dado para sobrevivir en una selva de juicios y exigencias. Aprendemos, desde muy pequeñas, a enmascararnos unas veces y desenmascararnos otras para por fin ser nosotras las que saciemos nuestras propias exigencias. Porque, desde luego, nadie más lo hará.

A pesar de todos los esfuerzos que he hecho a lo largo de mi vida por convertirme en algo más que un atractivo sexual, al convertirme en todas las chicas que veo en esos vídeos vuelvo sin quererlo al punto retrógrado de la adolescencia. Ese momento en el que, descubriendo tu propia identidad, piensas que lo primero es el cuerpo; casi por instinto animal, lo esencial es enseñar el plumaje.

Así paso a ser el erotismo sin elegancia que contemplo en los vídeos que consume Galo. En mi camuflaje pornográfico soy profesora, madre, médico y demás roles; y de primeras, la práctica no solo sorprende a mi marido, sino que vuelve a otorgarle a su rostro esa desfiguración que se da en los hombres cuando están ensimismados con su propia erección. Esa es la clave: lo que le excita es que deje de ser su mujer para ser cualquier otra. Jugar a la lujuria de los rostros que no tienen nombre, ni obligaciones en común, y que se rinden al otro con el único deseo de alcanzar el clímax.

Exceptuando la teatralidad de esos encuentros, el sexo por lo general es una necesidad biológica en la que Galo vacía sus testículos. Mecánico, silencioso, rápido. Carecemos de intimidad porque hemos perdido ese magnetismo tántrico que da la pasión cuando va más allá de lo sexual para tornarse en un intercambio de lenguajes que hablan a través de la piel.

El problema no es que conozcamos el cuerpo del otro de memoria, que ubiquemos el punto de arranque y el de desenfreno como uno conoce de sí mismo los lugares de placer en la masturbación. El problema es perder el interés en redescubrir nuevos límites. Hemos aflojado la mirada y la hemos supeditado a unas rutinas

aborrecibles. No nos detestamos ni odiamos las manías del otro; solo nos ha dejado de importar lo que el otro piensa o hace.

Lejos de ser yo un ejemplo a seguir en las prácticas católicas, en ocasiones recuerdo las palabras del sacerdote que nos casó en una ermita perdida en el mapa de Cantabria y siento, inevitablemente, que se me encoge el corazón. Nuestra boda fue íntima, sin lujos, casi parecía un acto honesto de querer entregar el resto de nuestra vida al otro. En aquel entonces todavía pensábamos que aquello sería posible; e incluso ahora sería capaz de hacerlo, pero nadie te cuenta que las curvas que te encuentras en el camino de la convivencia pueden empujarte a descarrilarte del plan.

El sacerdote se acercó durante el discurso, como si quisiera hablarnos únicamente a nosotros. Recalcó la importancia de la honestidad, la gratitud y el perdón. «A partir de hoy, vuestro matrimonio funcionará como un baile en el que dejas de buscar lucirte con tus pasos para empezar a seguir los movimientos del otro; y en ese ir y venir, lo único que importa es haceros felices el uno al otro», nos dijo en tono pausado como si nos estuviera regalando el secreto de la receta perfecta. Hemos hecho pleno al quince.

Convivimos en una soledad compartida. Nunca llegamos a ese punto en el que ciertas parejas desdibujan sus gustos, sus pasiones o incluso sus manías y errores para encajar con el otro. Nosotros no compartimos visionado de series ni planes de domingo. Yo nunca he olvidado que me gusta el café recién hecho, pero que siempre le añado un poco de agua fría para evitar echarle azúcar; tampoco que odio ver películas extranjeras dobladas al castellano. Siempre dejo los abrigos en la silla de la entrada en lugar de guardarlos en el

armario, algo que Galo detesta profundamente porque él ordena de manera milimétrica cada una de sus prendas. No me he olvidado del número de teléfono de mis amigos ni de sus cumpleaños, no me he alejado de ellos, no he construido una burbuja de un matrimonio edulcorado en la unión eterna.

Nada de eso, simplemente paso mucho tiempo sola. Al principio intentando descifrar cómo hemos naturalizado la ruptura de una vida en común bautizándola de sana independencia. Me martirizo pensando dónde he cometido el error como mujer, si es mi carácter, si es mi cuerpo; si es que ya le parece tedioso encontrarme al fondo del pasillo al llegar a casa y el brillo de la novedad se difumina como la visión borrosa de un parabrisas mojado. Cuando la rutina se ha detenido por un momento forzada por el freno abrupto de ese pintalabios, me he dado cuenta de que hace tiempo que Galo ya no está.

Lo más gracioso es que he infravalorado su inteligencia emocional y he creído que él no se daba cuenta, que vivía ajeno al álgebra matrimonial al que yo nos someto constantemente. Por eso, siendo honesta, encontrar el pintalabios casi ha supuesto un alivio. Quizá necesitaba una confirmación externa, una señal que me dijera que los dos sabemos de qué hablamos cuando empezamos a no hablar de nada. Nos hemos convertido en moldes opuestos a lo que solíamos ser o a quienes éramos cuando nos conocimos.

2

Era finales de junio, uno de esos días en los que uno empieza a intuir a cuánto ascenderá el termómetro durante el verano. Mi amiga Fiama me había invitado a uno de esos planes que tanto le gustaban por aquel entonces, cuando teníamos veintipocos, en un bar en Noviciado, y que sigue repitiendo ahora con treinta y algo.

Recuerdo que el local estaba decorado de forma exquisita y que, de no haber quebrado, hoy en día sería un punto de interés para influencers. Salvo los baños, que no estaban precisamente limpios y que, para colmo, los desinfectaban tan solo con vinagre blanco. Un inodoro con olor a repelente infantil de piojos que, además, tenía todas las paredes con señales paleontológicas de las borracheras de medio Madrid.

Yo llevaba unos vaqueros negros y un body que me encantaban y que solía ponerme los días en los que necesitaba enfundarme un disfraz de seguridad. Salí del baño, crucé el bar para dirigirme a la barra. Precisaba más refuerzos que me ayudaran a aliviar la noche. Ahí estaba él, y ahí estaría cada vez que coincidiéramos. Galo se movía en los bares como un cazador en un coto de caza. Si quería llegar a su presa, tenía que entender antes sus hábitos y sus comportamientos, buscarla siguiendo las huellas. Y solo entonces, por fin, introducía la labia del humano que tenía hambre. Él

interpretaba el gesto y la mirada para transformarlas después, a su gusto, en química, en conquista.

Por eso, supongo, tradujo desde el principio que yo no era de esas que bailaban en el centro de la sala, tampoco de las que se pasaban la mitad de la noche con los que fumaban en la puerta, y nunca fui habitual de los baños ni sus recetas. Era fácil encontrarme: mi lugar era la barra con una tónica con cuatro hielos humedeciéndome las palmas de las manos. Tan sencillo, me imagino, que en el show nocturno en el que se acababan convirtiendo los bares de madrugada llamaba la atención. Para mí era un punto de salvación y de seguridad, como los halcones que buscan las cimas más altas para observar y proteger a las crías. Mi nido en un bar era la barra. Así de simple.

Él iba vestido con un traje azul marino que combinaba con unas zapatillas de deporte blancas. Pensé que sería alguien que había ido a por un paquete de tabaco o que quizá necesitaba ir al baño después de una reunión con inversores en criptomoneda. Como mínimo. Tenía que ser extranjero: alemán, suizo o francés. Eran los que solían llevar zapatillas blancas. Hasta que vi a Fiama batir un récord atlético en velocidad con unos tacones de quince centímetros. Ahí es cuando supe que aquel hombre ni se había perdido ni estaba de paso, sino que se acababa de convertir en uno de los nuevos objetivos de Fiama.

Continué mi trayecto ahora sabiendo que los camareros también tendrían que darme conversación. Y ahí, sentada hablando con uno de ellos y tras cuarenta y cinco minutos de discurso sobre su preparación como coctelero profesional, una ráfaga de ochenta litros de perfume que conocía de memoria me hizo girarme hacia un lado.

—Creo que no nos han presentado. —Dos besos—. Soy Galo.

—Yo soy Penélope, encantada. —Le di un sorbo a mi vaso y sonreí.

—¿Qué te trae a esta fiesta, Penélope? —preguntó arrimándose a mí en la barra y haciendo chocar nuestros brazos.

—Mi amiga.

—¿Y dónde está tu amiga? Porque llevo mirándote un buen rato y solo te he visto hablando con el camarero.

—Pues, de hecho, creo que está buscándote a ti —respondí sin poder evitar que me entrara la risa.

Aquella situación era surrealista.

—Pues que no me busque más… —dijo acercándose un poco.

—Galo… Era Galo, ¿no? —pregunté.

Él asintió curvando los labios en una sonrisa.

—Hay dos cosas en las que me fijo cuando conozco a alguien: sus zapatos y su perfume —continué mientras enumeraba con los dedos ambos elementos—. Y solo te diré una cosa: odio profundamente las zapatillas blancas y llevas el perfume de mi ex.

—Por suerte suelo quitarme los zapatos al desnudarme. Lo del perfume ya veremos cómo lo solucionamos.

Me quedé en silencio. El rollito de macho alfa me aburría soberanamente. Podría haberle explicado eso también, pero estaba agotada. Me excusé diciendo que tenía que ir al baño y, literalmente, hui. Se supone que una persona te atrae o no según una serie de elementos químicos, y que un órgano olfativo llamado vomeronasal es el encargado de percibir las hormonas que generamos. El mío estaba en aquel momento ahogado en un bote de Calvin Klein que odiaba profundamente porque, casualidades de la vida, era el mismo

que usaba mi novio en aquel momento. Bueno, exnovio desde hacía menos de un mes. Un tarado sin diagnosticar por un profesional de la salud mental que, si hubiese sido por el testimonio de sus exnovias, habría sido ingresado en cualquier psiquiátrico. Pero esa es otra historia. Quizá la cuente en otro momento.

Volviendo a Galo, el primer pensamiento que me pasó por la cabeza nada más conocer al que años después sería mi marido, y podría citarlo textualmente, fue: «Menos mal que no es el cabrón de mi ex». Y es que, si hubieran escalado del uno al diez el porcentaje de probabilidades de que yo me fijara en un hombre como él, hubiera sido el descubrimiento más desconcertante de la estadística. De hecho, pensándolo bien, creo que fue la primera vez que me había fijado en uno que sabía ponerse una corbata. Había conocido a hombres que hacían nudos marineros, nudos de ocho en escalada o, en el caso de mi ex, nudos en el estómago. Pero de su propia corbata, nunca. Tampoco es que habláramos mucho durante aquella noche, yo estaba en uno de esos días en los que cualquier acto social exigía más que hacer cumbre en el Everest, así que, cuando valoré que Fiama estaba cómoda y que yo ya había hecho acto de presencia suficiente, me fui a casa.

El camino de vuelta de la que había sido una noche larga fue para mí, como siempre, un punto de encuentro con esa parte de mi mente que, normalmente y por decoro, estaba apagada. O mejor dicho, oculta. Había algo en mi versión de madrugada que adoraba. La inconsciencia, supongo; andar como un espíritu errante subiendo Noviciado. Los ojos desperezándose cuando los alumbraba el faro de algún taxi, siempre ocupado, mientras buscaba la manera de volver a casa o a algún lugar del pasado en el que las cosas no dolían

porque la vida la formaban cosas casi banales. Que no importara el tiempo, ni el ruido encapsulado en los oídos después de haber estado en cualquier garito sin límite de decibelios. Que nadie me esperase en casa. Las llegadas borrosas en las que me desabrochaba por fin el sujetador y me descalzaba, me preparaba la peor receta que una mente pudiese llegar a imaginar y, simplemente, me desplomaba en la cama hasta el día siguiente.

Aquella noche recuerdo que llevaba puesto ese body que tendrán que incinerar conmigo por todas las historias que me ha dado. No sé cuánto tardé en coger un taxi ni qué comí al llegar a casa. Lo único que sí evoco con claridad es cómo me vino a la mente el rostro de Galo al despertar y cómo siguió presente en mi cabeza durante varios días.

3

Estoy en la estación de metro esperando a que el tren llegue para volver a casa después del trabajo. El último se acaba de ir y siempre me he negado a ser de esas que corren por los pasillos como si lo que perdieran fuera una oportunidad. Apoyada en la pared más cercana a las vías, siento el agotamiento en mi cuerpo por las ocho horas sentada frente al ordenador en la oficina. Suelo colocarme ahí siempre, más allá de la línea amarilla de seguridad. Me gusta la sensación de vértigo y oler el hierro quemado de las vías. La muchedumbre en la estación de plaza Castilla caldea el aire y lo condensa hasta hacer impensable que vaya a haber el oxígeno suficiente para que respiremos todos. Por eso me gusta ese lugar de espera, porque en ese punto se puede sentir la brisa de los trenes cuando salen de los túneles a toda velocidad. Me deprime coger el metro a esa hora, ver a todo el mundo ensimismado con el teléfono y con un evidente agotamiento vital.

Sé que está llegando el tren cuando veo que la gente empieza a agolparse como un rebaño. Si inmortalizaran la imagen que se refleja en el espejo circular de seguridad que está encima de mí, sería una fotografía deprimente. Me estoy quitando el abrigo, para no desmayarme en mitad de esa sauna humana, cuando se coloca a mi lado una mujer que está respondiendo a dos teléfonos a la vez.

Va perfecta, trajeada y con tacones *stiletto*, y, con una destreza de malabarista, teclea e intercambia los dispositivos. Me recuerda a mi amiga Bruna. Tiene la misma manera de relacionarse con el mundo, físicamente presente pero absorta en el último e-mail recibido y en el pendiente por enviar. Siempre ha sido así, como si estuviera medio presente sin llegar nunca a estarlo del todo. Nos conocimos en la empresa que me contrató para unas prácticas cuando terminé la universidad. Solíamos coincidir en la cafetería del edificio por las mañanas. A mí me daba tanto miedo mi jefe que prefería ir algo más temprano de lo que me exigía mi horario laboral, tomarme un café mientras me leía un libro y así asegurarme de que entraba en hora. Ella se solía sentar al fondo. Yo la veía revisando papeles mientras leía el periódico, anotaba cosas en una libreta y atendía llamadas.

Un día la vi llorando frente a sus papeles mientras los tachaba con rabia. Me acerqué al camarero, pedí dos cafés y me senté con ella.

—¿Estás bien? —pregunté acercándole la taza.

Me miró con desprecio, como si le molestara que alguien interviniera en su vulnerabilidad.

—Perfectamente. Solo estoy un poco estresada, eso es todo. Quieren que resuelva toda esta mierda, pero con un sueldo de mierda.

Ella era la becaria del departamento legal y la popular entre el tropel de becarios porque todos coincidían en que iba a triunfar.

—Todo el mundo dice que eres la mejor —dije queriendo animarla.

Debí de acertar con la respuesta porque su rostro comenzó a recomponerse de nuevo.

—Oye, hoy viene a buscarme a la salida del trabajo mi mejor amiga, ¿por qué no te vienes y así te despejas un poco? —propuse.

Nos encontramos a la salida. Pasó toda la tarde en silencio escuchándonos a Fiama y a mí hablar de chorradas. Las tres pensamos ese día que no teníamos nada en común, pero aun así se fue uniendo cada vez más a nuestros encuentros.

Su mayor virtud siempre ha sido su frialdad, que es lo que ha hecho que haya conseguido triunfar como todos previeron. También su peor defecto. Yo siempre la he querido desde la admiración, es el único lugar desde el que te deja acercarte a ella. Fiama, en cambio, desde aquella tarde en la que las presenté siempre dice que hay que quererla desde la compasión. Nunca se lo he dicho. Es lo peor que se le puede decir a alguien como Bruna.

Llevo varios días pensando en llamarla porque ella puede proporcionarme parte de la información que me falta. Sé que siempre comentan entre colegas de profesión lo que ocurre en los demás despachos. Son competitivos hasta en comprobar quién ha conseguido el mejor cotilleo.

Llega el tren y dejo que pase gran parte de la gente. Solo cuando queda un minúsculo hueco entre la pared y la puerta, me escurro hacia el interior. Escucho la música que se escapa de los auriculares del chico que está a mi lado. Quizá, si yo me pusiera a escuchar a ese volumen una canción tan estridente, dejaría de pensar durante un rato sobre lo ocurrido en el coche con el pintalabios. Atravieso Madrid prensada por cientos de desconocidos que, me imagino, llevan en la mente su propio ruido. La cabeza me da vueltas, como en aquella canción de Nacha Pop, buscando los mapas sin resolver de lo que ha sucedido en los últimos días. En concreto es una pregunta la que marca todo: ¿por qué alquiló Galo un coche si, normalmente, en el despacho le procuran los desplazamientos? Una

parte de mí intuye que la convención a la que se suponía que tenía que asistir durante el fin de semana anterior solo había sido un simposio de excusas para poder irse con la dueña del pintalabios.

Siete paradas después, estoy taconeando con rapidez la estación de Iglesia con una decisión tomada. Quiero salir al exterior lo antes posible para llamar por teléfono a Bruna. Lo hago cuando estoy atravesando las pesadas puertas de cristal que separan el hormiguero que es el metro con el mundo exterior. El frío me abofetea en la cara y me ayuda a espabilarme cuando Bruna, al otro lado, responde sorprendida.

Sé que su reacción se debe a que cualquier persona de mi entorno sabe que no me gusta llamar por teléfono. Salvo emergencias. Ella ha tardado dos tonos en responder. Sofocada, ha salido de la ducha corriendo para atenderme. Se dan unos segundos de incomprensión cuando se encuentra mi voz increíblemente tranquila al otro lado. Más extraño le parece que le pregunte si ha escuchado hablar de una convención en Sevilla hace unos días.

Estoy llegando al portal de mi casa cuando damos por zanjada la conversación. Cuando le he insistido por tercera vez sobre la importancia de la búsqueda, se escabulle alegando que se está quedando helada y ha de volver a meterse en la ducha, que tratará de enterarse y, acto seguido, cuelga. Bruna es una de esas amigas divorciadas antes de casarse, que huye de cualquier tipo de compromiso desde que su socio de gabinete, del que estaba muy enamorada (por mucho que ella diga que no), dejó embarazada a una chica de dieciocho años recién cumplidos. Desde entonces oculta un luto romántico que, eso sí, le ha ayudado a ser una de las

profesionales con mayor prestigio de Madrid. No hay nada en el mundo que se interponga en su trabajo.

Es habitual en nuestros encuentros que me ponga al día de los tejemanejes de los despachos conocidos. Siempre me comenta lo bochornoso que puede llegar a ser presenciar cómo los tópicos no solo son reales, sino que son algo tan habitual que lo excepcional es, de hecho, lo contrario. Ellos, con las secretarias. Y ellas, con sus entrenadores personales. Sin embargo, si algo me enamoró de Galo fue su inteligencia. La pasmosa tranquilidad en su respuesta cuando le pregunté por la procedencia del cosmético y su comportamiento los días siguientes, más que habitual, me devuelven constantemente la duda de si en verdad la sospecha es una realidad o una casualidad. Torpe, pero casualidad. ¿Para ser un hombre tan inteligente se hace tan bien el tonto?

Agradezco comprobar que no está en casa cuando llego, así no tengo que disimular y aparentar una actitud alegre que desde hace unos días no tengo. Todavía procuro fingir, me imagino que guiándome por lo que siempre he escuchado decir a mi madre. Según ella un hombre espera volver a casa y encontrarse con una mujer completa que convierte en cálido el hogar. En el momento en el que no lo encuentran, salen a buscarlo fuera. La ausencia de Galo me permite ser la persona pasiva en la que de manera inconsciente me estoy convirtiendo.

Me cambio de ropa y voy a la cocina a prepararme una taza de sopa instantánea. Tengo hambre, pero me resulta agotadora la idea de tener que pensar qué cenar y, lo que es peor, cocinarlo después. Además, para qué, si voy a cenar de nuevo sola. Calculo que serán

las diez de la noche, y que si Galo no ha dado señales de vida es que volverá tarde.

Dos minutos de microondas, otro de espera para no abrasarme la lengua y otros tres que tardo en beberme mi suculenta cena, y ya estoy en la cama. Desde que ha pasado todo, solo quiero que los días acaben lo más temprano posible. Estoy agotada, pero ese cansancio, más la ansiedad que se apodera de mí por las noches, no me deja dormir. Son las tres de la mañana cuando, por fin, concilio el sueño.

Durante la noche siento cómo Galo abre la puerta del dormitorio y, ayudándose con la linterna del móvil, se mete entre las sábanas. Es una paradoja, pero la calidez de su cuerpo y el roce de su barba en la mejilla al darme un beso me hacen sentirme injustamente expropiada de mi vida, pero obligada a seguir en otro plano simulado.

Cuando me despierto al día siguiente, Galo ya se ha ido. En el baño todavía se adhieren las gotas a la mampara de la ducha, por lo que no debe de hacer mucho que se ha marchado. Me desvisto y me meto en la ducha con la esperanza de que el agua me espabile.

Ya son demasiadas las noches sin dormir por tener la mente centrifugando en busca de la respuesta definitiva y mi cuerpo se está resintiendo. He ganado en insomnio lo que he perdido en confianza en mi matrimonio, en Galo y en mí misma. Necesito descansar física y mentalmente, huir durante al menos un rato de ese pensamiento circular que me persigue como una sombra en cada uno de los actos de mi rutina.

Esta mañana en concreto se van acumulando las señales. Voy a tomarme un café y, al abrir la lata de hojalata donde guardo las

cápsulas, me encuentro con que no queda ni una. Si se supone que se puede leer el futuro en los posos del café, estoy jodida. Ese es el mío: la nada. Y un dolor de cabeza que me perseguirá hasta que, en la oficina, vaya a la máquina a por mi dosis de cafeína.

Es cuando estoy ya de camino al trabajo cuando me llega un aviso al teléfono con la convocatoria de una reunión urgente. Despacho 23, planta 12; mala señal. Es la planta de Recursos Humanos. Al llegar, tengo que pedir otra vez al de seguridad, que encima le toca el turno al antipático, que me deje pasar el torniquete sin la tarjeta de empleado.

—Voy a acabar pasando un parte a tu superior —dice sin mirarme ni siquiera a los ojos mientras pulsa el botón de acceso.

Eso me llega a pillar con un café y probablemente le contesto, pero suficientes frentes tengo que torear ya. Me tiemblan las manos cuando me subo al ascensor y presiono el botón correspondiente. Que yo recuerde no he cometido ningún error en el trabajo, al menos de importancia. Mi dislexia, en principio superada, se cuela de vez en cuando en los e-mails o, como mucho, he entregado algún informe pasado el *deadline*, pero no mucho más. Al llegar, veo a través de la puerta acristalada al jefe de mi sección.

—Buenos días. —Y cierro la puerta tras de mí.

Debe de ser la sala de juntas para los accionistas. Completamente acristalada, desde ahí los doce pisos que separan del suelo se convierten en reales. En el resto de las plantas la disposición es más parecida a una ratonera. Los puestos de trabajo están ordenados de forma concéntrica y mi área, dedicada a la Administración, coincide con el núcleo, por lo que las ventanas están alejadas. Además, los

módulos están separados, por lo que ni siquiera puedo mirar a los compañeros de al lado.

Jorge, mi jefe de sección, señala la silla que está al otro lado de la mesa. Quiere dejar claras las distancias de momento.

—Buenos días, Penélope —dice entonces mientras ordena un sinfín de folios encima de la mesa—. Seré breve. Estamos a muy poco de cerrar el año y, por el momento, solo has conseguido un objetivo de los cuatro que se marcaron. Tienes que comprender que esto es una multinacional y que nuestra estructura depende de la consecución de esos objetivos. —Hace una pausa para mí del todo dramática en la que estoy al borde del infarto, pero que para él solo es un respiro para humedecerse el dedo índice y repasar los folios. Entonces levanta la mirada—. Corazón, ¿está todo bien en casa?

Quiero echarme a llorar, pero no por la posibilidad de perder el trabajo, sino por esa sensación de rendición absoluta que me va conquistando el cuerpo cada vez con más fuerza. Estoy cansada de acumular tormentas. Aun así, el rechazo absoluto por ese último arreón paternalista activa, no sé cómo, el último resquicio de orgullo que me queda. Me limito a asentir con la cabeza en silencio dominando mi rictus hacia la pasividad.

Entonces Jorge sonríe, se levanta y rodea la mastodóntica mesa y los nueve asientos que ya han dejado claro que él es el supervisor y yo soy la empleada a la que hay que apretar ese día las tuercas. Se coloca justo detrás de mí.

—Ay, Penélope… —Posa las manos en mis hombros y se permite masajearlos—. Las mujeres tenéis esta tendencia a traer al trabajo esas cosillas que pasan en casa, y eso nunca llega a buen puerto.

Siento cómo la rabia se va apoderando de mí cada vez que noto la presión de sus dedos casi octogenarios en los hombros.

—Conseguiré los objetivos —contesto mientras me levanto. Al hacerlo, empujo conscientemente la silla hacia atrás con las piernas para que Jorge tenga que separarse de mí—. Gracias, Jorge —añado al tiempo que recojo mis cosas con una celeridad que deja en evidencia lo incómoda que me hace sentir esa situación.

Lo último que me hubiese faltado es que las arpías de mis compañeros hubiesen presenciado a través del cristal esa escena. Menos mal que no ha sido así. Sé que siempre han pensado que soy la enchufada de Jorge por las miraditas que me echa en el pasillo y que por eso me odian más de lo que se odian entre ellos A veces me da la sensación de que en esta empresa contratan a todos los frustrados del mercado laboral, como esos colegios privados en los que acaban los estudiantes que han echado de otro colegio por problemáticos. Como esta es su última bala de hacer algo en su vida profesional, se pisan la cabeza unos a otros con la esperanza de llegar a puestos como el de Jorge y así por lo menos poder justificar algún día que mereció la pena ser un mamón en su trabajo.

No sé qué les hace pensar que pasarán de ser los curritos que tramitan las facturas de los creativos a ser parte del Consejo y empezar a jugar al golf con los socios de las sedes de otros países. Todavía entiendo menos que crean que yo formo parte de esa carrera, como si no hubiera demostrado durante todos estos años que me limito a ir a trabajar para cobrar una nómina a final de mes, y punto. Mi sueño era otro y de haberse cumplido estaría haciendo cine lejos de empresas como esta.

Al salir, voy directamente al baño de mi planta. Con el pestillo ya echado, me siento en el suelo y hundo la cabeza entre las piernas. Tengo un dolor de cabeza insoportable. No sé si quiero llorar o gritar, tampoco hacia quién dirigir toda esa ira. Me quedo así más de veinte minutos hasta que pienso que, quizá, la jaqueca puede ser por la falta de cafeína. Aprovecharé el descanso de media mañana para ir a la máquina a por uno, no debo perder más el tiempo. Tengo que ir a mi puesto y ponerme a trabajar por dos motivos: que las arpías no noten mi retraso y conseguir los objetivos de un año entero para no quedarme sin trabajo.

Supongo que la solución para detener el derrumbe general de mi vida es acabar con el naufragio evidente de mi matrimonio. Hasta ahora solo se había manifestado esa soledad que deja de ser abandono cuando te acostumbras a sentirte sola a pesar de compartir casa, planes, amigos, papel higiénico, familia, vacaciones, celebraciones, funerales, cotilleos, vida. Espacios compartidos en mitad de un oasis kilométrico entre ambos. Hasta ahora siempre que había extendido el brazo había tocado a Galo, pero me doy cuenta de que hay distancias mucho más insalvables que las físicas.

Encontrar el pintalabios ha sido una putada, pero también se ha convertido en la oportunidad no elegida de masticar con el estómago vacío la pastilla roja, la de la verdad, la que te saca de Matrix. Y aun así busco una respuesta en sus ojos todas las noches que coincidimos en casa.

—¿Tenéis alguna convención próximamente? —le pregunto esa misma noche mientras coloco los manteles individuales en la mesa

de la cocina.

—No que yo sepa. Y menos mal. Siempre vuelvo agotado. ¿Por qué lo dices?

—Por saber… La última fue la de Sevilla, ¿verdad? Que te hicieron la jugarreta de tener que hacerte cinco horas de viaje en coche. Y encima uno alquilado, que ya podrían haberte dado el de la empresa, que es mucho mejor.

Galo está pasando a un plato el sushi que hemos pedido a domicilio para cenar. Odia comer en cualquier envase que sea de cartón o de plástico. Me acerco a él y le obligo a dejar los platos sobre la encimera. Lo abrazo, más bien le rodeo el torso con los brazos y escondo el rostro en su camisa como un sabueso, hasta buscar un ángulo de perfume que no reconozca, pero me encuentro con su perfume de Calvin Klein. El roce de su mano sobre mi cuerpo me hace retener el aire en el pecho, casi sosteniendo la respiración, porque hasta su tacto lo siento transfigurado. ¿Cómo puede cambiar tan fácilmente mi cuerpo por otro y saber sostener tan bien la apariencia de que todo está bien? O mejor dicho, de que todo está como siempre.

No sé si él se da cuenta de esto o si algo le salva de las flechas envenenadas con forma de indirectas que solo un ingenuo, o un necio, no sabrían descifrar. O un egocéntrico. Porque siempre he sabido que Galo piensa que yo seré la compañera eterna; y no por amor, sino porque una parte de él no me ve capaz de dejarlo todo. Da por hecho que siempre que él quiera yo estaré al otro lado del teléfono o de nuestra cama conyugal. Al otro lado de la vida.

No hay nada como un volantazo en nuestra existencia para descubrirnos en otra piel, o para reconocernos por fin en la que

realmente es la nuestra. María Antonieta dijo algo parecido en una carta días previos a morir guillotinada, y, salvando las distancias, yo empiezo a saber que mi matrimonio está viviendo las últimas horas de las Tullerías. Pero todavía quiero palpar la esperanza, aunque esté enjaulada, aunque dentro de mí truene el grito de una revolución que me da pánico, pero que, al mismo tiempo, me resulta tan excitante. También una parte de mí se pregunta qué espera encontrar.

Es algo que mastico en la intimidad y que solo me atrevo a confesarme a mí misma. Nunca llego a verbalizarlo porque supondría revelar el secreto definitivo, y, de momento, no sé si busco perdón, pero sí sé que, como todos, evitaré hasta el último momento la penitencia. Quien busca lo hace porque inconscientemente pretende encontrar algo. Y en ese objetivo evidente caben demasiadas posibilidades, muchos riesgos.

Como quien se muerde la llaga y descubre dentro del dolor un chispazo eléctrico, la simple idea de que la realidad respalde mis sospechas me acelera hasta la taquicardia. No sé si quiero saber la verdad o si quiero que esa verdad sea únicamente lo que yo espero. Algo de mí desea que en esa quiniela la resolución sea una infidelidad que, al menos, dé sentido a la incertidumbre de dolor y rabia que me persigue.

Galo me acaricia el pelo, pero no responde a mi pregunta. No es la primera vez que saco el tema de la convención y, en concreto, aquel viaje, y eso que él sabe que nunca he mostrado interés por ninguna cosa relacionada con su trabajo. La noticia de un atentado en Francia nos hace girar la cabeza hacia la televisión.

—El mundo se está volviendo loco… —Galo suspira mientras coge de nuevo los platos y vuelve a su tarea.

Cenamos completamente absorbidos por el informativo. La corresponsal ya se ha trasladado hasta el lugar de los hechos y va narrando todo lo ocurrido con los cuerpos todavía presentes.

—Tiene que ser horrible para los familiares de esas víctimas encender la televisión y saber que entre esas personas está tu hermano, o tu padre, o tu marido —digo apartando el plato.

Se me ha ido por completo el apetito.

—Totalmente. No me puedo ni imaginar cómo sería si me llamaran de repente para decirme que has muerto, y encima porque te han matado en un atentado. ¿Cómo se supera eso?

—En un principio con mucha tristeza, pero luego la vida volvería a su cauce. De hecho, siempre he pensado que, si lo dejáramos, te pondrías a trabajar como un obseso para olvidarte de todo. Después, conocerías a otra y vuelta a empezar.

—Puede que tengas razón en lo de que me pondría a trabajar para evadirme, en lo demás tengo mis dudas. De todas formas no es lo mismo dejarlo a que uno de los dos se muera. Imagínate que ocurre al revés, que te llaman a ti. —Galo se levanta y recoge la mesa.

—Yo me muero si a ti te matan —respondo. Y al hacerlo, al decir aquello, vomito una tristeza inconsciente.

Galo, que está pasando los platos por debajo del grifo para meterlos en el lavaplatos, se gira hacia mí y me sonríe.

—Qué romántica eres, Pe —dice riéndose—. Nadie se muere por amor. Y tú muchísimo menos.

En el informativo ya están con la siguiente sección. Nosotros nos sentamos en el sofá, Galo a ver qué dicen sobre los últimos fichajes de su equipo de fútbol mientras revisa el mail de trabajo, y yo a comprobar si lo que mira en su móvil es de verdad el mail de trabajo. Lo cierto es que ni ese día, ni ninguno de los que vinieron después, descubro un mensaje, una llamada torpe. Nada. Y la actitud de Galo siempre es mansa y tranquila.

Están diciendo el tiempo que hará en Galicia ese fin de semana y se me cierran los ojos. La noticia del atentado me está haciendo pensar si ha ejercido de despertador en mi drama individual y es el momento de reubicar prioridades. Al final, nuestra vida es muy fácil. Estamos sanos, también lo están nuestras familias, no tenemos problemas económicos, ni siquiera nos peleamos entre nosotros. ¿Y si es cierta su versión? ¿Y si todo lo que aparenta ser una anomalía ha sido una casualidad?

Solo tengo una sospecha. A mi lado, Galo teclea sin parar en su móvil.

Durante varios días, Galo prácticamente desaparece. Justifica su ausencia ya entrada la madrugada con un mensaje, siempre el mismo, como si hubiera creado una plantilla que solo tuviera que reenviar: «Trabajo. Buenas noches. Te quiero». Yo nunca respondo, quiero que perciba mi rechazo, pero solo consigo hacer crecer más la brecha entre ambos. Con ello se termina también mi observación durante las cenas, la posibilidad de sentirlo cerca y pelear así contra la duda para no perder lo que es ya el último hilo de vida de mi matrimonio.

Bruna no ha conseguido averiguar más información. O eso me dice cuando le escribo para preguntarle. Siempre me responde tarde, cortante y algo esquiva. Quiero pensar que lo hace por incomodidad o porque no le da ninguna importancia, pero la realidad es que yo lo interpreto como otra señal que no hace más que volver a alimentar al monstruo de la duda. A pesar de su evidente éxito profesional, siempre he sentido que hay algo de mi relación que ella nunca ha aprobado. Y ese algo es saber con certeza que nunca podrá vivir nada ni remotamente parecido a lo que yo he sentido por Galo desde el primer momento.

Al principio juzgó mi enamoramiento. Después, cuando le conté que me iba a casar, lo hice hasta con cierto temor por su reacción. «Otra que cae en la trampa», eso fue lo único que dijo al respecto. Y aun así siempre que coincidimos Galo, Bruna y yo, ella monopoliza la conversación dirigiéndose exclusivamente a mi marido para hablar de asuntos relacionados con sus trabajos, sabiendo que eso me deja a mí fuera de la conversación. Por no hablar de lo cercana que se convierte de repente con él. Algunas de las veces que hemos coincidido le masajea los hombros, y se ríe y dice que solo lo hace por si le estresa que algún día le toque un pleito con ella al otro lado de la defensa. Ella, que siempre ha sido un témpano.

Yo no creo en las casualidades, nunca lo he hecho. Primero, el pintalabios; después, la huida de Galo, y, por último, la única persona externa que puede tener algún tipo de respuesta evita hablar del tema conmigo. Además, Galo trabaja en uno de los despachos con mayor presupuesto de Madrid. Ese factor, unido a las características de su puesto, hace que siempre se le proporcionen las mayores facilidades sin escatimar en gastos en el desplazamiento

hasta la convención y en el alojamiento. Me cuesta mucho creer que conducir cinco horas hasta Sevilla fuera, en ese despliegue de opciones, la predilecta. También empiezo a pensar que Bruna sabe más de lo que dice y que está eligiendo ocultármelo. A veces, cuando la rabia me incendia el estómago, incluso la puedo visualizar como dueña de ese pintalabios. Acto seguido, trato de eliminar la imagen. Lo hago por pura supervivencia, pero reparo en que no me sorprendería descubrir que ella es la verdadera dueña, que nunca ha sido mi amiga y solo ha sido una desgraciada que encontró en mi amistad una roca a la que agarrarse para sentirse menos sola. Soy plenamente consciente de que esa idea sin corroborar me está alejando cada vez más de ella. Igual que sé que esa amistad está muerta precisamente porque no me importa en absoluto perderla. Suficiente tengo.

Mi vida se ha transformado en un bucle en el que todos los días parecen ser, en el fondo, el mismo. Al menos hasta ese momento. Es martes, lo sé porque echan en la televisión una serie que me gusta, una millonésima recreación del reinado de Isabel la Católica. La serie es un bodrio pero entretenida. Yo estoy con el ordenador portátil esperando a que el diminuto muslo de pollo que he encontrado en la nevera termine de cocerse en el horno cuando salen los anuncios preliminares a la emisión.

La noche anterior Galo no durmió en casa, ni siquiera se molestó en enviar su mensaje prototipo. Al llamarlo, el teléfono no daba señal, como si estuviera apagado. Después de tratar de contactar con él durante toda la noche, no conseguí hacerlo hasta por la mañana.

—Mi amor, buenos días —respondió a mi llamada.

—Amor, mis cojones. ¿A ti te parece normal desaparecer así?

—¿Desaparecer? He estado trabajando, Penélope, no de fiesta.

—¿Trabajando toda la noche? ¿De verdad pretendes que me crea eso? ¿Y por qué no te has molestado ni siquiera en llamarme?

—Porque me quedé sin batería.

—Y en todo el despacho no había un cargador, ¿no? ¿Y dónde se supone que has dormido?

—En el IBIS de al lado de la oficina. Solo tenía una hora para dormir, ni siquiera me daba tiempo a ir a casa.

—Estoy hasta los cojones de tanta mentira, Galo —grité antes de colgar la llamada.

Está sonando ya la canción del comienzo de la serie cuando consigo entrar en la cuenta de Booking que compartimos. No hay ninguna reserva en el IBIS, cómo no, aunque, pensándolo bien, si fue algo improvisado podría haber conseguido la habitación simplemente preguntando en la recepción del hotel.

La duda agota. La duda convierte el estado de amenaza de tu mente en constante, incluso lo normaliza. Cierro la ventana del buscador y el ordenador. Apoyo los brazos en la encimera y después la cabeza sobre ellos con los ojos cerrados. La situación me está consumiendo. Giro la cabeza y abro poco a poco los ojos. La nevera para vinos que tenemos en la cocina se hace visible con su indicador de temperatura. Por primera vez, reparo en el aparato, no como una solución, sino como una alternativa. Por primera vez, comprendo a mi padre. Me imagino que abro una botella de vino y dejo que el líquido baje por la garganta desde la primera hasta la última gota. La promesa de que esto ayuda a adormecer la mente, o al menos ralentizarla, es lo que hace que me acerque y coja una de las

botellas. Sé que no debería hacerlo. Tiro del metal que cubre el corcho y lo destapo. No puedo caer ahí, no puedo hacer eso que he repudiado durante gran parte de mi vida adulta. Me tiembla la mano cuando busco el abridor en el cajón. No quiero escuchar el eco traumático de mi pasado, pero también me he rebelado contra el ángel de la buena conducta. Clavo el metal del sacacorchos con rabia, apretándolo con la palma de la mano. Todavía tiemblo.

Qué se supone que tengo que hacer con mi vida. Solo hay dos opciones: aplacar lo que, al fin y al cabo, únicamente es una duda y esperar a que el tiempo termine por resolverlo, o acabar con todo sin la certeza de qué ha ocurrido realmente. Me imagino que hago las maletas, guardo todas mis cosas y huyo por la puerta de atrás en uno de esos días en los que Galo no está en casa. Luego, fantaseo con una visión romántica en la que él entra en el que ha sido nuestro hogar, se da cuenta de todo y sale, como un caballero, a buscarme. Y, sin embargo, esta representación deja traslucir que no solo anhelo una reacción en la otra parte, sino que el desenlace sigue siendo Galo. A pesar de que sea un amor erosionado, sigue siendo amor. Sigo queriéndolo.

Extraigo el corcho y lo dejo caer en la encimera. Llevo catorce años sin beber alcohol. El olor del vino se apodera de mí y me devuelve un recuerdo rancio, sucio y ácido. Me he quedado paralizada. Es entonces cuando azota la tristeza. Siento cómo algo dentro de mí se parte un poco e inconscientemente activo los mismos mecanismos, como cuando era una niña y la principal figura masculina de mi vida, mi padre, también rompió algo dentro de mí. Es curioso cómo la intrahistoria de nuestras vidas a veces se repite hasta el chiste, y cómo nacen nuevas experiencias que no son más

que *déjà vues* de duelos pasados. Si he buscado a mi padre en Galo, solo he encontrado la misma herida.

En el único intento de terapia que había hecho para dejar atrás mi infancia me dijeron que una de las peores aflicciones de un niño empezaba con la herida de la traición, esa estrella de David que te condenaba a convertirte en un adulto con graves problemas de confianza. Confianza que, una vez quebrada, no solo te hace viajar a esa niñez no resuelta, sino que abre dentro una grieta difícil de subsanar. Honestamente, mi caso no ha sido nunca el de la mujer que busca la figura de su padre en sus parejas, pero mi concepción del desamor nació con esa relación única que tenía con él como hija.

Ese pintalabios ha resucitado uno a uno los secretos que mi padre escondía, también los que ya no supo cómo esconder. Él ha convertido la última fase de su biografía en una doble vida entre la barra de un bar y el deceso inevitable del relato familiar. Mi marido ha transformado nuestro presente en una doble vida entre la amante y el interrogante de la existencia de esa amante.

Y yo, con esa botella de vino delante de mí, me siento también entre la espada y la pared, entre el recuerdo y una vida futura, ahora empañada por la incertidumbre y por la duda. Por eso sé que mi caso nunca ha sido el de buscar a mi padre en mis parejas, sino el de tratar de no convertirme en él. La genética a veces también es el rumor de la conciencia, y por eso yo sé que no puedo ceder, aunque salive ante la posibilidad de probar ese vino, de ir a esos lugares a los que lleva, esa narcolepsia con tintes de paz que hace respirar lento hasta caer rendido. Lo peor que le puedes dar a un preso es la posibilidad de huida. La mía puede ser el alcohol.

Cojo la botella y la vacío en el fregadero. El río de sangre que va dejando se antoja inevitablemente en la repulsa hacia mi propia sangre, hacia mi padre. Abro el grifo para limpiar los restos, aterrizando de nuevo en una realidad que he abandonado con mis pensamientos. El muslo de pollo del horno es ya un fósil quemado, así que me limito a tirarlo a la basura mientras asumo que, un día más, me voy a la cama sin haber cenado. Apago también la televisión, ya veré en algún momento el episodio de esta noche, y arrastro los pies hasta el dormitorio.

Enciendo la luz de la lamparita de mi mesilla de noche. Huele al perfume de Galo. La asistenta lo utiliza como ambientador al terminar de limpiar la estancia. Miro la habitación, perfectamente ordenada. El edredón no tiene ninguna arruga, los cojines de la cama están colocados en una diagonal exacta y las zapatillas de ir por casa puestas junto a las alfombras en cada lado de la cama. Parece un hotel.

Me miro en el espejo que cubre la puerta del armario y me quito la ropa. Despacio, con una sensualidad inaudita, y observo mi cuerpo con detenimiento. Quiero retener hasta el último de los detalles, necesito volver a recorrer los rincones ya conocidos y redescubrir aquella piel que he entregado al que hasta ese momento ha sido el amor de mi vida. Un cuerpo que ahora se siente ultrajado y vendido por dentro. Es curioso cómo ante el dolor de la traición el cuerpo ha comenzado a actuar como un ente con alma propia. El corazón duele, físicamente duele. Y el cuerpo, sobreactuado en su defensa, se va debilitando por sentirse insuficiente.

Se diferencia, no obstante, de la psique en su capacidad de improvisación, en un mecanismo de defensa por el que, como les

ocurre a las estrellas de mar cuando sus extremidades se regeneran, termina por recomponerse del pesar emocional con el tiempo. Mi cuerpo parece decidido a curar el dolor absorbiéndolo con rapidez, escondiéndolo como si quisiera guardar el secreto. En todo ese tiempo no he llorado, no me he agarrado al brazo de Galo destrozada pidiendo explicaciones. No tengo ganas de saber los porqués ni testificar en su contra. Tampoco tomo una decisión ni hago las maletas. Si algo he aprendido de mi madre es que es mejor posponer la sentencia hasta que no puedas evitarla.

Lo sencillo sería preguntarse por qué. Y elucubrar posibles causas, respuestas improvisadas. Lo fácil sería cubrir la herida con una venda mientras la sangre sigue acumulándose debajo, como un mar con puertas. Lo obvio sería preguntarse por qué mientras pierdo el tiempo inventando cómo responderme. No hay un porqué, y, una vez resuelto el misterio, me doy cuenta de que lo que ha ocurrido forma parte de una lotería que no he ganado. Asumo por fin el fracaso en el único espacio de mi vida del que he logrado presumir cual trofeo, mi matrimonio.

Sin respuestas el dolor me convierte en apática, y entonces me dejo llevar por la riada, lleve a donde lleve (total, eso no se elige), con el deseo mudo de que llegue la noche para ver terminar otro día. Ante la falta de respuestas, sigo sin descubrir qué me salva. Redescubrirme una vez más superviviente, quizá. O a lo mejor comprender por fin que el que acaba ganando es el que no pretendía ganar.

Mientras tanto me pierdo en ese limbo, en un purgatorio en el que ni me condenan ni puedo seguir, esperando que la vida ponga en orden lo que un día quiso generar con su caos.

Desnuda, me palpo el cuerpo milímetro a milímetro y siento la fricción de las manos al rozar la pelvis, el calor que escupe la piel cuando tiene hambre. Los dedos amenazan con una revancha que habla en los mismos términos de la guerra que creo haber perdido. Una palabra: sexo.

Y mientras, más allá de la piel, los órganos tragan saliva en un duelo no confesado de todos los sueños de futuro que, de improviso, se han roto. El vientre se esconde, como la cima erosionada, y vuelve a encajarse perfecto e inconsciente entre las costillas. Ni Galo ni yo queremos ser padres, pero es inevitable proyectar el fracaso personal en el social que ya nos dictaba que en algún momento tendríamos que serlo. Mi familia es única y exclusivamente él, mi marido, Galo.

A pesar de no tener que pasar por los análisis y la puntualidad de mis ovulaciones, nuestro sexo también es mecánico, una maquinaria que se olvida de nosotros y de nuestro deseo. Siempre el mismo ritual, tan repetido, que lo puedo reinterpretar hasta sonámbula. Nuestras relaciones sexuales han mutado a lo largo del tiempo: de la fogosidad ardiente (casi incontenible) del inicio a la obligatoriedad del intercambio.

Porque yo conocí a un Galo con un rugido camuflado dentro, pero que, en las apariencias, era el novio perfecto. Siempre impoluto de cara a la galería, trajeado, correcto. Siempre con la ropa perfectamente planchada, con la largura de los pantalones exacta para lucir sus zapatos relucientes. Nunca he sabido qué hace para tenerlos así, como un suelo de palacio recién barnizado. Pero yo conocí también a un Galo cuyas pupilas se dilataban mientras me quitaba la ropa. Insaciable, le daba igual sobrepasar los límites

bailando y me desnudaba con la mirada en los bares. Era como un animal hambriento que se negaba a abandonar mi casa sin dejar todo mi cuerpo impregnado de su perfume.

¿Dónde está ese hombre? ¿Ha cambiado él o ha cambiado de presa? Es la vida la que ha cambiado en un único impacto, por eso es estúpido pensar si el futuro es susceptible de ser reformulado una y otra vez. El único acto de autocompasión que me he permitido ha sido guardar aquel pintalabios en secreto. Lo escondí el día que lo encontré, nada más llegar a casa, en un cajón de ropa interior al que él no tiene acceso, no por una cuestión de prohibición, sino por desinterés, quizá la actitud más útil cuando quieres ocultar algo a alguien. Ni siquiera sé qué pretendía haciéndolo. No me hacía falta para descubrir qué había ocurrido realmente, de eso ya se ocupaba la mente creando mil posibilidades (unas más realistas que otras). No me servía para recordar el dolor, de eso ya se ocupaba el corazón.

Esta noche, desnuda, rota y rociada por un nuevo deseo, abro el armario y el cajón que guarda el pintalabios. Cojo el carmín, vuelvo a oler su aroma hasta la náusea, hasta la rabia, y lo vuelvo a guardar. Sé que ese gesto ha acabado por cambiar la configuración de mi duelo. Al lado de las bragas de algodón que llevo últimamente, tan cómodas como aburridas, encuentro el body lencero que fue mi segunda piel antes de conocer a Galo y que, precisamente, dejé de ponerme la noche en que lo conocí.

Frente a aquellas veladas en las que no sabía qué ponerme, o frente a aquellas otras en las que me sometía a un perfil bajo, aquel body era mi escudo de confianza. Me lo ponía y sabía que con esa prenda no miraría al suelo al entrar a un bar. Puede que no tenga

lógica, tampoco trato de buscarla, salvo en este momento, cuando me lo pongo después de diez años. Se sigue adaptando a mi cuerpo, como queriendo decirme que no todo se ha perdido dentro de mí, y que esa identidad enterrada con el tiempo y con Galo, en el fondo, continúa estando ahí. Es como volver a probarse una identidad perdida, como si la serpiente se colocara de nuevo una piel ya mudada que reencarna su mejor cacería.

Me meto así en la cama, con el body que Galo vetó diciéndome en más de una ocasión que no era una prenda adecuada para una mujer que tenía pareja. Me quedo dormida con el sueño más profundo que recuerdo en años. Me duermo sin Galo y me despierto sin él. No sé si ha llegado tarde, no me doy cuenta, y luego se ha vuelto a ir por la mañana temprano, o si, directamente, esa noche tampoco ha dormido en casa.

No soy feliz. La felicidad se pone en pausa y avanzo en la vida, pero por inercia; la desidia me lleva a un estado anímico estable pero pasivo. Como nihilista neonata, mi esquema de prioridades cambia, y todo lo que antes importaba cada vez me interesa menos. De hecho, algunas de ellas dejan de importarme del todo.

4

Estaba preparándome mi segundo café aquella mañana cuando me pregunté si no tendría que comprarme las gotas de melatonina que anunciaban en la radio. Todos los días me despertaba como si nunca me hubiera ido a dormir. Hacía muchos años que convivía con ese casi insomnio, como un roquero de los setenta, pero sin ningún tipo de trampolín químico. Y un trabajo de mierda en una oficina. Quizá tendría que haber fingido gastroenteritis y meterme de nuevo en la cama. La imagen era de lo más atractiva aquella mañana de invierno, tan pronto que más bien era madrugada, con las luces de noche de la ciudad todavía encendidas.

Me gustaba ponerme la radio por las mañanas, me daba la sensación de que mi cerebro se desperezaba intentando seguir la actualidad que, en el fondo, no me importaba. Algo así como un calentamiento neuronal pre-día-de-oficina, algo de lo que hablar después con mis compañeros de trabajo con los que no tenía nada en común, algo que hacía que acabase hablando sobre el suceso del día o sobre el tiempo. Lo bueno de este país es que siempre había un suceso del que hablar, así que lo del tiempo era casi la introducción comodín. El sensacionalismo podía llegar a salvar la convivencia en según qué ambientes.

«Tenías razón», saltó el mensaje encapsulado dentro de una notificación en mi móvil.

El sonido me pilló desprevenida, aunque es cierto que pensé que era un anuncio de radio en el que habían puesto el mismo sonido que el que yo tenía para los mensajes. Ya había caído alguna que otra vez en mirar el móvil al escucharlo. Seguí mareando mi café. «Has recibido un archivo», otra notificación. Había desactivado la descarga automática de fotos desde que mi prima Jacinta había tenido un hijo y nos enviaba un reporte del crecimiento de su bebé con una veintena de fotos todos los días. Era un número desconocido. Podría haber sido propaganda, un virus o un tarado; pero un mensaje así a las siete de la mañana despierta (cuando menos) tu curiosidad, así que lo abrí. Era una foto en la que se veía en un plano cenital los zapatos de varias personas en lo que parecía una cafetería. En el centro, unas deportivas blancas relucientes. A pesar de que yo no le hubiera dado el teléfono, y de que hubieran pasado casi tres semanas desde aquella noche en la que nos conocimos, supe al instante que era él.

«Ahora lo entiendo todo —empecé a escribir para responderle—, te despiertas tan pronto que no eres capaz de ver lo que te pones en los pies».

Borrar. Demasiado borde.

«Ja, ja, ja, te lo dije», escribí.

Borré de nuevo. Demasiado simple.

«Cuando me conozcas un poco, entenderás que siempre suelo tener razón», y, sin pensar, envié el mensaje.

Nos reímos mucho de ese momento al recordarlo años después, y, sin embargo, fue una de las cosas que asumí como premonitorias

cuando encontré el pintalabios. Quizá por eso escuché a mi instinto más de lo que debía creyendo que era más fiable de lo que realmente era, pero ¿quién cree que no hay fuego tras ver con sus propios ojos el humo? Yo, como cualquier otro animal, hui aunque fuera solo una posibilidad.

«¿Qué haces hoy?», me respondió Galo.

«Ir a la oficina, dejarme el culo en el trabajo aunque lo odie y después tomarme algo para autocompadecerme», escribí.

«¿Y puedes autocompadecerte en el bar en el que nos conocimos a las ocho?».

La verdad es que era rápido escribiendo.

«Solo si te cambias de zapatos».

Pasaron varios minutos y ninguna respuesta, silencio al otro lado. Sonó la alarma que me indicaba todos los días que era el momento de dejar de dar vueltas con la cuchara para meterme en la ducha. Miré el teléfono varias veces mientras preparaba las cosas. En realidad, estaba haciendo tiempo antes de empezar a arreglarme. Nada. Y siguió sin llegar nada a lo largo del resto del día. A las siete salí de la oficina pensando si debía ir o no. No tenía la confirmación, pero era él quien lo había propuesto.

En el baño de la empresa, me maquillé con un esmero que yo supe que era sospechoso, pero lo bueno de este tipo de pensamientos es que, mientras sean con uno mismo, son fáciles de escurrir en el autoengaño. Mis compañeras de trabajo me miraban de reojo por el espejo mientras se lavaban las manos; a algunas de ellas les hubiera gustado preguntarme adónde iba, otras lo supieron desde el prejuicio y tal vez acertaron. Yo supe que la conversación de sucesos del día siguiente sería en torno a mí y a las supuestas

hipótesis de por qué me había puesto colorete en el baño. Me las imaginaba como a las hermanastras de Cenicienta, esperando su turno alrededor de la cafetera con su taza todavía vacía de «I love Benidorm» mientras me ponían a parir. Susurrando, eso sí, porque (y eso había que reconocerlo) juzgaban, pero buscaban ser discretas. O no ser descubiertas, más bien.

Otro signo de advertencia: aquello en otro momento me hubiera puesto histérica y, en cambio, en ese instante me pareció de lo más divertido. Hasta me recreé en cada movimiento, ralentizando, para que aquellas víboras se atiborraran a detalles. Lo que no sabían (y menos mal) es que cabía la posibilidad de que fuera a una cita en la que no hubiera nadie. Salí de la oficina sin prisa; a lo largo del día habían disminuido las expectativas. Por eso, cuando llegué y no vi a Galo, me adueñé de un taburete y me senté en la barra.

Con veinte años sueñas con ser una de esas actrices que se comen la pantalla, con tener sus ojos almendrados y una mirada que signifique muchas cosas, misteriosa en la sinuosidad del movimiento pero tierna en el pestañeo, salvaje y, a pesar de todo, devota del amor. Cuando la vida avanza te conformas con ser una Bridget Jones a la que le ocurren todas las desgracias de la edad adulta, pero de las que casi hasta te alegras porque siempre consigue sacarle la gracia. Yo graciosa no había sido nunca, la verdad. Ni simpática. Más bien introvertida, silenciosa y tremendamente tímida. *All by myself* con mi tónica, mientras el bar se iba llenando de esa nueva generación que un buen día consideró que los jueves eran los nuevos sábados, me di cuenta de que mi destino nunca sería el de la actriz que se come la pantalla.

Apurando el último sorbo de la segunda ronda, sentí todo el alcohol que le faltaba a mi tónica rasurando mi olfato. Dejé la copa centrándome en aquel perfume tan familiar que empezaba a acelerarme el pulso. Noté un hormigueo en el estómago cuando la figura que parecía estar metiéndonos a todos en un frasco de Calvin Klein se colocó a mi lado. Galo.

—Llego tarde, lo siento —dijo abrazándome.

Sería la única vez que llegaría tarde a uno de nuestros encuentros, y hasta eso en los momentos posteriores quise traducirlo como otro pronóstico. «Y si», esa era la fórmula. «Y si» nunca hubiera acudido ante la falta de respuesta. «Y si» me hubiese ido directamente al ver que no estaba. Y si, y si, y si… Pero no, me quedé, esperé, y han tenido que pasar más de diez años para caer en que el tal Galo era un auténtico gilipollas.

—¿Me pones un Ribera, por favor? —le pidió al camarero—. ¿Quieres tú otro?

—No, gracias, no bebo alcohol —respondí señalando la botella de tónica—. No pasa nada, no te preocupes por llegar tarde.

Error. Porque si le dices a alguien que estás conociendo que no pasa nada, cuando después sí pase (y lo verbalices) no te preguntará qué ocurre, sino qué te pasa.

—Espera, voy a por un taburete.

Y al darse la vuelta para alinearse con la barra y buscar dónde sentarse, me fijé en que iba descalzo, solo le cubrían los pies unos calcetines de hilo del color de sus pantalones. Él se percató de que lo estaba mirando. De hecho, sé que lo del taburete era una excusa para que me diera cuenta. Fue con la carcajada que se me escapó de la garganta cuando entendí que estaba jodida, aquel hombre con

el que solo había cruzado tres palabras me había hecho reír como hacía tiempo que no reía.

—Y bien, Penélope, además de odiar las zapatillas blancas y tener siempre razón, qué más puedo conocer sobre ti —dijo bebiéndose el Ribera de un trago.

Sonreí sin decir nada. Era como si su personalidad arrasara con cualquier posibilidad de decir algo con sentido. Pedí otra tónica, él se pidió otra copa de vino, y yo le pregunté que de qué conocía a Fiama.

—Tenemos un colega en común, Jaime Urriaga —respondió.

—¿Fue Jaime quien te dio mi teléfono? —quise saber con verdadera curiosidad.

Urriaga era el comodín de la llamada de esas noches en las que Fiama se sentía solitaria en exceso. Quizá aquello le había hecho pensar que yo jugaba en la misma liga que mi amiga y por eso había optado por enviar mi número de teléfono sin ni siquiera consultármelo.

—En realidad fue Fiama —sonrió con picardía.

Él debió de advertir mi sorpresa porque al segundo se acercó, me cogió de la mano y me sonrió.

—Aunque, volviendo a la otra noche, solo me acuerdo de quién eras tú.

—No sabes quién soy yo —hablé desde el instinto.

Él estaba tratando de construir puentes y yo no paraba de descargar sobre él mis dardos. ¿A cuántas relaciones del pasado les hablamos cuando empezamos a conocer a una persona? Se aproximó más a mí, arrastrando la copa por la barra al mismo tiempo. Estábamos al milímetro entre el beso y el deseo.

—De momento.

Y se separó con cuidado, la copa fue lo único que acabó rozándole la boca.

LA CULPA

5

Nunca he sido una persona habladora, y mucho menos en mi círculo de amigas, donde para hablar tienes que pedir número o zambullirte en una guerra civil por el yoísmo. Supongo que, aun así, han debido de notar que detrás de mi silencio hay algún motivo. Sobre todo por parte de Fiama y de Bruna. Fiama, porque me conoce desde secundaria, y ya entonces intuía cuándo era el día de compartir y cuándo era mejor no intentarlo. Y Bruna, porque tiene un hilo del que tirar (y «piensa mal y acertarás»; no lo digo yo, lo dice el refranero).

El caso es que, coincidiendo con el fin de semana (y me imagino que tratando de prevenir mis posibles excusas de trabajo), recibo un mensaje de Fiama: «Sé que te pasa algo y que no me lo vas a contar, aun así, ¿nos tomamos algo en donde siempre? Puedo a las nueve». Le respondo: «Ja, ja, ja, ¿qué me va a pasar? Nos vemos a las nueve». «No llegues tarde», y se zanja la conversación.

Donde siempre es un bar en La Latina, cerca de la plaza de los Carros, donde quedamos desde que terminamos la carrera y recorríamos Madrid con ingresos mínimos, pero despreocupadas, porque estábamos seguras de que íbamos a romper el mercado audiovisual con la idea que habíamos defendido en el TFG. Ambas estudiamos Administración y Dirección de Empresas con la todavía

entonces ambición, y ahora quimera, de ser parte de las primeras mujeres empresarias que reventarían la industria del cine en España. Ni Fiama trabaja en Netflix ni yo en HBO.

Cambié las cámaras y los cines por una empresa de comunicación donde reparto los diferentes presupuestos por secciones y proyectos, completamente invadida por un éxcel que tarda un café en abrirse de lo que pesa el archivo (concretamente ocho horas laborales, todos los días de todas las semanas) en ordenadores todavía con torre, y todo para una empresa insípida con ascensores que hablan al subir y tarjetas credenciales para pasar por el torno de acceso (como si alguien fuera a entrar ahí por iniciativa propia).

Pero seguimos quedando donde siempre, en el mismo lugar del barrio más especial de Madrid porque es ahí, y no en ningún otro lugar, donde nos atrevimos a soñar con una libreta mientras creábamos nuestra próxima producción audiovisual, un nuevo sistema de visionado y muchas locuras más que, con el paso de los años, algunas de ellas han resultado funcionar. Podríamos haber sido millonarias, pero no…

El taxi me deja junto a la plaza de los Carros. Al salir del vehículo, me cierro instintivamente la chaqueta. He decidido ponerme el body lencero con el que me reconcilié hace unas noches para saber si sigue creando el mismo efecto en mí. La realidad es que me siento desnuda y estúpida, incluso avergonzada, de llevar con treinta y cuatro una prenda que llevaba con veinte. Miro el reloj. Son las nueve y cuarto de la noche, así que recorro el primer tramo de la costanilla de San Andrés en un esprint que mis pulmones me recriminan, casi no puedo respirar. Estoy pensando que debería hacer algo de deporte cuando veo que Fiama me está esperando

entre montones de servilletas de bar, de esas que no sirven, porque ni limpian ni empapan, pero que a una le sigue gustando encontrarse porque eso implica la supervivencia de los bares de toda la vida. Las servilletas se acumulan en el suelo, todas tienen manchas de aceite de antigüedad por descifrar, probablemente de la especialidad de la casa, la gilda.

La observo desde el marco de la puerta mientras recupero el aliento. Está hablando con los camareros que prácticamente nos han visto crecer. Envidio cómo la vida parece que no la ha arrasado. Fiama está más guapa que nunca, con una belleza reposada, como la del buen vino; segura de sí misma, con una energía plena. No es ni su larga melena negra, ni lo delgada que está o lo alta que es. Simplemente es magnética. Todas las personas que pasan al baño se quedan mirándola, y yo pienso cómo es posible desde una teórica madurez emocional estar deseando tan fuerte querer ser otra persona.

Quizá porque una parte de mí piensa que si hubiera sido una mujer como Fiama, Galo no habría tenido ojos para otra. El mensaje que me dicta la cabeza es que todo ha sido por mi culpa, porque yo no he sido suficiente: suficientemente atractiva, inteligente, segura de mí misma, guapa, exitosa…, desconfiada también.

Llego a la barra y mi amiga me rodea con uno de esos abrazos largos, tan intensos que los cuerpos se mezclan. Cuando coloca despacio la palma de la mano extendida sobre mi espalda, lo sé. Prueba concluida: ella sabe que, sea lo que sea lo que me está ocurriendo, necesito sanar. Veo cómo Pepillo, el dueño del bar, se acerca a nosotras por la barra.

—¡Qué pasa, Pe! Hacía tiempo que no venías a vernos —dice colocando un plato con embutido y algún trozo de pan delante de mí —. Toma, para que comas, que te veo muy delgada. Qué te pongo, ¿lo de siempre?

—Gracias, Pepillo —asiento mientras me como un trozo de embutido.

—Bueno, ¿cuándo nos vas a traer un retoño? Que en lo que tú te has casado, ¡yo ya llevo cuatro nietos!

—Tal y como están las cosas, mucho me temo que antes te los trae Fiama. —Me sirvo la tónica en el vaso y aprovecho la excusa para bajar la mirada.

Pepillo suspira.

—Ay, hija, yo no sé qué habrá pasado, pero con mis setenta años te puedo anticipar que la vida a veces se complica y hay que hacer de tripas corazón.

Un cliente pide la cuenta desde una de las mesas.

—Señoritas, el deber me llama. —Señala con la cabeza a los clientes y nos deja a Fiama y a mí solas.

Fiama se acerca y me pasa el brazo por los hombros para arrimarme más a ella.

—Pe, ¿está todo bien?

Niego con la cabeza, incapaz de levantar la mirada de la barra. Sé que si lo hago me echaré a llorar en cualquier momento.

—¿Le ha pasado algo a tu padre?

—No, mi padre está bien. O eso creo, vamos. Sigo sin saber nada de él.

—¿Tu madre? ¿Galo?

Trago saliva. He cogido una servilleta que no paro de enrollar, nerviosa. Dudo entre esquivar el momento o vaciarme y verbalizar todo aquello que está pasando por mi cabeza. Una parte de mí prefiere el silencio porque siento que al hablarlo lo convertiré en una realidad más tangible.

—Es Galo. Estamos pasando por un mal bache.

Es mejor optar por el camino intermedio. Me inclino a no contar toda la verdad.

—Bueno, Pe, todas las parejas pasan por momentos malos en su relación. Lleváis muchos años juntos, es normal.

—Lo peor de todo es que esta movida me está llevando a sitios oscuros, Fi. ¡El otro día casi me abro una botella de vino en casa! —Dejo la servilleta que ya he maltratado de todas las maneras posibles y me oculto el rostro entre las manos.

Fiama me suelta, se gira y se queda frente a mí; entonces vuelve a agarrarme por los hombros.

—Penélope, no. Ni se te ocurra volver a pensar eso. Tú no eres tu padre, ¿me oyes? —lo dice susurrando, como si buscara equilibrar su enfado y no quisiera que la gente advirtiera que mi comentario la ha exasperado—. Y si un día te pones una copa de vino, tampoco serás tu padre. ¿Acaso lo eras cuando dejaste de beber cuando estábamos en la universidad?

—No…, pero dejé de beber por el pánico que me producía llegar a convertirme en él.

—Quizá tendríamos que haber tenido esta conversación entonces, y no ahora. —Me suelta los hombros otra vez y se gira hacia el lado izquierdo de la barra—. ¡Pepillo! —grita haciendo señas con la mano —. Haz el favor de ponerle a esta muchacha una cerveza.

Fiama se ha colocado otra vez frente a mí, me acaricia el mentón y atrae mi cabeza hacia ella. Saca un pintalabios del bolso, Rouge Coco, y con un cuidado inmenso comienza a pintarme los labios. Siento cómo mis ojos se llenan de lágrimas, cómo el pecho se me encoge sin aire; pero mi amiga no pregunta, solo sigue pintándome los labios.

Cuando termina, ya sin careta, retira una a una las lágrimas que he derramado mientras sostenemos fijamente la mirada en los ojos de la otra. Guarda el pintalabios en mi bolso y me sonríe.

—Esta es la mujer que quiero ver, la Penélope que conozco.

Cuántos kilómetros vitales hemos recorrido Fiama y yo en nuestra amistad para que haya sabido lo que necesitaba escuchar. Inconscientemente, y en un efecto dominó casi instantáneo, la herida de un pintalabios activa el resarcimiento de otro. Ojo por ojo, diente por diente y pintalabios por pintalabios.

Pepillo ya ha dejado delante de mí la botella de tercio. Hace muchos años que no pruebo una gota de alcohol.

—Pe, en esta vida a veces sí funciona la terapia de choque. —Fiama me coloca con una mano la botella entre las manos y sujeta su copa de vino con la otra.

Bebo unos sorbos para no llevarle la contraria. Y porque una parte de mí quiere que Fiama tenga razón. Quiero volver a ser esa chica que todavía no se ha planteado el pánico de heredar la amargura de su padre.

—Por cierto, a que no sabes a quién me encontré el otro día —Fiama rompe la línea de mis pensamientos.

—Sorpréndeme —respondo alegrándome de cambiar de tema.

—A Hugo. Lo vi en un garito de estos a los que voy de vez en cuando. Ese tío siempre ha tenido algo, pero es que si lo vieras ahora… —Agita la mano a la italiana—. Las cosas como son, está bastante tremendo.

Resumir quién es Hugo es muy sencillo, apenas lo conozco. Y eso que llevamos enredándonos el uno con el otro desde la universidad. ¿Quién es Hugo en mi vida? Otra pregunta cuya respuesta es tan simple que consigue convertirse en compleja.

Aun así voy a tratar de explicarlo; Hugo y yo habíamos sido los polos imantados de un mismo vicio. Nos habíamos entendido única y exclusivamente a través de la química, el resto no nos importó nunca. No hablábamos ni de nosotros ni de nuestras vidas más allá de las preguntas casuales del encuentro, es decir, un «qué tal» con otro sumando el accesorio que supiéramos de la vida del otro en ese momento. Por educación y para romper el hielo, porque lo normal es que no tuviéramos en cuenta la respuesta.

Podíamos pasar años sin saber nada del otro, pero era reencontrarnos y en cuestión de segundos, lo que dura una mirada, ya estábamos pensando en devorarnos. Habíamos sido amantes interrumpidos, intercambiadores de placeres. Fuimos sexo, placer, ferocidad y alquimia. No había ningún tipo de vinculación ni emocional ni afectiva, pero ni que todas las piedras con las que tropezamos tuvieran que tener ese lastre romántico. Tampoco todos esos acercamientos terminaron en sexo, a veces a uno de los dos le daba por poner el freno.

Cuando eso ocurría sabíamos que ese encuentro sin saciar haría que orbitáramos por la mente inconsciente del otro, así que esperábamos a que cualquiera de los dos hiciera saltar los plomos.

Hugo y yo no hemos tenido nunca nada en común. Desconozco este dato, pero muy probablemente sea de esos desgraciados que comen pizza con piña. Nunca cené a solas con él, tampoco quedamos a tomar algo.

Eso sí, siempre nos hemos entendido en un código común, el de atender el hambre de ese lobo negro que camina siempre solitario, pero libre, por cualquier bosque a sabiendas de que la felicidad, y la calma, solo la consigue quien logra que lidere el lobo blanco. No nos conocíamos, pero siempre respetábamos el pacto: podríamos tratar de ahuyentarlo, de disfrazarlo o incluso de entretenerlo, pero nosotros no conseguiríamos domar jamás al lobo negro.

Por eso nuestro galanteo es fácil de simplificar pero muy complicado de explicar: éramos un sexo confesional, así que, aunque no nos importáramos una mierda, siempre acabábamos enredados en el otro. No fue distinto cuando conocí a Galo.

Estuve con él en varias ocasiones durante aquellos primeros meses. Nunca fue un acto premeditado, aunque nunca lo había sido. En la mayoría de las veces yo estaba moviéndome por Madrid, me llegaba un mensaje de Hugo y quedábamos en un punto determinado para llegar a su casa. Porque desde el primer minuto en el que Galo entró en mi casa, ningún otro hombre volvió a hacerlo. Había una reticencia inconsciente pero impúdica a compartir con otros mi espacio y esas mismas sábanas.

Entonces un día dejé de responder a esos mensajes. Inevitablemente, él dejó de enviarlos. Llevamos muchos años sin saber nada del otro. Es como si el universo hubiera cerrado esa puerta para nosotros porque, es cierto, habíamos dejado de buscarnos, pero la vida tampoco quiso que nos encontráramos de

forma casual en cualquier sitio de Madrid como le había pasado a Fiama.

—Bueno, sí, siempre ha sido un hombre atractivo —respondo.

—¿Hace cuánto que no sabes nada de él?

—Pues… —Hago el recuento mientras, inconscientemente, le doy otro sorbo a la cerveza—. Le perdí la pista justo cuando empecé con Galo, así que hará diez años. Me imagino que estará ya también casado y con sus historias.

Fiama le hace la señal a Pepillo para que le sirva otra ronda. Mira mi cerveza, en la que solo queda el poso.

—Y otro tercio para Pe, que esto se le ha quedado ya caliente. —Coloca el tercio sobre el expositor de cristal—. ¿Soy yo o cada vez hacen los botellines más pequeños?

Me encojo de hombros. Cómo voy a saberlo.

—Casado ya te digo yo que no está. El otro día parecía un nido al que iban todas a picotear.

—Hay cosas que nunca cambian entonces… —Me echo a reír—. ¿Cuántos años tendrá, cuarenta y dos?

Me levanto del taburete para ir al baño y al ponerme de pie me doy cuenta de que me asalta ese mareo que tienen los adolescentes en su primera ingesta de alcohol. Al llegar al aseo, tardo unos segundos en desabrochar correctamente el botón del pantalón. Aunque nunca me siento en el retrete de un servicio público, en esta ocasión tengo que hacerlo. Es imposible mantener el equilibrio. Al salir y reencontrarme con Fiama, veo que ya ha pedido otra ronda.

—Yo paso. Creo que voy borracha. —Aparto mi botellín de cerveza.

—Penélope, cómo vas a estar borracha con dos cervezas, por favor. —Y vuelve a colocar la bebida delante de mí—. La última y nos vamos.

Miro a mi alrededor. Nos hemos quedado prácticamente solas en el bar. Pepillo recoge los últimos restos de varias comandas detrás de la barra y ya han bajado la luz para evitar que otros clientes entren.

Hablamos de Bruna y de cómo ha desaparecido desde hace unos meses. No le cuento la llamada que le hice. Mientras tanto, termino la tercera cerveza convenciéndome de que esa sensación no puede ser la de estar borracha habiendo bebido únicamente tres tercios.

Cuando el bar cierra, nos dejamos llevar hacia Cava Baja y seguimos un poco la inercia de la gente que está en la misma situación que nosotras. Yo ando con una sensación de ligereza y desinhibición con la que no me encontraba desde hacía mucho tiempo. Me siento libre.

El pub al que llegamos es diminuto. Con un suelo de arena, me imagino que el local quiere imitar una playa. Una playa en una cueva, mejor dicho. Hay gente que incluso se ha descalzado deseando que el escenario se convierta así en algo más real. Huele a incienso, o algo parecido, y es imposible moverse sin rozarse con cinco personas más. Fiama va abriendo un camino entre la gente y conseguimos llegar a la barra. Ella se pide un gin-tonic. Dudo si seguirla en la comanda, pero un ligero mareo me recuerda que no es buena idea. Finalmente me pido otra cerveza.

Mientras espero a que nos sirvan, siento cómo un tipo me mira desde el otro lado de la barra. Voy a decírselo a Fiama, pero es imposible dar con ella en un barrido de mirada. El camarero me

acerca el datáfono sin mediar palabra y yo pongo la tarjeta para pagar.

El local es del tamaño de la cocina de mi casa, así que en algún momento tiene que volver a aparecer Fiama. ¿Habrá ido al baño? Con esta chica nunca se sabe. Me apoyo en la barra y le doy un trago a la cerveza mientras miro el móvil. A lo mejor Galo ha vuelto pronto a casa y se preocupa al no encontrarme. Nada. Ni un mensaje, ninguna llamada perdida. Vuelvo a guardar el móvil en el bolso. Fiama no aparece. Retraída por el abandono, sigo bebiendo del botellín hasta acabarlo por completo. Levanto la mano para llamar la atención del camarero.

—¿Otra cerveza? —me pregunta acercándose a mí para que pueda escucharlo.

—No. Quiero que pongas «It's a Heartache».

El camarero se me queda mirando sin entenderme.

—«It's a Heartache», la canción.

—Vale…, entendido. Voy a ver si puedo ponerla desde el ordenador.

Cuando se está yendo, le agarro de la camisa.

—La versión de Bonnie Tyler, por favor.

Asiente y se va al ordenador a buscar mi petición. Cuando suenan los primeros acordes y las primeras líneas, pienso: «Joder, sí que debo de andar dando pena para que cambien a Bad Bunny por Bonnie Tyler». La gente se va alejando de la zona central del bar para acudir a los baños o a la barra, algunos buscan sus chaquetas en montones de ropa que hay apilada en los rincones. Y yo, guiada por un espíritu nuevo, me quito la chaqueta y me pongo a bailar sola en mitad del bar, cantando a pleno pulmón como si mi garganta solo

pudiera contar así su historia. *It's a fool's game, nothing but a fool's game.* Mi cuerpo tiembla de pura electricidad, mi piel se funde con la lencería del body, anestesiando el dolor con la cerveza. Mi cabeza es más libre que nunca, ese es el poder de no tener nada más que perder. *Hits you when it's too late, hits you when you're down*.

Al desperdigarse el gentío, veo que Fiama se acerca a mí, elevando la copa con una sonrisa inmensa, mientras tira de la mano al hombre que me miraba minutos antes. Y él se deja llevar entre las dos. Ese tipo sabe lo que hace. Se arrima a mí lentamente mientras bailamos, cantando conmigo, haciendo suyo también mi himno. A un suspiro el uno del otro, me coloca los mechones perdidos en el desfogue. Me roza con los dedos el rostro con una delicadeza tan medida que siento cómo el cuerpo se me eriza al instante. Y ese acto, tan humano pero carnal, me inyecta la culpa, paralizándome. La canción ha llegado a su fin y ya suena el tema de moda para reconquistar a los clientes.

Me saca de la parálisis su mano, que me lleva a la barra, mientras a la vez tira con la otra de Fiama. Pide una ronda de chupitos, nos pregunta los nombres. «Roma —contesto—, me llamo Roma». Fiama me mira entre sorprendida y pícara. Me sigue el juego. Aprovechando que se acerca a mi amiga para escuchar su nombre, tiro el chupito por debajo de la barra. Adrián, nuestro compañero de baile recién bautizado con Jäger, pide otra ronda. Resulta ser el dueño del bar, y parece que quiere ser también el benefactor de la noche.

—¿Por qué has elegido una de las canciones más tristes del mundo para bailar un sábado? —me pregunta Adrián al amparo de la breve intimidad que otorga que Fiama haya ido al baño.

—Has tenido que ver a muchas mujeres rotas en este bar para saber identificarlas tan rápido —respondo sonriendo.

Adrián se acerca más a mí.

—Alguna, pero ninguna con buen gusto musical —me dice al oído.

Y justo aparece Fiama. Baila, completamente ajena a la situación que acaba de darse. «Qué querrá de mí», pienso mientras lo miro con recelo, pero también dejándome llevar por la idea de que todo esto sea un juego para seducirme. Simplemente la idea, la posibilidad, de que un hombre me considere atractiva me resulta como una película de ciencia ficción que no puede ocurrirme a mí. Llevo muchos años fuera de juego y, para ser honestos, nunca he sido la joya de la corona del grupo. Ese puesto siempre había sido para Fiama.

Son las cuatro o cinco de la mañana. No recuerdo la última vez que he estado de fiesta hasta esas horas. El mareo es cada vez más acentuado, así que me escurro de la barra para irme a casa. Veo a Fiama hablando y bailando con un grupo de guiris al fondo del bar, y me quedo tranquila al comprobar que parece estar a gusto con ellos. Escapar ha sido siempre mi técnica napoleónica para no acabar vencida en la batalla. Fuera, apoyada en la pared del bar, esperando a que algún taxi sienta la llamada de mi desesperación y con un efecto peonza entre la ternura y la vergüenza ajena, al girar la cabeza me encuentro con Adrián, que ha salido a fumarse un cigarro.

«No me jodas», pienso. Una luz LED digna de quirófano cae en plano cenital sobre mi cara, y yo no sé qué nivel de alcohol llevo en sangre, pero lo que sí tengo claro es que esa luz va a destrozar la mínima posibilidad de que ese hombre se haya sentido atraído por

mí. En el paréntesis de silencio que da el breve y único segundo que tarda en caer en que estoy ahí, calculo las horas que llevo fuera de casa, el alcohol, el calor que ha hecho dentro de ese local y esa maldita luz que enseña hasta el último recoveco del último de los poros de mi cara. Mi cara debe parecerse bastante a la del Joker.

Se acerca y me pone el piti que se acaba de encender en la boca. Inhalo el humo en silencio porque, en el fondo, cuando tu vida se ha ido ya a la mierda tampoco es que importe mucho que, después de seis años sin fumar, un desconocido te dé una caladita. Me he bebido unas cinco cervezas después de más de catorce años sin probar una gota de alcohol, fumarme un piti es lo de menos. Conforme el humo me va colonizando la boca, la garganta y los pulmones recuerdo por qué dejé de fumar: me encantaba.

—Roma —me dice Adrián mientras recupera su piti y vuelve a meter sus dedos entre mi pelo—, si me esperas quince minutos podemos ir a mi casa y me cuentas qué es eso que te atormenta tanto.

Yo pestañeo, en silencio. Hace rato que estoy sumida en una nube narcótica, no le encuentro ningún sentido a todo lo que está ocurriendo. Del pelo Adrián baja los dedos lentamente hasta mi cuello, y de mi cuello los pasea por mi mandíbula, y de mi mandíbula los arrastra hasta mis labios. Quiero morderlos, humedecerlos con la saliva, quiero decirle que sí, le esperaré quince minutos, o veinte, los que haga falta. Imagino todo lo que ocurriría si le digo que sí, si me dejo llevar por ese algo que está activándose en mí y que me atrae sin remedio hacia ese desconocido.

Pero me doy cuenta de que todavía duele, de que no soy capaz de hacerle eso a Galo. Me sonrío, eso sí, salivando la posibilidad de que

aquel chaval con el que habría soñado con dieciocho años me esté diciendo eso y que justamente lo haga en este momento de mi vida. Me incorporo como puedo desde mi punto de anclaje de la pared.

—Si tiene que ser, nos volveremos a encontrar —le respondo y lo alejo de mí mientras coloco las manos sobre su torso.

Esta es la típica respuesta que solo puedes decir o yendo muy borracha o estando muy dolida. Tanta poética no cabe en otra escena. Y me voy, andando como puedo hasta Tintoreros, cediendo antes a las arcadas en algún que otro pobre árbol. Cuando pasa el primer taxi, me subo a él y pido que me lleve a casa. Con la ventana abierta y la cabeza apoyada para que me dé algo de brisa en la cara, cierro los ojos y recreo lo que ha pasado intuyendo a Adrián como un arcángel que ha venido a advertirme de algo. De mí misma. Me gusta pensar que todavía hay alguien ahí fuera que quiera verme desnuda. Pero sobre todo veo que quiero jugar, jugar con un incendio. Y que, a partir de ahora, cada vez que me pidan fuego, bastará con abrir la boca.

6

Lo que pasó después de aquella primera noche en la que quedé con Galo es lo que suele pasar. Nuestra historia no fue especial por estar llena de detalles trascendentales, sino que fue, más bien, un cúmulo de consecuencias, ese efecto dominó, ese «tenía que pasar» que acabó pasando. Al interés le sucedió la química y el brindis, y después del brindis vino el beso.

Aun así recuerdo todavía a la perfección ese primer beso, es el único que mi memoria ha dejado imborrable en su altar. Es incluso más nítido que aquel que le di por primera vez a un chaval de mi pueblo. Ya entonces, sin haber besado a nadie antes, supe que aquel había sido un beso torpe, casi fingido, para saciar un ansia ahora inexplicable de convertirnos en adultos. Pero aquel beso con Galo en su coche, cuando me ofreció llevarme a casa, es ya biografía de mi boca.

Él iba conduciendo y serían las doce de la noche. Frenamos en un semáforo de Cibeles con las luces de la ciudad creando pequeñas órbitas de color sobre el parabrisas. Estábamos hablando y, de repente, me cogió la cara con la mano que no estaba sujetando el volante y me acercó a él hasta que nos fundimos en un beso que solo se interrumpió por el claxon del conductor de atrás, que nos

obligó a arrancar. Nuestra historia no fue extraordinaria, pero sí paradójica. Todo empezó en un coche.

Yo, al menos, me di cuenta en ese mismo instante de que Galo no iba a ser uno de esos hombres que había querido dejar en los breves paréntesis que daba la noche y sus encuentros casuales. Que alguien nos tuviera que obligar a interrumpir un beso para retomar el camino, como un despertador de la realidad, fue durante un tiempo el resumen de nuestro enamoramiento. También todo acabó en un coche cuando se terminaron los besos. Al menos los nuestros.

No importa el tiempo que pase ni el dolor que todavía puedo rememorar tanto en el recuerdo como en mi presente, hay aguijones que no he conseguido anestesiar aunque haya transcurrido toda una vida desde entonces. Hay momentos en los que todavía pienso en Galo como cuando nos dimos ese beso, aunque luego descubriese su rostro en el lado más insospechado de la moneda, aquel desde el que me había dejado de mirar a mí para mirar a otra.

Pero volviendo atrás y rebobinando en la memoria, a aquella noche le sucedió uno de los inviernos más fríos que recuerdo en Madrid, también uno de los más dulces. Durante muchos meses estuvimos repitiendo la fórmula de quedar a tomar algo después del trabajo; yo me arreglaba en el baño de la oficina. Si fuera una de esas personas que se describen a sí mismas única y exclusivamente con un logro profesional, el mío sería haber mutilado los gestos de desaprobación de mis compañeras de oficina. Cuando me muera, que resuman mi ambición cinematográfica frustrada con aquellas caras y que terminen con un fundido a rojo, como hace Bergman en *Gritos y susurros.* Cómo les tuvo que joder verme pasar del gris a la purpurina en un único beso.

La mayoría de las veces terminábamos en mi casa, un bajo tan pequeño que solo se podían contar sus metros cuadrados en centésimas. Verlo entrar ahí con su metro ochenta era una experiencia circense. Lo que me enseñó a hacer durante aquellas noches, también. Galo era hipnótico desde la dicotomía: su rictus siempre era serio, con las mandíbulas encajadas en una única posición posible, en tensión (pero sin sentido del ridículo, era siempre el centro de atención); con una mirada desafiante, entrecerrando los ojos para enfocar mejor sus propios pensamientos, para desestabilizar los de su interlocutor (pero con unas habilidades sociales innatas); pausado (pero ambicioso), prudente (pero pasional).

Galo siempre fue uno de esos hombres de los que tus amigos te dicen (te sugieren, te suplican) que te alejes porque intuyen que te harán daño, pero después sucumben a sus encantos nada más conocerlos. Fiama y Bruna no fueron la excepción. Tardé en compartir con ellas el idilio, porque a mí me costó un tiempo catalogarlo y encontrarle una etiqueta con la que el mundo pudiera entenderlo. Al principio, estaba claro, sexo: un sexo nuevo, hambriento, pirotécnico.

Por aquel entonces, compartir aquello hubiera sido describir únicamente una parte del elefante. Por muy especiales que se fuesen tornando esos encuentros para mí, de cara al mundo sería únicamente un trueque de cuerpos. Nada nuevo en la era del amor líquido.

Pero todo cambió aquella noche en la que fuimos a cenar a un clandestino del centro. Era imposible reservar mesa en ese restaurante, y aun así Galo logró que nos saltáramos la interminable

lista de espera. Estaba situado en el Madrid de los Austrias. Al bajar las escaleras que estaban nada más abrir la puerta y que solo conseguías traspasar con una contraseña, era imposible no sentir el frío de las paredes de piedra todavía en pie de su estructura original. Unos candelabros, en los rincones, iluminaban todo el espacio. El restaurante tan solo tenía cuatro mesas. Cada una estaba rodeada por una cortina de terciopelo creando un lugar discreto, secreto. Al parecer, en aquel restaurante se habían reunido artistas en los sesenta para hacer sus fiestas privadas, y aquellas telas eran las que tenían para crear espacios reservados donde poder hacer lo que quisieran sin ser vistos. Se mantenía parte de esa mística, pues todo estaba pensado para que los camareros te guiaran tanto en la entrada como en la salida, incluso para hacer uso del lavabo, y que en el recorrido no te pudieras encontrar con nadie.

Al llegar a nuestra mesa, y ya con la cortina a nuestra espalda dejándonos solos, me quité la chaqueta para lucir el corsé que me había comprado ex profeso para aquella cita. Galo, que ya se había sentado, dejó el menú encima de la mesa para mirarme.

—¿Es posible que acabemos de llegar y ya quiera que se termine la cena? —dijo acariciándome la clavícula con la punta de los dedos.

—Bueno, la cena es un preliminar. Lo bueno vendrá después —respondí acercándome a él para darle un beso.

Entonces el camarero cruzó la cortina para solicitar nuestra comanda. Dejé que Galo se ocupara, ni siquiera había mirado la carta.

—Vamos a compartir los puerros asados con holandesa de tuétano y foie gras, pithiviers de pichón Mont Royal… —Se giró hacia mí—. Pe, ¿te apetece a ti algo en concreto?

—Todo tuyo.

—Pues de entrantes, pónganos unos *escargots à la bourguignonne* también, por favor.

Galo pidió todo con un francés exquisito. Teniendo en cuenta que la primera vez que lo vi lo confundí con un empresario suizo, no pregunté mucho más. En los primeros acercamientos prefería el silencio a la entrevista, suele ser más fructífero con quienes resguardan con recelo sus debilidades.

—Era la receta estrella de mi padre —dijo cuando el camarero volvió a los minutos para servirnos los caracoles.

—Ya veo entonces que tu padre es tan particular como tú —respondí mientras cogía las pinzas de la mesa para servirme.

—Era… —me corrigió al instante—. Para él era relativamente fácil, nació en un pueblo cerca de Dijon. Bueno, en realidad es una receta de la familia, porque a mi padre le enseñó su madre, y a ella, mi bisabuela…

Tenía que salir del nerviosismo que me había despertado su corrección.

—Entiendo, de ahí ese francés de alumno aventajado —convine tratando de hacer más liviano el ambiente.

Entonces Galo me sonrió mientras sus ojos se encharcaban, y, aunque no derramó ni una sola de esas lágrimas, me sorprendió ver su lado vulnerable cuando parecía difícil franquear sus emociones. Le cogí de la mano, apretándola contra la mía, y él se la llevó a la boca para besarla. Y aquel gesto, aunque pueda parecer estúpido, fue el que nos guio desde lo animal hasta lo humano, transformando en cariño lo que hasta entonces había sido pura tensión sexual.

Hay una puerta hacia el recuerdo de la infancia que solo se abre cuando te quieres compartir con alguien. Y eso hicimos nosotros aquella noche durante esa cena, pero también cuando terminamos y anduvimos hacia mi casa. Recorrimos, completamente abrazados, las callejuelas de ese Madrid que siempre me ha apasionado. La luz tímida de las farolas nos alumbraba lo justo para distinguir el camino, como si un director de cine hubiera querido que aquella noche, entre el restaurante y la ciudad, estuviera alumbrada solo por velas para darnos una intimidad especial, el espacio único para pasar a otra fase de nuestra historia.

Al llegar a mi casa, Galo me desvistió por primera vez sin prisa. No quería tocarme, buscaba acariciarme. No follamos, no nos devoramos, dormimos abrazados sintiéndonos piel con piel. Por eso aquella noche entendimos sin decirlo que ambos necesitábamos cada vez más de nuestros encuentros, así que sumábamos prólogos con excusas que empezaban nada más salir de nuestros trabajos y terminaban justo antes de volver al día siguiente. Inconscientemente, comenzamos a crear una rutina en la que llenábamos el tiempo libre del otro, borrando así el posible espacio de llenarlo con otros. Y ahí, en ese margen que da el baile entre el desconocimiento sobre la otra persona y un *let it be* tan encantador como maléfico de querer de repente empaparte de ella, en un universo sin expectativas románticas, empezamos a conocernos.

7

Al llegar a casa, tiro la chaqueta y las llaves al suelo y me quito los zapatos dejando el reguero perfecto hasta mi cama. Me desplomo vestida, maquillada y con los labios todavía con la huella del pintalabios de Fiama. Lo que queda de él después de tanta cerveza y de los dedos de Adrián buscando una respuesta para irnos juntos a su casa.

El descanso es breve. Unas horas después despierto y siento que la luz entra por la ventana como un rayo de Zeus que me castiga por todos los actos de la noche anterior. Son las nueve de la mañana, así que en cuatro horas mal dormidas mi cuerpo no ha encontrado la manera de regenerarse. Al incorporarme, me doy cuenta de que he manchado toda la almohada con sombra de ojos, rímel y, cómo no, pintalabios. Otra prueba de mi crimen.

Voy al cuarto de baño, me lavo la cara y me doy una ducha lo más rápido posible para llegar cuanto antes hasta un ansiado café. Al entrar en la cocina no solo me encuentro sorprendentemente con Galo, cuya presencia en casa es como la de un adolescente (siempre de puntillas, lo justo y necesario), sino que además está esperándome con una taza de café recién hecho. Al universo dale cartas, que él ya jugará a devolverlas.

—Intuyo que vienes de una noche larga. Toma, esto te vendrá bien —me dice sonriendo mientras me tiende la taza.

Cuando alguien es amable contigo después de haberte jodido la vida es difícil saber cómo reaccionar. Me coge con la guardia tan baja que no sé si es ironía, maldad sin pudor o, en el peor de los casos, un acto de amor. Yo no sé si sonreír, tirarle la taza a la cara, echarme a llorar o fingir que todo esto tiene sentido. «Galo, eres un pedazo de cabrón», eso es lo que me gustaría decirle.

—¿Penélope? ¿Estás bien? —me pregunta Galo ante mi parálisis.

«No, no estoy bien. Desde que te tiras a otra no sé quién eres, te busco por todos los rincones de tu propio cuerpo. Te toco y te juro que quiero tocar a mi marido, pero solo encuentro una pieza insensible que no tiene ganas ni de descubrir que ha roto algo tan dentro de mí que no sé ni cómo repararlo». Eso es lo que me gustaría decirle.

—Amor, ¿estás bien? —insiste Galo, cogiéndome de la mano, acariciándola mientras la entrelaza con la suya, con el dedo pulgar.

«Ayer podría haber acabado en la casa de un tío». Eso es lo que me gustaría decirle, pero no le digo nada, porque ni siquiera me está preguntando qué he hecho la noche anterior, y eso que no recuerdo la última vez que había vuelto a casa de madrugada, y mucho menos la última vez que había vuelto como una quinceañera después de su primer botellón. ¿Es aquello un margen de incógnita que está intentando intercambiar conmigo para que yo también le ceda uno similar? A lo mejor estamos llegando a un acuerdo no verbal de coexistencia sin preguntas.

Opto por beber el café en silencio. Quizá con un poco de cafeína en el cuerpo, decida con sensatez qué es lo que quiero decir. Con un

poco de suerte, puedo hasta intentar averiguar qué pienso o cómo me siento.

Galo me da una tregua con su silencio. Me centro en la taza. Ni siquiera puedo mirarle a la cara. En los últimos meses hasta ese gesto me supone un esfuerzo, y esta mañana no puedo levantar ni una mota de polvo con el dedo. Me he acostumbrado tanto a la soledad que siento como un parásito la mirada atenta de Galo. Precisamente ahora, esta mañana. Parece que pueda leer en mi silencio una secuencia de la noche anterior, como si descifrase la culpa del deseo en mi boca. Es como si Adrián estuviera ahí, sentado con nosotros, compartiendo ese grito enmudecido de que lo nuestro se está rompiendo del todo.

—Hacía muchos años que no te veía con ese body. Siempre me ha vuelto loco —dice entonces Galo.

—El body es lo de menos. Es a mí a quien hace mucho que no miras —respondo sorprendiéndome hasta yo misma del arranque de sinceridad.

Mi puñal se hunde con tristeza en sus ojos. Esa no la ha visto venir. Recoge nuestras tazas en silencio y, cuando está a punto de irse de la cocina, se gira hacia mí.

—Estoy en un momento complicado de trabajo, Penélope, pero… Mira, ¿qué te parece si la semana que viene vamos a cenar y te lo vuelves a poner para mí?

Ese «para mí» es un latigazo de advertencia en mi cerebro: ¿acaso sabe que yo también reconozco la prenda como un cebo de mi pasado para llegar a otros?

—El miércoles, por ejemplo, ¿te apetece? —insiste.

—Los miércoles voy al taller de cerámica. Me apunté hace un par de meses —le reprocho. La realidad es que no voy a clase desde que ocurrió todo.

Con mi contestación el silencio lo invade todo, Galo asiente y se va de la cocina en silencio. Siento mi actitud más amarga que lógica. Con la cabeza racionalizo todo el proceso emocional, pero el corazón sigue dando bandazos sin llegar a ser del todo ni caos ni veleta. Del amor al odio hay solo una mentira, pero qué fácil es enmudecerla desde el amor y convertirla en *vendetta* desde el odio. Me siento responsable de haber contribuido ya no solo al declive de mi relación, sino también a la confirmación, a ojos de Galo, de que nuestro hogar es un lugar de paso hasta que alguno de los dos no lo soportemos más y provoquemos el desenlace definitivo.

Me dirijo al salón y, aprovechando que Galo está tumbado en el sofá, veo la oportunidad de sellar el desencuentro como lo habríamos hecho hace unos años. Él está con el móvil, cómo no, tapado con una manta de lana de Ezcaray que nos regalaron en otra vida. Ni me mira cuando me acerco, no sé si por indiferencia o por rechazo. Me arrastro por el borde hasta colocarme justo a su lado, mis muslos rozan sus brazos. Ese era antes un método infalible: rondar, subirme a horcajadas, apretar mis muslos con su cadera, acabar ganando. Lo que ahora me pregunto es qué ganaba exactamente. O para qué.

No es lo que hago ese día. La escena en la cocina me ha llevado más al llanto que a la rabia, y es la rabia la única que podría encender la libido en ese momento. Me hago un hueco y me tumbo a su lado en silencio como el niño que vuelve arrepentido tras haber roto algo jugando. Enredo las piernas con las suyas mientras con

suavidad coloco la cabeza en su torso. Cierro los ojos e inspiro mientras me dejo llevar por la marea de la respiración en su costado.

Me distancié finalmente de mi padre cuando estaba en la universidad. Años después, y al conocer a Galo, me di cuenta de que solo conseguía dormir profundamente así. Me sentía niña, protegida; y en ese refugio parecía que las cosas podían esperar, incluso el duelo. Tal y como ocurría entonces, conforme voy acompasando el ritmo de mi aliento al suyo, voy quedándome dormida. Dicen que cuando duermes con tu pareja la arquitectura del sueño tiende a sincronizarse, y ahora, esta concordancia aviva la nostalgia, pero también el remordimiento.

Me despierto una hora después completamente arropada por el cuerpo de Galo. Ese reposo en mitad de la mañana hubiera sido impensable en otro momento. ¿Quién se duerme pocas horas después de haber empezado el día? Solo quien vive dormitando.

Me incorporo y miro a Galo, que sigue durmiendo. Recorro sus pestañas, la boca entreabierta, la montaña de su nariz, los rasgos afrancesados, sus dedos de pianista, el inicio de sus oblicuos que tanto he recorrido con la mirada, con las manos, con la boca. Mis ojos se inundan de unas lágrimas que hasta este instante no me he permitido llorar, y es que el haber compartido de nuevo espacio con el cuerpo que tanto he amado reaviva hogueras que creía extintas.

Es su abrazo aferrado a mi piel lo que me alerta de estar evocando la nostalgia no solo del amor vivido, sino del amor que no quiere morir. Cuando Galo se despierta al sentir mi propio movimiento y me aprieta contra sí mismo sonriendo, reparo en que el corazón roto aspira a ser doliente desde el rencor, pero siempre

busca algún resquicio de esperanza. Nunca somos lo suficientemente adultos para aprender que el amor nunca se mendiga. O no se debería mendigar.

8

—¿Estás enamorada? —me preguntó Fiama.

Me miraba entre inquieta y asustada; solo había pasado un año de mi anterior relación, una relación que había sido mía y un poco de todos, porque tan imposible es ponerle vallas al campo como crear márgenes al drama.

—No, para nada —respondí.

Y era verdad. Siempre me ha costado reconocer que estoy enamorada. La entrega ciega del amor era para mí un signo de debilidad que solo pretendía detonar el muro de protección que había conseguido construir durante años. También de la desconfianza.

Tampoco había cerrado la posibilidad de conocer a otras personas hasta hacía pocos meses. De hecho, había incumplido la norma de oro, la que no se traspasa ni en la mayoría de las relaciones abiertas: había repetido varios encuentros con otra persona. Y no con cualquier persona, con Hugo. Aunque también es cierto que me había llamado en varias ocasiones para vernos durante los últimos días y no había respondido a ninguna de ellas. Volviendo al garito en el que estábamos con Fiama… *Rewind*.

—Vale, no estás enamorada. Y, sin embargo, llevas prácticamente medio año viéndote con un hombre sin contárnoslo —continuó mi

amiga.

—No es el único hombre con el que he estado. De todas formas, se llama intimidad, Fiama —respondí tajante.

—No, Penélope; se llama miedo. —Y dejó caer esa sonrisa sarcástica que adoraba en miles de situaciones, pero que también detestaba en otras.

No me preguntó quiénes eran esos otros supuestos hombres, probablemente porque no me había creído.

—¿Miedo? ¿A qué? —Otro ladrillito en mi muro.

—A darte cuenta de que hay cosas que no puedes controlar, y una de ellas es lo que puedes llegar a sentir por una persona. —Mi amiga estaba colocando dinamita para derribarlo. Y sabía que en parte lo estaba consiguiendo, me conocía lo suficiente para saberlo.

—¿Y tú, cómo estás? —pregunté para cambiar de tema.

—A mí no me llama ni mi padre —dijo mientras lanzaba al aire una carcajada—. Literalmente ni mi padre, no sé nada de él desde hace meses.

—Bueno, hasta que no estés seis años sin hablarte con él como yo con el mío, seguiré liderando la tragedia paternofilial de las dos.

—¿Seis años ya? ¿Tantos años han pasado desde que empezamos la universidad? —parecía que estaba logrando cambiar la conversación—. ¿Nunca has pensado en llamarlo? ¿No has querido saber qué es de él?

Quizá hacia otra que tampoco me interesaba en ese momento.

—Puedo imaginarme perfectamente qué es de él —respondí.

Nos interrumpió el camarero ofreciéndonos cervezas caseras, una de las modernidades de moda en la zona, y, mientras Fiama le preguntaba por el proceso de fabricación como si realmente le

interesara, pensé en mi padre. Era fácil saber qué sería de él. Estaría en el mismo bar de siempre, a veces solo y a veces con otros asiduos con los que, probablemente, compartiría adicción. Todos en la misma posición, encorvados hacia la barra desde un taburete con la piel sintética del asiento ya cuarteada por el peso de los clientes y del tiempo, hablando de lo que saliera en la televisión como tertulianos de un programa más.

Me lo imaginaba con más arrugas, acentuadas por la luz halógena de bar de barrio. Sin probar ni una sola vez ninguna de las tapas que le pondrían con el tinto, pequeños trozos de pan de barra con mínimas porciones de embutido que se irían acumulando en fila india delante de los clientes habituales. No estaba segura de qué respondería si le preguntaban por mí. Y dónde creía que estaría yo. Tal vez pensaría que sola, esperando en silencio y desesperadamente a que alguien me amara como él, que ni yo misma había sabido hacerlo.

—Creo que deberías conocer a Galo —dije interrumpiendo la conversación sobre fermentación.

Fiama barrió su mirada en diagonal del camarero italiano, que solo por ser italiano se transformaba en persona de interés, a mí. Pero ningún italiano aquella tarde podría haber sustituido el misterio todavía por resolver que era el hombre que formaba ya parte de mi vida.

—No, si conocerlo, lo conozco… Te recuerdo que lo conociste por mí —respondió Fiama mientras el italiano se daba por vencido y se rendía a atender al resto de los clientes.

—Cierto, porque por un momento pensaste que era una buenísima idea liarte con el amigo de tu ligue de emergencia —respondí

riéndome —. Pero bueno, ya sabes a lo que me refiero, a conocerlo de verdad.

Yo sabía a la perfección lo que aquello implicaba. Para empezar, la aceptación inconsciente de la existencia de algo. Solo a lo que es susceptible de existir le pones nombre. Lo dice Sócrates y lo dice cualquier persona que haya tenido una relación en su vida.

Se conocieron de verdad en la terraza de un amigo de Fiama que celebraba una fiesta en su casa. La agenda de mi amiga tenía un apéndice especializado en conocidos con casoplones y vecinos comprensivos hasta lo inexplicable. Nunca nos contaba dónde conocía a esa gente, y entre nosotras había un código secreto de no preguntar sobre aquello que no era intencionadamente expresado.

Cuando llegamos, nos encontramos con una celebración que parecía la antesala de los Goya. La terraza estaba iluminada por pequeños farolillos que creaban un falso techo encima de los asistentes. Había una barra para los combinados y otra para cócteles, colocadas en dos zonas distintas para que así la gente se dispersara de forma más equitativa por la terraza. Justo en medio, y parapetando la barandilla, se había instalado el puesto del DJ, que ya había comenzado a poner música. El atardecer teñía el cielo en tonos anaranjados. A lo lejos se entreveían las cuatro torres de Madrid en el horizonte.

A Galo no le conté que la finalidad de ir a aquella fiesta era que conociera a mi amiga más íntima; aquello habría supuesto reconocerle que nos habíamos movido de la casilla inicial. Yo sabía que todavía me veía con él con una espontaneidad fingida para que

el avance de nuestra relación, aunque natural, no lo espantase. Era mejor dejarse llevar, y ponerle nombre quizá lo sintiese como que le ataba con una correa.

Pero todo fluyó porque lo predestinado siempre parece sencillo, aunque no lo sea. Cuando vi a Fiama junto a la barra de cócteles, cogí de la mano a Galo y nos acercamos a ella. Mi amiga me dio un abrazo y se dirigió a él, presentándose de nuevo con dos besos, que Galo se limitó en responder sin soltarme en ningún momento de la mano. Aquel gesto me dio seguridad, los papeles de todos (aunque las intenciones hubieran sido distintas en el pasado) estaban claros. Galo fue encantador y cautivó no solo a Fiama, sino casi a todos los de la fiesta. Se convirtió en un segundo e improvisado anfitrión, así que su noche fue estar pendiente de que todo el mundo tuviera siempre una copa en la mano, de que lo estuvieran pasando bien, bailando con quien no tenía con quién bailar y brindando con quien parecía haber olvidado los motivos para hacerlo.

Mi noche fue una casi reclusión en el cuarto de baño mientras Fiama se pintaba los labios compulsivamente y me repetía sin cesar lo maravilloso que era Galo, lo feliz que le hacía que hubiera encontrado un hombre así después del impresentable de mi ex, cómo me merecía que me quisieran bien de una vez por todas. Bueno, todo ese largo etcétera que cualquier mujer entenderá, porque todas, absolutamente todas, hemos convertido un baño en un confesionario.

Cuando salimos y nos reunimos con todos de nuevo en la terraza, la brisa primaveral levantó mi falda. Yo me tapé corriendo, ruborizada y mirando a mi alrededor para ver quién había sido

testigo del ridículo. El único que lo había visto todo era Galo. Atravesó la terraza y me abrazó.

—¿Lo has visto? Qué horror, qué vergüenza, se me ha visto todo.

Galo rio mientras dentro del abrazo me animaba a seguir su movimiento para bailar.

—Nada que toda esta gente no haya visto antes, Pe. —Me besó—. Y precisamente eso que yo podría mirar durante toda mi vida.

Mi nerviosismo se disipó por completo. Me culpé por tanto secretismo y tanta inquietud, si la presentación en el fondo tampoco había sido para tanto. Fue un éxito, pero también fue un punto de inflexión.

Hacía meses que no había besado a otro hombre, incluido Hugo, y además no me apetecía hacerlo. No estaba enamorada, no había mentido a Fiama, pero sí recuerdo estar delineándome los labios antes de que Galo me recogiera en casa para acudir a la fiesta y notar un hormigueo en el estómago que vaticinaba que podría llegar a estarlo. Y todavía no había tenido a toda una fiesta diciéndome que aquel tenía que ser el hombre de mi vida, incluso gente que no conocía de nada, ni a Galo haciéndome sentir tan inmensa durante ese abrazo.

En el fondo creo que es fácil de resumir: hay dos tipos de personas, las que buscan desesperadamente estar enamoradas y las que niegan estarlo siempre. Aunque la gente pueda pensar lo contrario, las canciones de amor existen por las segundas. En aquella época yo escuchaba sin parar «Te vi», de Fito Páez. Percibía una sacudida, la franqueza hablando desde el esófago, mientras cantaba la parte que dice: «Yo no buscaba a nadie, y te vi».

Justo estaba escuchándola cuando sonó el timbre aquella tarde y la cara de Galo asomó por el portero automático, perfectamente trajeado incluso para ir a una fiesta en una terraza. Lo recuerdo porque consideré que era una señal. Siempre he sido experta en transformar casualidades en síntomas, pero incluso ahora sigo pensando que aquello sí lo fue de verdad. Estaba a punto de abrirle la puerta de mi casa al hombre al que iba a abrirle también de par en par las puertas de mi vida. No es por nada, pero, una vez más, no me equivocaba.

9

La lavadora lleva pitando veinte minutos con ese sonido agudo y estridente que siempre me ha puesto histérica. Aun así me cuesta Dios y ayuda levantarme. Giro el interruptor, y la máquina para. «Tiene que ser un placer increíble poder desconectarte así», pienso. Abro la puerta, saco la colada (la ropa que empleo para ir a la oficina y unas camisas de Galo) y las paso a la secadora. En un par de horas estará berreando otra vez un electrodoméstico.

Vuelvo al salón arrastrando por el suelo las zapatillas de ir por casa y me tiro al sofá de nuevo. Reviso el móvil, cero notificaciones. Me quedo mirando la televisión. Una señora cuenta en un programa que le han estafado veinte mil euros durante una relación virtual. En lugar de sentir lástima por ella, pienso que esa mujer tiene algo que contar más interesante que el coñazo en el que se ha convertido mi vida, ese trayecto circular oficina-casa con un matrimonio en ruinas y una dieta deplorable nutricionalmente hablando. Lo único que me ha hecho sentir viva en los últimos meses ha sido aquella noche con Fiama.

A lo mejor por eso voy a la cocina y me sirvo una copa de vino, como si hubiera exorcizado de alguna manera el alcohol desde ese día. O quizá quiero desactivarme como la lavadora. Cojo la copa y bebo. Lo saboreo, dejo que invada cada rincón de la boca, que

ahogue mis papilas gustativas y después baje por la garganta suavemente hasta dejar ese reguero sibilino de placer por todo mi cuerpo. Repito el momento hasta acabar la copa, y cuando me estoy sirviendo la siguiente, me percato de que estoy de pie justo en el mismo lugar en el que hace unos días renuncié a otra botella de vino por miedo, un miedo que desde aquella noche con Fiama ya no tengo.

Las religiones existen para tratar de comprender adónde va lo que está muerto, pero no hay ninguna plegaria que esclarezca dónde está lo que se está muriendo. Algo sigue ahí, latente; pero hay otra parte, extirpada, que he dejado de sentir y al buscarla solo encuentro vacío. Por eso sé que el primer impacto del duelo es la anestesia, porque no puedo llorar lo que todavía no está muerto del todo. Me mezo en la desorientación y busco desesperada lo perdido sin atender a lo que todavía sigue viviendo. Imploro el amor calavera antes que proclamar mi propia supervivencia; examino mi corazón roto en lugar de ceder momentáneamente el timón al cerebro.

Y aun así, un corazón roto puede despertar el instinto más animal que tienes dentro. No trato de exculparme, hay condenas que te las dan el tiempo y los espejos, y yo ya me enfrento a eso; solo expongo el marco del delito.

Cojo la botella y la copa, y me voy al salón. Acerco la mesa de café al sofá para solo extender el brazo y alcanzar el vino, y me tapo con la manta. Hace frío, así que tiene que ser más tarde de las once de la noche. A las nueve apagan la calefacción del edificio y en torno a la medianoche la casa tiembla de frío. La televisión está encendida como siempre en un volumen lo suficientemente alto para hacer presencia, pero sin llenar la estancia de ruido. Solo compañía.

La vida ha roto mis planes de futuro y lo primero que hace es enfrentarme al silencio; a esa nada que, sin embargo, tiene su propio sonido. Sigo, pero en un dudoso dejarse llevar, en una derrota trasnochada. Supongo que por eso también me siento capaz de quitarme de encima tanto lastre. A veces no hay nada como creer que lo has perdido todo para que la conciencia se perdone. Y esa ligereza, depende de dónde vengas, solo puede suponer una cosa: libertad.

He crecido en un hogar un tanto ambiguo con respecto a los temas tabú. Con doce años mi padre me sentó en la mesa de la cocina y me explicó lo que era el sexo.

—Penélope, ¿a ti te han explicado ya lo que es el sexo? —me preguntó, sin mirarme ni siquiera a la cara, porque estaba concentrado en encender su cigarro.

Podría haber contado una a una las flores del mantel con la mirada; era una maniobra de distracción que me había funcionado siempre. La inventé en misa con mi abuela contando el número de velas que veía o el número de colores que se diferenciaban en la vidriera. Incluso llegué a contar mentalmente los segundos que tardaba mi ex en correrse cuando me obligaba a mantener relaciones sexuales con él. Los mecanismos básicos siempre me han ayudado a abstraerme.

—Bueno, más o menos… —respondí casi tartamudeando.

—¿Qué significa «más o menos»?, ¿sabes lo que es follar o no?

Quince. Había quince flores en el mantel, aunque había más flores azules que rosas al ser número impar.

—Tristán, por favor… —dijo entonces mi madre, que estaba fregando el suelo cuando empezó la conversación.

Mi padre la miró de reojo con ese desprecio que a veces le lanzaba. Soltó el humo del cigarro y me miró a mí. Estaba impacientándose.

—¿Y bien? —insistió.

—Sí, sé lo que es, papá —asentí bajando la mirada.

Mi padre apagó su cigarrillo en el cenicero, que ya acumulaba otras treinta colillas, e inició un curso exprés de virginidad, penetración, anticonceptivos y demás consejos. Mi madre ya había abandonado la cocina en silencio incluso más avergonzada de lo que yo estaba.

A los doce años mis compañeros de clase ya habían empezado a hablar de sexo, por lo que me pareció totalmente innecesario tener esa conversación con mi padre. Mi madre, sin embargo, se santiguaba al otro lado de la puerta. Escuchaba a hurtadillas los consejos de mi padre, y yo me preguntaba por qué le resultaba tan incómodo si precisamente ella ya había hecho todo eso con él. La sorprendida en todo caso tendría que ser yo, que durante las primeras menstruaciones hacía un esfuerzo enorme para ponerme bien el tampón y que no me doliera. Y si aquello era horrible, seguro que quedaba en nada al compararlo con el pene que nos había enseñado doña Amparo en clase de Biología. Con esa edad vivíamos un segundo nacimiento, incluso peor que el primero, en el que nos empujaban (y cada vez antes) a un mundo de adultos sin serlo.

Después de aquella conversación, mi madre se acercó al rato, justo cuando mi padre se dirigía al salón.

—Sé una chica lista y que no se aprovechen de ti, ¿me oyes? —me dijo susurrando.

Y cuando ya estaba a punto de irse, apuntó una última advertencia.

—Y si ocurre, si haces «todo eso», lo más importante de todo es que no se lo cuentes a tus amigas. Imagínate lo que pensarán de ti… Y confiésate en la parroquia después.

Claro, para ella no existía la posibilidad de que el acto lo pudiera encabezar mi propio deseo. Al principio traté de combinar ambas fórmulas, la de mi padre y la de mi madre. O al menos hasta que le conté al sacerdote que me había estado rozando a mí misma por encima del pantalón y que quería confesarme porque me había gustado mucho. La verdad es que había sido por encima de las bragas, pero lo maquillé porque tampoco hace falta ser tan explícitos. Además, como me habían dicho que Dios lo veía todo, él ya sabría a qué me estaba refiriendo. Me mandó rezar tres avemarías, pero después vi cómo se asomaba por la cortinilla al abandonar el confesionario. Aquello me hizo sentir tan humillada que nunca más volví. Y mucho menos cuando traspasé la ropa interior. Para cuando tuve relaciones sexuales, ya ni me acordaba de cómo se iniciaba una confesión.

Este dimorfismo moral con el que conviví durante la adolescencia, y algún que otro incidente, es lo que acabó por tejer el patrón sexual indeciso pero animal que me ha acompañado durante toda mi vida. A pesar de todas las explicaciones, y de toda la información, nadie me solucionó la duda que realmente me atormentaba. Yo no quería saber los procesos básicos del coito; para eso ya estaban Carlos y compañía, un grupo de chavales de mi clase que acababan

de descubrir el porno y se creían los alumnos aventajados, sino cómo se naturalizaba algo si lo empapaba la culpa.

Supongo que fue esa mezcla de franqueza de mi padre, por un lado, para hablar de esos temas y la vergüenza o pudor que le suponía a mi madre escucharlo, por otro, lo que hizo que atendiera a las conferencias, pero nunca llegara a expresar ni mis dudas ni mis preocupaciones.

Pillé en un par de ocasiones a mis amigas de clase haciéndose un nudo en la camiseta, justo debajo del pecho, porque habían escuchado al grupo de Carlos que las tías tenían que colocarse así las camisetas para marcar mejor las tetas. Algo curioso porque al mismo tiempo ninguna se recogía el cabello en una coleta porque las coletas eran de guarras, era el peinado de las mamadas. Nadie supo de dónde se habían sacado todo eso, pero se instauró como un código civil que todos seguimos sin hacer muchas más preguntas. Tampoco sé por qué mis amigas lo hicieron cuando, en ese momento, ninguna contaba con algo que se pareciera lo más mínimo a tener pecho. Juntando esta estúpida anécdota y el vacío conversacional de mis padres, acabé por determinar lo que yo creía haber entendido que eran las reglas del juego: el sexo era, más bien, «todo eso» (como decía mi madre) que ocurría para satisfacer a otro.

Pienso en esto mientras miro la copa de vino como quien mira una hoguera, hipnotizada. Dicen que el fuego nos hechiza porque activa los resquicios de nuestra memoria ancestral. Para mí el vino

despierta la huella genética que he tratado de enterrar durante gran parte de mi vida.

Desde hace unos días siento que mi cuerpo habla por mí, humedeciendo los recodos íntimos de mis muslos. La saliva del beso que no le había dado a Adrián parece estar reteniendo su memoria en mi ropa interior y en la claustrofobia de mis sueños, donde sí había ido a su casa. Cierro los ojos, mecida por el vino, y paladeo una nueva versión de lo ocurrido, la imaginaria, en donde no siento la culpa por ser algo irreal, pero que aun así despierta esa electricidad debajo de mi ombligo. Es una sensación parecida a la que sentía de pequeña al subirme a las atracciones más altas de la feria, un vértigo adictivo que me hacía querer repetir constantemente ese momento. Bajaba y volvía a la fila (normalmente la espera duraba más que la experiencia), y así en bucle hasta que mis padres me obligaban a regresar a casa.

Clavo las uñas en mi pelvis, quiero arrancarme el hambre, lo humano; hasta lo húmedo. Siento los dedos de Adrián sobre mis labios, y los empapo al dejar que pasen hasta el interior de mi boca jugando con ellos con mi lengua. Vuelvo a recrear el olor a noche y perfume ahogado en un bar rancio inoculando mi mente, que ya empieza a liberarse pervirtiendo lo que no ocurrió en una realidad más palpable, la de mi propio cuerpo.

Meto la mano por dentro del pantalón del pijama. Mi mano parece estar buscando un camino, como lo había hecho aquella primera vez que me confesé con doce años, hasta el centro del placer. Siento cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo activándose. Cierro los ojos y suspiro, cediendo ante el placer mientras mi boca exhala el aliento del vino. Mis dedos se relajan, consintiendo el

placer. Y sigo despacio hasta que mis costillas se doblan en un último gemido.

He pausado la conciencia con la retención inaudita de la expansión de un orgasmo que mi cuerpo sabe darme, pero que yo había casi olvidado. Mojo todo lo que he llorado durante meses y decido, en ese momento, dejar de autocompadecerme.

Cojo el móvil y busco el contacto de Hugo en WhatsApp. Reviso la foto de perfil; hace tanto tiempo que no hablo con él que podría haber cambiado de número de teléfono.

«Ey, ¿qué tal? Me he acordado de ti», escribo en el chat sin pensarlo.

Dejo el móvil con la pantalla y el chat abierto encima de la mesa, al lado de la copa de vino que ya estoy volviendo a llenar. Hugo tarda pocos minutos en responder.

«¡Hombre!, ¿a qué se debe este honor?».

«Nada, que el otro día me comentó Fiama que coincidisteis en una fiesta y me entró la curiosidad de saber cómo andas», contesto sin hacerme esperar.

«Así es. Podrías haberte venido tú, la verdad». Acto seguido, envía una foto de Fiama y él en la fiesta. Está increíblemente guapo. «¿Cómo te trata la vida de casada, *ma petite* Pe?».

Me sorprende que utilice ese mote cariñoso con el que siempre me llamaba, como si no hubiera pasado el tiempo.

«Ahí vamos, ja, ja, ja. ¿Cómo estás tú? ¿Alguien se ha cruzado en tu camino y has sentado la cabeza por fin?».

Espero una respuesta que recibo en unos segundos.

«Pe, sabes que tú serías la única persona con la que podría hacerlo».

No sé si es una mariposa, una culebra o un calambre, pero siento la excitación en el estómago al leerlo.

«Es una buena excusa para no terminar de hacerlo, desde luego. Sobre todo teniendo en cuenta que yo no puedo ocupar ya ese lugar…».

No tarda en escribir.

«Nunca digas nunca. Oye, ¿quedamos a tomar un café y nos ponemos al día?».

Ahí está otra vez una oportunidad de revancha. Otra oportunidad que, en el fondo, quiero aprovechar. ¿Y si quedara con Hugo? Total, ya he intentado durante todos estos años de matrimonio todo lo que se puede intentar. He creído que si me colocaba justo en el centro de la diana obtendría la atención de Galo, pero lo único que he conseguido es ponerme en el centro de otras miradas, otros juicios, otras balas. El brillo del corazón es el halo inimitable de los que nunca perecen, pero lo único que centellea, por mucho que trate de ignorarlo, son resquicios de verdad, algún demonio, más de una sombra.

He querido, ilusa de mí, soñar con infinitos, creer en el amor, esperar a que se abra un ventanal después de tanta puerta cerrada. He amado. Y lo he hecho con todo mi corazón, con toda mi fuerza, con mi rebeldía y mi pasión, con cada trozo de mi cuerpo, hasta la médula y hasta los huesos. He amado a Galo en cada beso y en cada despedida, en cada reinicio, en cada rechazo. He amado sin límites, pero no ha servido de nada.

«Cuando quieras. Me apetece verte», le escribo a Hugo.

Quizá es el momento de dejar de lado el hermetismo de mis valores, ni la lealtad ni la fidelidad me han llevado a ningún lado,

salvo a esta pasividad, a esta soledad (ahora lo entiendo) escogida. He dedicado mi vida a regalar un placer injusto y mal repartido en orgasmos que terminaban siempre con la eyaculación de mi amante. Únicamente en soledad podía llegar ahí a donde yo los había llevado.

Con la mano todavía caliente y recuperando la respiración, por primera vez en mi vida me permito ser sincera conmigo misma: no quiero venganza, lo que busco es placer.

10

Mi padre solía colocarse en una butaca que teníamos junto a la ventana del salón. Era una butaca completamente avejentada por el paso del tiempo. Llevaría ahí, y en ese mismo lugar, desde que mis padres se mudaron a aquel piso recién casados. Presentaba ya la concavidad en el asiento con la forma y el peso de su cuerpo. Era un sillón que nadie ocupaba porque, como en todas las casas, cada asiento tenía una asignación. Forma parte del comportamiento inconsciente, uno se sienta ahí día tras día porque es impensable colocarse en otro lugar, y que no fuese el correspondiente. Esa butaca era el lugar de mi padre, aunque ninguna de las dos lo envidiábamos porque en invierno conseguía colarse el bajo cero por el marco de madera de la ventana y terminaba por ser el rincón más frío de la casa.

Cuando ya llevábamos prácticamente dos años saliendo Galo y yo, decidí que era el momento de que conociese a mi madre. Hasta entonces el miedo a que se alejara de mí por rechazar la extraña dinámica en la que había crecido me había paralizado a la hora de dar el paso. Ella me había suplicado que fuéramos a casa, aunque yo ya llevaba unos ocho años sin hablarme con mi padre, alegando que probablemente ni coincidiríamos con él. Sentí una paz inmensa cuando llamamos al timbre y fue mi madre la que nos recibió. La

tranquilidad duró lo que tardé en vislumbrar el salón desde el pasillo y la figura de mi padre apoyada en el respaldo del sofá. Traté de retener la ira al comprobar la torpeza de mi madre al creer que me podría reconciliar con mi padre precisamente el día en el que presentaba a mi novio. Galo, que conocía de sobra la situación, trató de alivianar la tensión llegándose hasta él para presentarse. Yo me limité a saludarle con un gesto de cabeza. No quería que se acercara a mí. Fue precisamente esa primera vez en la que Galo entró en la casa de mi infancia cuando estuvo a punto de sentarse en esa butaca. Se quedó prácticamente levitando al percibir la mirada de mi padre.

—Galo, hijo, mejor ponte aquí… —le dijo mi madre, que inmediatamente agarró a mi novio del brazo para conducirle hasta el sofá—. Ese es el sitio en el que suele sentarse Tristán.

—Discúlpeme, Tristán… —Galo se sentó a mi lado en el sofá.

La presentación fue breve, en menos de una hora ya estábamos saliendo de la casa de mis padres. Galo se mantenía en silencio.

—Venga, dímelo, ha sido horrible, ¿no? —le pregunté mientras nos poníamos el cinturón de seguridad en el taxi.

—Ha sido… —carraspeó— raro. Tu padre no ha abierto la boca. Y tu madre, la pobre, no paraba de sacar cosas para comer de la cocina, así que no hemos podido hablar nada prácticamente.

—Ya, yo no la he visto nunca sentarse tranquilamente a ver un programa. Siempre va por ahí recogiendo, limpiando y ordenando. —Hice una pausa inconsciente al reparar en un detalle—. De hecho, ¿te has dado cuenta de que cuando ha venido al salón, en lugar de sentarse, se ha apoyado en uno de los reposabrazos del sofá? Ese ha sido el único gesto de reposo en toda la mañana.

—No sé, Pe… A mí tu madre me da una pena terrible —dijo Galo y me cogió la mano para besarla.

El taxi estaba pasando por Cibeles. Yo giré la cabeza y me quedé mirando la ventana en silencio. Era mejor así.

Durante mi infancia y adolescencia era impensable verlo en casa, pero había tenido que elegir el día en el que presentaba a Galo para estar presente. De pequeña era como si esperara, obedeciendo a un oculto mandamiento, a que bajara el sol para coincidir en la convivencia. Y entonces encendía la lámpara del buró de al lado y se ponía a leer en silencio. Cerca, colocaba el cenicero y un puro recién cortado. Mis primeros años podrían resumirse en ese olor a puro invadiendo toda la casa mientras mi madre y yo cenábamos una tortilla francesa sobre un pan untado con tomate y veíamos la televisión con el volumen al ocho para no interrumpir el hilo de lectura de mi padre, que nunca cenaba.

A la infancia se regresa sobre un cable de recuerdos un tanto onírico. Guardas instantáneas muy nítidas, pero también un tanto ilógicas, y esas incógnitas te las preguntas cuando eres adulto al recordarlas. Ahora, pensando en esto, me pregunto de qué se alimentaba mi padre si nunca lo vi sirviéndose un plato.

Como hacen los gatos, de vez en cuando levantaba la mirada de su libro y revisaba la escena desde su puesto de control. Cuando ya había ubicado a mi madre revoloteando por la casa y a mí haciendo los deberes en la mesa del salón, volvía a zambullirse en su aislamiento. A las nueve de la noche, mi madre recogía puntualmente los platos de la cena y nos íbamos cada una a nuestra

correspondiente habitación. No recuerdo ni una sola noche en la que me fuera a dormir sin dejar ahí a mi padre.

—¿Puedo quedarme al menos hasta que termine la serie? —suplicaba los viernes por la noche cuando emitían una serie policiaca que me encantaba.

—Penélope, ¡a la cama! —gritaba mi madre desde la cocina.

Mi padre ni se inmutaba, como si no tuvieran que ver con él ni mi súplica ni la orden de mi madre. Yo apuraba el visionado para tratar de averiguar, al menos, quién había sido el asesino del episodio de esa noche. Duraba poco, siempre acababa llegando mi madre, secándose las manos en el delantal que se ponía para fregar, y nos arrastraba a ambas fuera del salón.

Ya en mi dormitorio me metía en la cama a leer para que así pudiera entrarme el sueño. Como siempre he tenido problemas para conciliarlo, muchas de mis noches consistían en parpadear en la oscuridad de mi cuarto hasta que en algún momento se me cerraban los ojos. Y en la concentración única de mis sentidos, adivinaba los pasos de nuestro vecino de arriba o seguía la tertulia del programa de noche que se escuchaba desde el salón. Porque lo curioso es que mi padre parecía subir el volumen de la televisión cuando mi madre y yo ya nos habíamos ido a dormir.

En varias ocasiones identifiqué de madrugada un ruido extraño al otro lado. Aprovechaba la excusa de ir al baño para comprobar si seguía la luz de la lámpara encendida, pero al mínimo crujido del parquet, escuchaba cómo se arrastraba la butaca de mi padre. Esa alerta siempre me produjo curiosidad, pero también respeto. Nunca supe por qué para él mi posible presencia suponía un aviso.

A pesar de la rigidez que se respiraba en mi casa debido a la fe de mi madre y a la densidad del silencio de mi padre, recuerdo mi infancia como una época feliz. Por lo que hablaba con mis amigos del colegio, en mi casa ocurría lo que pasaba en todas las casas: una rutina que asemejaba un circuito regresivo en el tiempo, pero en el que no había ningún tipo de sobresalto.

Entre mis padres no advertí nunca la intimidad de los amantes, pero sí una compañía del que sigue complementando al otro, aunque sea desde otro prisma que no tiene nada que ver con el amor. No recuerdo que se mirasen el uno al otro, pero también era imposible imaginarlos sin compartir el mismo techo.

Soy el fruto de una mujer adulta que quiere recuperar su infancia y lo hace a través de su versión más sensible. Sé que no me construí desde las estructuras del amor, sino desde la calma; y aunque esa diferencia es a veces ansiada por las familias más desestructuradas, a mí me ha llevado a confundir muchas veces el amor con lo que simplemente me convenía para llegar a esa tranquilidad en la que nada ocurre, pero tampoco sientes nada.

Inconscientemente había empezado a recrear esa infancia en mi propia vida, salvo por la luz del buró, que, en mi caso, hacía tiempo que había sido sustituida por un extraño abandono. En mi niñez siempre hubo silencio, pero nunca ausencia. O al menos no de forma lo suficientemente clara para convertirse en manifiesto.

Hay puntos en común entre lo que aprendí como hija del matrimonio y lo que sentí como mujer al estar en uno, y es que en ambos casos el amor tiene mucho de silencio: silencio para no dañar al otro, silencio mientras te colocas en un segundo plano porque

sabes que el otro necesita el primero y silencio en la compañía, porque solo desde ahí es desde donde se puede escuchar.

El amor es el viaducto más directo y evidente hacia la infancia. Te lleva de la mano a las partes más vulnerables en las que vuelves a ser ese crío que anda con el corazón en las manos, porque es impensable que en su mundo alguien quiera hacerle daño. El amor te devuelve a los pensamientos más ingenuos, a descodificar la naturaleza humana hasta un Adán y Eva todavía intactos. La gente tiende a equivocar la inocencia infantil hasta transformarla en un sinónimo de ceguera, pero lo fascinante no es que el niño no vea la serpiente, sino que ame a la serpiente. Por eso acaba condenándose a sí mismo, y a eso la sociología, en un sentido humanitario (porque de lo contrario perderíamos desde el primer momento la fe), le pone un nombre: madurez.

Yo recuerdo el momento exacto en el que me autoproclamé adulta. Un buen día fui al baño y descubrí en mis bragas un sello de sangre. Creí que me estaba muriendo. Confirmé el diagnóstico cuando fui corriendo a enseñarle a mi madre lo sucedido y exhibí un dramatismo mitad teatral, mitad hormonal.

—¡Mamá, mamá! —grité mientras llamaba incesantemente al timbre de mi casa.

—Penélope, ¿qué pasa? —Mi madre se había asustado tanto con mis gritos que le estaba costando abrir la puerta.

Cuando por fin pasé el umbral, y aunque sabía que mi padre no estaría en casa, cogí su mano y la arrastré hasta el cuarto de baño.

Ahí me bajé el pantalón, que estaba ya también ensangrentado. Una nube de ceniza apagó de golpe el rostro de mi madre.

—Penélope, cariño, ¿sabes lo que significa esto? —dijo mi madre mientras me bajaba los pantalones y las bragas para que me los quitara.

Me quedé en silencio. Lo sabía, pero aun así me asustaba.

—Te acabas de convertir en mujer. —Cogió la ropa y me señaló la bañera con la cabeza—. Date una ducha y ahora hablamos. Yo me ocupo de lavar esto.

No comprendí por qué aquello (un dato ya conocido según mi punto de vista) suponía tanto luto, pero, entre lo que se hablaba en el colegio y que después vino la charla (¿didáctica?) y sexual de mi padre, até cabos.

Así que viví las primeras experiencias de los juegos químicos de la atracción mojando con todo tipo de nuevas sustancias mis braguitas de algodón de corazones rosas coronadas con su lacito a conjunto. Grafismo de la adolescencia. La primera vez que fui consciente de empaparlas fue con Fede, un chico con musculatura pubescente y ojos azules con el que me temblaban las piernas nada más verlo aparecer por la puerta de clase cada mañana. Fue un trauma, porque pensaba que me había bajado la regla en mitad de la clase de Matemáticas.

Mi madre se dio cuenta de mi relación platónica en la única ocasión en que coincidió con nosotros al venir a recogerme después de una tutoría. Se pegó todo el trayecto de vuelta en el autobús alentándome a que algún día lo invitara a merendar porque su padre era notario. El doble rasero, la especialidad de la casa. Quizá por eso Galo le cayó bien incluso antes de conocerlo. Su sueño frustrado de

juntarme con el hijo de un notario parecía haberse cumplido al liarme con un abogado.

Fede terminó siendo una de esas figuras con las que compartes etapa durante la secundaria y que nunca más vuelves a ver. Uno de esos chavales que solo te pueden llamar la atención de joven porque con dos dedos de madurez eres capaz de ver que todo el ahínco de sus padres en la concepción se lo llevaron sus rasgos. Se quedaron sin fuerzas para formarle al pobre Fede un cerebro que le permitiera ser algo más que el niño más guapo de la clase. Lo volví a ver hace unos años en un ascensor de El Corte Inglés, aunque no podría asegurarlo del todo. Estaba cambiado. Para empezar, no tenía los ojos azules.

Lo curioso es que perdí la virginidad con su mejor amigo. Tenía dieciséis años y era verano. Es un clásico de la seducción lo de acercarte a quien te produce interés y acabar prendado del que está al lado. Y en ese trío congelado, como la Tierra, el Sol y la Luna, Carlos, alias el Mate, fue el Américo Vespucio de mi sexualidad y entrepierna. Tachán. Tampoco lo recuerdo para tanto.

No me dolió, tampoco sentí nada, solo una curiosa enajenación de mi propio cuerpo sin llegar a ser desagradable. El Mate parecía tener la misma inexperiencia que yo, así que nos limitamos a hacer lo que se supone que teníamos que hacer sin tener del todo muy claro qué era. Ni para qué. Yo creo que ni llegó a correrse, o al menos no vi ese líquido lácteo del que mis amigas hablaban, y su cara de decepción convirtió en un tanto lánguida la experiencia.

Me sorprendió que el Mate reconsiderara cambiar el relato a los pocos días convirtiéndolo para el resto de la clase en otro extraordinario y gratificante. El Mate apuntaba maneras con tanta

imaginación y vehemencia en sus historias. Empleaba su esencia de trovador de chismorreos adolescentes para estar siempre en el punto de mira, por eso no hubo ni medio atisbo de asombro cuando se convirtió en el primero de clase que consiguió ser relaciones públicas de discotecas para menores. Lo chocante es que después supiera convertir eso en negocio y ahora sea el dueño de uno de los principales grupos hosteleros de Madrid.

Por lo menos en su versión de los hechos yo era una traslación endiosada de mí misma que, en mitad de la crisis de seguridad de la adolescencia, no quise sustituir por la verdad. A quién no le gusta ser durante un ratito una leyenda. Así es como me convertí en el póster guardado en una de las partes internas de las puertas del armario de un cuarto puberal, en la Pamela Anderson de pasillo de instituto, en las primeras confesiones de los que iban a misa los domingos. Me gustaba empaparme de las miradas al recoger mis libros del suelo, hacerme dueña de ese papel que otros me habían colocado sin tener en cuenta si era ese o no el que realmente quería desempeñar. Cambié mis camisetas anchas de los Lakers con las que solía ir a clase por tops tan ceñidos que me asfixiaban los poros y que cubría con un sudor hormonal tan insoportable que no se iba hasta varios lavados después, lo que convertía la esperanza de vida del estampado impreso en una media de siete u ocho usos a lo sumo.

Que mi madre no supiera de la existencia de mi *alter ego* complicaba bastante la tarea. No era sencillo frotar la parte axilar de mis camisetas en la ducha una y otra vez hasta acabar con el surco, y mucho menos recordar por las mañanas que las había tendido en la ventana la noche anterior. Tenía que pensar todos los días en dos

conjuntos de ropa: con el que iba a salir de casa y el de conejita Playboy que iba a esconder debajo. La picaresca adolescente es el córner de entrenamiento de los mentirosos.

El Mate seguía inventando nuestros encuentros, flirteábamos en los recreos para que todo resultara creíble o para que nosotros mismos acabáramos por creernos nuestras propias mentiras. La realidad es que yo no volví a mantener relaciones sexuales hasta los veintipico y que el Mate se debió de matar a pajas mientras se documentaba para su próxima fantasmada.

Por lo menos había llegado a entender por qué existía el sexo, como me había contado mi padre, mientras me aferraba al mensaje romántico de las películas de chico-conoce-a-chica de que aquello era únicamente la consecuencia de que alguien se enamorara de ti profundamente, tal y como me había contado mi madre. Lo sorprendente fue encontrarme con que ninguno de los dos estaba en lo cierto.

Nuestro idilio, y con él mi *sex appeal*, duró un curso. Al año siguiente llegó Fiama, cambió la peli y nos repartieron a todos nuevos roles. Desde entonces, y han llovido diecisiete años, yo he sido la amiga de la guapa, la amiga de la del póster, la amiga de Pamela, la amiga sobre la que se confesaban los domingos; bueno, todo eso.

Durante unos meses la odié por arrebatarme el foco, la sentí la principal y peor adversaria con la que me había cruzado. Cuando se sentaba en su pupitre delante del mío, me quedaba mirando su pelo largo-sedoso-brillante-puto anuncio de Pantene y solo podía pensar: «Zorra, zorra, zorra». Me volví a vestir de plebeya, aunque un poco más mona, y seguí con mi vida el día en que me percaté de todas

las veces que me lo habrían llamado a mí el año anterior. Ese día también decidí que esa tía tenía que ser mi amiga, que seríamos dos zorras frente al mundo. Y así fue, así ha sido desde entonces. Menos mal que apareció esa zorra en mi vida.

11

Salgo más tarde de lo habitual de la oficina, pero aun así decido volver andando a casa. No me vendrá mal tomar un poco de aire, aunque el paseo sea de más de treinta minutos. En horario de invierno, a las ocho de la tarde parece que son las once de la noche. La ornamentación y las luces de Navidad tienen algo que hace que las calles y el centro de Madrid estén hasta arriba de gente, así que opto por tomar una bocacalle y así evitar las aglomeraciones. Apoyada en uno de los semáforos, y antes de llegar a la calle Arenal, suena mi teléfono.

«Bueno, qué, ¿nos tomamos un vino y nos contamos?». Es un mensaje de Hugo. Apago la pantalla del móvil y lo meto otra vez en el bolso mientras pienso en si es una buena idea que nos veamos. Quizá los años hayan mitigado el hambre y, ya convertidos en adultos funcionales, seamos capaces de vernos sin sexo de por medio. El semáforo se ha vuelto a poner en rojo durante mi dubitación. Continúo caminando por la misma acera y aprovecho el siguiente paso de cebra para cruzar. Mi móvil vuelve a vibrar dentro del bolso. Es otro mensaje de Hugo. «Por si sirve de algo, me muero de ganas de verte».

Veo un pequeño bar al cruzar una de las callejuelas y entro en él sin pensarlo. Me siento en la barra y me pido una copa de vino que

bebo prácticamente de un trago. Soy la única clienta, así que el camarero se acerca inmediatamente para llenarla de nuevo.

—No, muchas gracias —digo tímida apartando la copa.

—Tranquila, que a esta invita la casa. ¡He visto que venía usted con mucha sed! —responde el camarero y aprovecha para servirme.

Asiento y sonrío mientras me quito el abrigo y lo dejo a un lado de la barra. Cojo el teléfono para responder a Hugo.

Es curioso el viaje interno por el que estoy transitando. En cuestión de meses he roto muchas de mis cadenas mentales. He vuelto a beber alcohol, y disfrutar de una copa de vino se ha convertido en uno de mis placeres secretos. En esos mismos meses he sangrado la traición de la infidelidad de mi marido que, por algún motivo, cada vez me duele menos. También mis propias murallas parecen estar cambiando, prueba de ello son estos mensajes con Hugo. Es evidente que tengo la tentación de quedar con él para comprobar si queda algo de esa conexión salvaje y sexual que habíamos experimentado en el pasado.

Me fijo en las láminas que cubren las paredes del local. Son carteles de corridas de toros. El anuncio de la fiesta en una de las principales ciudades de España culmina cada rincón del bar. Parecen pintadas a mano con una acuarela que convierte al toro en una fiera a la que le arrebatan su nitidez, una pequeña pincelada dentro de la inmensidad de la plaza. Saboreo otro sorbo de vino sintiéndome identificada con ese animal. Quizá quiera quedar con Hugo para que alguien me devuelva mi ferocidad. Si quedo no es para reencontrarme con él, sino conmigo misma.

«Quizá sea mejor que no nos veamos», escribo. «¿Por qué?», responde Hugo al segundo. «Sabes perfectamente por qué», y

apago el teléfono. Sé que nunca más volveré a contestarle. Si veo a Hugo pasará algo entre nosotros. Yo no soy así. Pago la cuenta, sin esperar ni siquiera el cambio y así poder salir del bar lo antes posible.

De camino a casa recuerdo una conversación con Galo que surgió antes de todo el drama del pintalabios mientras comentábamos la situación de uno de nuestros amigos, que se había casado hacía apenas un mes, y había visto más mujeres desnudas en ese periodo que en toda su época de soltería. Por algún motivo aquel diálogo se me ha quedado grabado, y lo pienso mientras estoy llegando a casa.

—Sabes lo que dicen, ¿no? Al lado de cada mujer deseada hay un hombre cansado de follársela —me dijo Galo.

—También dicen que, cada vez que alguien deja de mirar a su pareja, siempre hay otro que sí la está mirando.

—Las mujeres sois completamente distintas en ese aspecto, eso tendrás que reconocerlo —me contestó.

—¿En qué sentido?

—En todo el tema de la fidelidad. Para empezar sois más fieles. Creo que es porque la mujer a cierta edad se centra única y exclusivamente en su pareja. Bueno, y en tener hijos y todas esas cosas. Vais reduciendo vuestro mundo a eso, nosotros tenemos más capacidad de seguir atendiendo al mismo tiempo muchas de las parcelas que ya teníamos antes de conocer a alguien.

—Y quizá es por eso por lo que muchas mujeres tienen que, precisamente, volcarse mucho más en el hogar para suplir todos aquellos momentos en los que atendéis esas parcelas —defendí.

Galo me conocía, sabía hacia dónde iba a tirar esa conversación.

—De todas formas —continué—, yo no creo que pueda ser nunca una de esas mujeres que tienen la casa recogida, las mochilas de los niños del día siguiente ya preparadas, que se sirven una copa de vino (y ese es su exceso semanal) mientras preparan una cena estrella Michelin, y encima controlan que esa noche a los niños les toca cenar hidratos, por ejemplo. Después se preparan una ensalada de mierda porque ya están agotadas y el cuerpo no da para más, se la comen con desgana mientras ven cualquier marujada en la televisión para por lo menos participar en alguna lascivia, aunque sea la de otros, y se van a dormir completamente exhaustas sin poder esperar despiertas a que sus maridos vuelvan de estar de copas en un *after work* con sus coleguitas.

—Pero porque tú eres distinta, Penélope. Y quieres huir, o al menos eso es lo que yo pienso, de la vida que tuvo tu madre.

Sabía que Galo tenía razón, pero jamás se lo admitiría.

—Ojalá mi madre se hubiera zumbado a alguno por ahí —pensé en alto, pero lo cierto es que nunca había compartido con mi marido muchos sucesos familiares que yo había decidido convertir en secretos.

Galo cogió el hilo para seguir con su exposición sobre el asunto.

—Incluso en el caso de que lo hubiera hecho, y pongo a tu madre de ejemplo, pero es algo que pienso en general sobre las mujeres en este aspecto. Una mujer se comporta en la infidelidad de una manera diametralmente opuesta a como lo hace un hombre. Un tío se calienta, se empalma y se tira a una. Una mujer suele actuar, en ese tipo de casos, de forma premeditada.

—¿A qué te refieres con premeditada?

—Premeditado en el sentido de que cuando lo hacéis, habéis pensado en hacerlo ya muchas veces. No es algo que aparezca de improviso en vuestro mapa mental, sino que es la ejecución de un rumor que lleva tiempo rumiándose dentro de vuestras cabezas, pero por lo que te decía antes, porque una mujer inicialmente siempre será más fiel que un hombre.

—O quizá ocurre que una mujer sí se da cuenta de que a su lado hay un hombre cansado de follársela, percibe que hay otro hombre mirándola y un día se da cuenta de que como vuelva a reiniciarse el día de la marmota se va a volver loca. Así que se permite, ¿cómo has dicho antes?, ah, sí, atender esas parcelas que tenía antes de comprometerse. En algo sí tienes razón, cuando una mujer hace eso suele ser ya demasiado tarde —zanjé.

Llego a casa y me encuentro con todas las luces apagadas. Sé al instante que Galo volverá un día más de madrugada, si es que vuelve. Dejo caer el abrigo, el bolso y las llaves en el recibidor mientras cierro la puerta. Me quedo así, de pie y en silencio, con la casa todavía a oscuras. No estoy siéndole fiel a mi marido, estoy siéndole fiel a una sombra.

12

Después de salir juntos durante dos años, Galo y yo nos fuimos a vivir juntos a un piso cerca del Teatro Real y que estaba no muy lejos del que compraríamos un par de años después cuando nos casamos. La convivencia entre ambos estaba siendo exquisita. Disfrutábamos de esa nueva etapa de compartir tiempo y espacio, de no tener que despedirnos por las mañanas o poder estirar las noches viendo una película juntos. Galo cocinaba y yo limpiaba. Galo ordenaba mi desorden, acabé teniendo el armario estructurado por tipos de prenda y colores. Yo agitaba las rígidas rutinas de Galo, que acabó sucumbiendo a mis domingos.

Galo fue la primera pareja con la que compartí piso; todos mis conocidos me alertaron de que la convivencia complicaba algunas relaciones. No fue nuestro caso, para nosotros vivir juntos fue la última constatación de lo mucho que nos queríamos y de que deseábamos un futuro en común.

Aquella mañana sonó la alarma y cayó como un ladrillo en mitad de mi sueño.

—Cinco minutitos más… —dije girándome hacia la espalda de Galo, lo abracé y cubrí sus piernas con las mías.

Galo me besó el brazo y lo retiró con suavidad para poder salir de la cama.

—Me meto a la ducha y te voy preparando el café, ¿vale? —Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla.

A mí me costaba mucho más levantarme cuando sonaba la alarma. Galo, en cambio, saltaba de un brinco. Completamente despierta, pero con los ojos cerrados, quería aprovechar ese margen de diez minutos que me daba el haberla pospuesto. Me pareció escuchar un sonido atravesando la pared que estaba contigua a mi cabecero, la que daba con el baño. Parecía un grito, así que me levanté de la cama, preocupada. Al acercarme al cuarto de baño, donde estaba Galo, me di cuenta de que el grito estaba siendo aplacado por una música.

Me quedé en la puerta, escuchando, e imaginé a Galo mientras abría el grifo con el móvil todavía en la mano, alejándose del primer impacto de la alcachofa para no mojarse, o no hacerlo todavía. Paseaba los dedos por la pantalla acompasándolos con la mirada y escogiendo sobre las categorías disponibles que le ofrecían muestras en miniatura de los momentos más incontinentes. Seleccionaba el vídeo mientras el vaho ya había opacado la mampara, bajaba el volumen con apuro y lo dejaba al mínimo, lo suficiente para participar, pero también para poder pasar desapercibido con el rumor del agua.

Me imaginé a mí misma, como en un plano astral consciente, completamente quieta al otro lado de la puerta. Embebida de una sensación que estaba acelerando mi pulso hasta la taquicardia. Me pesaba la respiración y solo salí de ahí cuando el grifo dejó de fluir. Me dirigí al dormitorio incómoda, o traicionada, o violenta. O sintiendo todas esas emociones a la vez. Y lo que es más

importante, sin saber por qué le daba tanta trascendencia a que Galo se masturbara cerca de mí.

No le dije nada, sabía que aquello acababa de abrir la caja de Pandora. Tampoco hubiera encontrado el momento. No me imaginaba tomando un vino después de haber follado y decirle: «Oye, ¿el otro día te hiciste una paja antes de meterte en la ducha? Creo que me has exhumado un trauma». Por otro lado, no quería llamarlo trauma. Esa palabra le daba un peso excesivo. Yo no era ninguna víctima. Digamos que, simplemente, había vivido una premadurez demasiado lúcida. Por eso nunca lo hablé con nadie. Cómo iba a contar en la universidad, cuando parecía que todas mis amigas estrenaban clítoris, que yo tenía una fobia silenciada con la masturbación masculina. Tampoco era totalmente consciente de tenerla. Esa era una de tantas cosas que la memoria criogeniza por pura supervivencia, y escuchar a Galo al otro lado, revivir una arritmia conocida, me hizo querer buscar el motivo congelado.

Cómo se aprende a aceptar la condición humana (barra, animal) de lo sexual mientras lo satanizas al mismo tiempo. Fue el sexo, y de eso siempre estuve segura, lo que rompió lo que quedaba de la comunicación entre mis padres. El hambre sucia de mi padre sin saciar. El hambre inconfesable de mi madre a la que nadie nunca prestó atención. Porque era evidente lo que pasaba más allá de la puerta de madera agrietada de mi habitación, y solo hicieron falta dos pasos adelante hacia la adolescencia para acabar por ponerle el escenario que yo había querido olvidar.

Recuerdo aquella noche en la que traté de acentuar mis sentidos hasta prácticamente explotarlos. Estaba en trance, encapsulada en una extraña nebulosa parecida a la sensación que dan las setas

alucinógenas. Vi cada color atrapado en la oscuridad de mi cuarto, esas pequeñas luciérnagas que se formaban al abrir los ojos después de haber apretado los párpados. Y escuché, encajando las piezas del puzle, la música trasnochada, simplona y hortera de peli porno barata que venía del salón, de la televisión. Durante mucho tiempo asocié esas melodías a una sensación de asqueo y angustia. (Yo confieso. Firmado, Alex Delarge). Era tan evidente, tan grotesco, que resultaba inevitable mirar, escuchar, esperar a que acabara. Sabía lo que ocurría al otro lado porque la Penélope niña ya lo había visto, sin comprenderlo y sin colocarlo, pero había guardado esa estampa de forma inconsciente en un cajón olvidado de la memoria. La Penélope niña había protegido magistralmente a la Penélope adolescente, y después adulta. Pero esa pequeña Penélope niña se había roto en pedazos al escuchar a Galo al otro lado, y así había salido de su Matrix.

Fijaba la mirada en esa puerta ligeramente entornada (porque mi padre ni se molestaba en cerrarla, ni quería) a pocos metros de mí. Como adulta he llegado a comprender que mi padre era un hombre y que, como cualquier hombre, se masturbaba. Lo que jamás entenderé es que siguiera haciéndolo cuando sabía que yo estaba al otro lado de la puerta, mirando.

Hay un dilema ético que siempre me ha gustado. El planteamiento se basa en un tren que el observador sabe que va a descarrilar. Si lo hace, morirán doscientas personas. Sin embargo, hay una alternativa para salvarlas: tirar a alguien inocente que no conoces, pero está a tu lado, a las vías y así hacer que el tren se detenga. La mayoría responde que no se verían capaces de cargar con esa culpa. Es curioso, porque las otras doscientas vidas que están en juego las

suman al saldo de la conciencia del destino. ¿Es igual de culpable el asesino que el que observa la escena y no hace nada por salvar a la víctima? ¿Por qué él seguía tocándose a pesar de saber que yo estaba mirando? ¿Por qué yo me quedaba allí?

Como cuando ves una película que quiere ser relevante por ser incómoda o violenta, y esa licencia ficcional hace que no puedas apartar la mirada de la escena más truculenta o monstruosa. Mi padre llegó a convertirse en una caricatura cañí, rutinaria, básica y diluida de Gaspar Noé. Y yo me transformé en uno de esos críticos de cine que siguen viendo a los directores que detestan simplemente para decir que su película es una mierda en su pequeño y recóndito espacio cultural en un periódico que ya no lee nadie.

Quizá los dos tendríamos que haber recurrido a algún psicoanalista para que nos explicara nuestras escabrosas y retorcidas mentes, pero la realidad es que los dos optamos por cargar con ese secreto el resto de nuestras vidas. Los dos decidimos quedarnos impasibles mirando cómo el tren descarrilaba, para darnos la vuelta después y abandonar el puente sin compartir con nadie que podríamos haber evitado la tragedia. Es dantesco, pero la realidad es que muchos habrían hecho exactamente lo mismo. De hecho, lo hacen todos los días haciendo virales los vídeos de atentados, con gente real. Miran, dan like y después siguen con sus vidas.

Pero hay una última alternativa en el dilema ético: si el accidente se puede detener tirando a alguien a las vías, también podrías tirarte tú mismo. Puedes ser la víctima, pero también el salvador. Pero esos son menos del cinco por ciento de la gente.

Quizá dentro de ese porcentaje de bondad excepcional estaba mi madre, pero ninguno de esos días me pregunté qué hacía ella

mientras tanto en su habitación. La puerta de mi dormitorio quedaba justo enfrente de la suya y nunca me asomé.

¿Cómo podía dormir mientras mi padre se vaciaba de forma tan evidente al otro lado de su pared? Y nuestras paredes eran de pladur, cero insonorización. Esa fue una de las preguntas que nunca me llegué a hacer hasta que me estampé contra la respuesta.

Fue poco antes de irme de casa, era lunes y hacía calor, un bochorno recién estrenado de primavera entrando en verano. Al día siguiente tenía examen de Química y estaba intentando memorizar la tabla periódica sabiendo que era una información que nunca más volvería a utilizar, salvo para rellenar crucigramas.

Mi madre había salido a comprar algo, no recuerdo el qué; así que cuando sonó el teléfono, no dudé en responder, aunque una de las normas de mi casa era que solo los adultos podían coger las llamadas. Siempre había pensado que era una herramienta de control para saber quién me llamaba a mí. Uno, vertical: error. Cogí el teléfono y me quedé callada.

—¿Laren? —una voz de hombre que, claramente, no era la de mi padre.

Dos, vertical: Laren, Larencia, era mi madre. Fue el bloqueo lo que me hizo quedarme callada.

—Laren, ¿estás ahí? No puedes seguir esquivándome. Tenemos que hablar de lo que pasó.

Y colgué. Durante años me convencí de que aquello no era lo que parecía. Incluso a mi suspicacia naíf le parecía un movimiento demasiado arriesgado para ser real. ¿Quién llama a su amante, una mujer casada y con hijos, y suelta el bombazo sin asegurarse antes de quién coge el teléfono?

Un día, ya en la facultad, un profesor que comenzaba todas sus clases diciendo que «todo es siempre lo que parece, o al menos lo es el noventa por ciento de las ocasiones», me hizo recordarlo. Aun entonces seguía sin tener una respuesta clara de lo que había sucedido. Nunca hubo más llamadas, y el resto solo eran signos que podían traducirse, según los leyeras, como consecuencias o sospechas.

A partir de esa llamada, mi padre empezó a dormir toda la noche en el salón. Lo supe por sus ronquidos, que se infiltraban por la noche y por la misma puerta entreabierta de siempre. Husmeaba alguna señal como un perro cuando amanecía, pero todo tenía la misma apariencia de siempre. Todo en orden, todo en su sitio. Mi casa se convirtió durante mi adolescencia en el escenario de una obra de teatro que quería simular la vida desde un realismo que, por mucho que se consiguiese, nunca escaparía de su naturaleza: la ficción, lo irreal. Lo falso. *Ceci n'est pas une pipe*, pero versión familiar. Tampoco sé qué me esperaba encontrar, ¿un juego de sábanas como el Santo Sudario? ¿Un pósit diciendo: «Tu padre duerme aquí»? O simplemente algo que confirmara mi pálpito, alguna respuesta. Sí, me sonaba esa historia.

La adolescencia es ya de por sí una época turbulenta en cuanto a dudas se refiere. No sabes ni quién eres, así que como para tener las respuestas de factores externos que no dependen de ti y que ni llegarás a comprender por puro desajuste vital.

Me fui de casa a los dieciocho años sin que la situación hubiera variado. Cuando llamaba a mi casa, o hablaba con mi padre o hablaba con mi madre. Ni siquiera se relacionaban para intercambiarse el teléfono entre ellos. Era oficial, mis padres eran ya

uno de esos matrimonios tradicionales que siguen juntos hasta el final de sus días sin entender muy bien por qué.

Eran otros tiempos. Ahora es mucho más sencillo romper con un compromiso sea del tipo que sea, pero mis padres nacieron en la última quinta de las vidas lineales. Te casabas porque te tenías que casar, después formabas una familia porque era la consecuencia de la primera decisión. Y lo mismo ocurría con todo lo demás. Cumplían toda una vida laboral en una misma empresa y, por mucho que la pifiaran, se acababan jubilando en esa misma compañía, porque costaba una pasta despedirlos por la indemnización que conllevaba. Nosotros somos de otro tiempo, concretamente el opuesto. No solo se convierten en excepcionales las trayectorias de años en un mismo lugar, sino que el reto ha sido el de conseguir contratos fijos. Nosotros somos la generación de las horas extras no pagadas. Lo mismo ocurre con las relaciones sentimentales, con los matrimonios. El alienígena es quien no se divorcia.

Lo de mis padres tampoco me extrañó, conocía más de esos que de los que se vuelven viejitos y siguen adorando a su compañero de vida. Y en aquel entonces no existían las redes sociales para hacer virales esos vídeos de abuelos de *Up* reales. El mundo y la vida a veces eran reducibles a nuestros entornos, el de nuestros amigos y sus padres, el de los amigos de nuestros padres, el de nuestros profesores. Poco más.

Hacían vidas separadas, pero conviviendo todavía bajo un mismo techo. Se podían contar con los dedos de una mano las horas en las que coincidían. Estoy segura de que mi padre agradeció que yo me fuera de casa. Al hacerlo él se trasladó a mi habitación y recuperó la posibilidad de dormir en una cama con el lujo de envolverse en unas

sábanas. Muchas veces me pregunto si ellos mismos se acordarán de cuándo fue la última vez que se dieron un beso.

Fue entonces cuando mi padre comenzó a frecuentar los bares. Echando cálculos, diría que también coincide con la extraña llamada. Al principio me inspiraba hasta pena imaginarlo acudiendo a un bar con gente desconocida para tener con quien hablar y crear una pseudoconvivencia. Ahí, por lo menos, comentaba los partidos de fútbol y conseguía alimentar una cháchara por muy absurda que fuera. Ha de ser tremendamente triste tener que ir a un lugar para que alguien te pregunte cómo estás o cómo ha ido el día. Me imagino que el grupillo que se creaba ahí era con personas que estaban en situaciones similares o a las que, directamente, nadie esperaba en casa.

La única forma de poder estar durante horas en un bar es, claro, con una consumición encima de la mesa. Y la de mi padre fue un vino. Un vino detrás de otro desde las tres de la tarde hasta las once de la noche. Ocho horas, una jornada laboral. El bar le aisló lo suficiente como para que nunca estuviera ya en casa cuando yo llamaba para hablar con él. Y cuando por fin parecían coincidir todos los astros y se alineaban dentro del cable telefónico, me respondía tan borracho que era imposible mantener una conversación. Muchas veces se confundía pensando que yo era otra persona y me contaba cosas dispersas y sin sentido. Otras muchas, cuando me cansaba de sus tonterías y le pedía que le pasara el teléfono a mi madre, comenzaba una retahíla de insultos hacia ella. Cuando aquello se repitió más veces de lo habitual, dejé de llamar.

Mi madre guardaba la ambición secreta de que nuestra relación se restaurara en algún momento, aunque ninguna de las ocasiones en

que hablábamos, o que nos veíamos, yo quería que me contara cómo estaba él. Supongo que tampoco lo sabía. Quizá ni siquiera le importaba, así como yo había pasado del tormento a la coexistencia al darme cuenta de que mi relación no era tampoco la de aquellas primeras instantáneas de convivencia.

13

Estamos en una terraza el día que le cuento a mi madre que creo que Galo me está poniendo los cuernos. Es una tarde de primavera, pero verdaderamente calurosa, así que a las ocho no es tan difícil dejarla asomarse a mis infiernos. Lleva más de una hora preguntándome si veo tan difícil darle un nieto, que aquello la haría muy feliz y que, además, después de tantos años juntos es lo que tiene más sentido. Cansada de justificarme, le suelto la bomba.

—¿Crees que debo divorciarme? —le pregunto.

Mi relación con mi madre nunca ha tenido margen ni para la confesión ni para el consuelo. De hecho, siempre ha sido más bien distante y fría, y esta vez no está siendo distinta. En lo que se refiere al plano maternofilial, un muro sigue desvinculándonos la una de la otra. Sin embargo, esta tarde parece que se dinamita un huequito por el que entrar y conocernos, ya no como madre e hija (para eso ya llegamos tarde), sino como mujeres.

—¿Para qué? —me responde mientras se enciende un cigarro.

—Cómo que para qué —replico—. Será por qué, en todo caso.

Ella levanta la mano para llamar la atención al camarero.

—¿Podría traerme un bloody mary si es tan amable? Penélope, ¿tú quieres algo?

También ha sustituido las infusiones por los cócteles y ahí ha hecho un gran *upgrade*. Yo pido un agua con gas y espero a que el camarero se aleje con la comanda.

—No, quería decir para qué. Para qué quieres romper tu matrimonio porque él se dé algún revolcón con alguna pobre muchacha.

Me he ido acostumbrando a partir en dos la imagen de mi madre. Por un lado, está esa mujer extrarreligiosa, pudorosa, abstemia, correcta, casta y recatada con la que me he criado. Y luego está esa Bette Davis liberada por haberse alejado de tanto sentimentalismo, irónica en consecuencia, mordaz y fumadora empedernida. Me hubiera encantado que me hubiese criado bajo ese halo de seguridad y feminidad aplastantes.

—Claramente para ti tiene que darse un apocalipsis para pedir el divorcio —le contesto, molesta.

—Si lo dices por tu padre, hace muchos años que se lo pedí. Por ahí seguirá el papel, en algún cajón de casa —responde ella sin dejar de sonreír.

Y entonces veo la oportunidad perfecta para deshacer todas esas dudas que he mantenido en secreto durante años.

—¿Lo hiciste por aquel hombre que te llamaba a casa?

Mi madre inspira con fuerza, como si fuera a engendrar un tornado dentro de sus pulmones, mientras apaga el cigarrillo en el cenicero. Levanta la mirada y me mira a los ojos.

—Es una pregunta con truco. ¿Lo hice por él o lo hice porque mi relación con tu padre ya estaba muerta? Que conste, yo he sido feliz con tu padre, muy feliz; pero priorizamos ser buenos padres a cuidar nuestro matrimonio. Bueno, tú podrás decirme mejor que nadie si lo

hemos conseguido. Al menos, eso hemos intentado. Nadie nos contaba en nuestros tiempos lo importante que es seguir cuidando la pareja después de tener hijos. A ver, yo contaba con perder la atracción después de tantos años. Como decimos en mi tierra, «milagritos a Lourdes». Perdí la intimidad con tu padre, pero a cambio también gané una familia, y como yo me casé creyendo en Dios, aquello para mí era suficiente ante Él. Lo que no sabía es que llegaría un momento en el que esa intimidad me resultaría hasta violenta, así que dejé de ejercer como esposa como quien dice y después tuve que asumir las consecuencias. Pero, bueno, no creo que quieras saber estas cosas y muchas otras tampoco tengo que contarlas porque mucho me temo que ya las conoces.

Siento un aguijón que se me clava en el pecho. ¿Ella sabe todo? Pero no pregunto al advertir la tristeza en su mirada. Mi madre no es el verdugo, es otra víctima silenciosa.

—Y entonces lo conocí a él. No sé si recuerdas una cafetería que había en la calle Lope de Vega a la que íbamos cuando tú eras muy pequeña y que a mí me encantaba, una en la que hacían un café irlandés delicioso. Tú estabas con un pie ya fuera de casa y prácticamente no me necesitabas, así que mucho de mi tiempo se quedó hueco. Yo sabía que tenías que crecer, que te tenías que ir y que era ley de vida, pero al principio me costó. Decía que me iba a hacer recados, pero en realidad dediqué las mañanas a pasear, a visitar museos a los que jamás había ido a pesar de haber vivido toda una vida en esta ciudad… En fin, quise hacer algo para que no me comieran ni el tiempo ni la casa. Aquella mañana fui al Prado y, como ya no tenía el cuerpo de una azafata, tenía las piernas como dos botijos; así que recordé la cafetería y decidí ir allí a descansar y

aprovechar para tomarme algo. Yo llevaba un vestido de flores que había estado en mi armario la tira de años, pero que nunca había estrenado, porque no había encontrado la ocasión. No me iba a poner un vestido de flores para ir al mercado a comprar cuartos traseros de pollo y los últimos años de mi vida podrían haberse resumido en eso. Aquella mañana, a pesar de ser abril, hacía calorina… Total, que lo vi ahí, colgando en el armario, y me pareció una buena ocasión para estrenarlo. Además, así iría un poco digna si me encontraba con alguien. Aunque, bueno, pensándolo bien, ¿con quién me iba a encontrar, salvo con una marea de guiris que habían tenido esa mañana la misma idea que yo?

Parece que se esté haciendo verdaderamente todas esas preguntas a sí misma mientras da pequeños sorbos a su bloody mary.

—Está picante de narices esto —dice divertida.

—¿Por qué crees que se llama «bloody»?

—Yo qué sé. Bueno, a lo que iba. Hay una canción de Perales que siempre me ha vuelto loca. «Me llamas para decirme que te marchas, que ya no aguantas más, que ya estás harta de verle cada día, de compartir su cama, de domingos de fútbol, de vida en casa. Me dices que el amor igual que llega, pasa. Y el tuyo se marchó por la ventana y que encontró un lugar en otra cama. Y te has pintado la sonrisa de carmín, y te has colgado el bolso que te regaló y aquel vestido que nunca estrenaste, lo estrenas hoy y sales a la calle buscando amor». ¿La conoces? Es preciosa.

Es la primera vez en mi vida que escucho a mi madre cantar y nunca hubiera apostado a que eligiera como ocasión hacerlo en una

terraza llena de gente en el centro de Madrid. A ella no parece importarle en absoluto.

—Es preciosa y real, porque eso fue lo que me pasó. Nos conocimos en aquella cafetería cuando se acercó para ver un folleto del Prado encima de mi mesa y, utilizando esa excusa, se sentó conmigo. Estuvimos charlando durante horas y, al terminar, me inundó de halagos. No recordaba la última vez que me había sentido así, Penélope. Nos intercambiamos los teléfonos con el pretexto de volver a vernos y poder visitar museos juntos. El resto te lo puedes imaginar.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis conociendo museos?

—No seas sarcástica, Penélope; dos años. Y entonces me pidió que me mudara con él a una casa que tenía en las afueras. Yo le había contado que mi sueño siempre había sido vivir en una casa con jardín y él podía hacerlo realidad, pero para eso teníamos que iniciar una vida juntos. Entonces fue cuando le pedí el divorcio a tu padre.

Estiro mi brazo hasta la pitillera de mi madre y me enciendo un cigarro, el segundo cigarro después de mi *affaire* de nicotina con Adrián. Mi madre ni se inmuta, no la culpo. De todas las veces que esa mujer ha acudido a una iglesia para confesarse, probablemente ninguna ha sido tan difícil como esta. Con el humo todavía en la garganta, le pregunto si él sabía que estaba casada.

—Pues claro que lo sabía. No conozco tantas artimañas para llevar una doble vida. El que no tenía ni idea era tu padre. Eso sí, yo con la verdad por delante. El día que le puse los papeles del divorcio encima de la mesa, se lo conté todo. Lo que pasa es que él se negó a firmarlos. Me dijo que no estaba dispuesto a perderme, como si no

lo hubiera hecho ya, ¿sabes? Me dijo que podría vivir con ello, con que yo estuviera con otro hombre, ya me entiendes. No te creas que me lo tomé como una declaración, al revés. Yo conozco a tu padre, aquello no era más que una declaración de intenciones. Como quien lee un registro catastral, yo era otra de sus posesiones.

Miro a mi madre en silencio, apurando cada tiro de ese piti que me está sabiendo a gloria. Todas las respuestas que había querido encontrar hacía años están colándose una a una delante de mí.

—La realidad es que no pudo con ello —continúa—. Por eso empezó a beber, porque en el fondo nunca lo pudo soportar. Seguí durante un tiempo, años incluso, pero aquella situación también empezó a ser insostenible. Él insistía en la idea de que iniciáramos una vida juntos, pero era complicado cuando yo todavía estaba, aunque fuera de aquellas maneras, con tu padre. Podría haber cogido mis cosas e irme, pero, al final, aquella sabandija ya alcoholizada había sido mi gran amor, y era el padre de mi hija. Y te digo una cosa, si llego a irme, tu padre ahora mismo estaría muerto. Juan, ¿te he dicho que se llamaba Juan?, se cansó, y no le culpo. ¿Que a lo mejor estaría ahora en una isla italiana pidiendo bellinis bajo una sombrilla y disfrutando de todos esos atardeceres que aparecen en las revistas, pero que jamás he visto con mis propios ojos? Pero también podríamos haber acabado fatal a la semana siguiente de convivir al darnos cuenta de que ya éramos mayores para compartir cajones y cuarto de baño. Nunca sabré qué habría ocurrido, porque me pudo el miedo a que pasara lo segundo.

Pedimos una segunda ronda. Estaba intentando no beber alcohol, pero es inevitable cambiar el agua con gas por otro bloody mary.

—¿Desde cuándo has vuelto a beber alcohol? —me pregunta mi madre mientras ayuda al camarero a retirar los vasos ya usados.

—Es una larga historia —suspiro—. No quiero sonar ni brusca ni egoísta, mamá. Y te agradezco que hayas sido sincera conmigo, pero ¿qué tiene que ver todo esto con Galo y conmigo?

—¿Es una larga historia que se pueda contar? —pregunta mi madre, interesada todavía por el tema del alcohol.

—No es mi historia la que estamos contando ahora, mamá.

—De momento. —Mi madre se ríe y brinda con las copas de ambas.

—No sé qué quieres decir con eso.

—Quiero decir que todo aquello me abrió los ojos para entender, Penélope, que me había pasado toda mi vida creyendo que yo era el eslabón débil de la relación con tu padre. Y no era así. Era él el que me necesitaba, el que me ha necesitado siempre. Lo que pasa es que de eso me di cuenta demasiado tarde. Tú tienes la oportunidad de descubrirlo justo ahora, cuando no tienes en común con ese hombre nada más que una hipoteca. Así que, si quieres mi consejo, deja ya esa actitud victimista y decide qué vas a hacer con tu vida, pero si decides cumplir todo lo que se te ha pasado por la cabeza, todos esos «y si», no le eches la culpa a ese maldito pintalabios.

Tras despedirme de mi madre, vuelvo a casa con la idea clara de intentar salvar mi matrimonio. Siento el efecto del vodka, que arde en el esófago. He estado jugueteando con la cerveza y con el vino, pero este acercamiento hacia un alcohol más duro me está afectando más de la cuenta y me siento ligeramente mareada, pero con ese puntillo de liberación inesperada de endorfinas.

De camino, paro en una tienda y compro el conjunto más atrevido que encuentro: un bustier de color burdeos con tanga a conjunto y ligas incluidas que simulan un arnés hecho con lencería. Le pido permiso a la dependienta para llevármelo puesto, así que me meto en el probador y cambio mi sujetador deportivo y mis bragas de algodón por las prendas nuevas. Quiero sorprender a Galo al llegar a casa, que me desnude y se encuentre con el bustier y el tanga. Aprovecho para arreglarme un poco el maquillaje con el neceser que llevo en el bolso, me pinto los labios de rojo y salgo de ahí dispuesta a reconquistar a mi marido. Al salir de la tienda, llamo a Galo por teléfono. Tarda poco en responderme.

—Dime, mi amor.

—Espero que estés ya en casa, porque tengo una sorpresa para ti que te va a encantar… —susurro para insinuar hacia dónde puede ir el obsequio.

Se hace el silencio al otro lado del teléfono.

—¿Galo?

—Pe… Lo siento un montón, olvidé decírtelo. Estoy en el AVE, me voy a Sevilla. Nos han puesto una convención extraordinaria mañana a primera hora y estoy de camino.

Mi mundo parece detenerse por un segundo. Todo me da vueltas. Freno en seco, en mitad de la calle, y me apoyo en la pared del portal más cercano.

—¿Cómo que estás de camino a una convención? —le pregunto al borde del llanto—. ¿En Sevilla?

Todo vuelve de pronto: el coche, la conversación, el pintalabios, la traición, el dolor, la duda, el miedo, la rabia.

—He estado últimamente tan ocupado con el trabajo que olvidé decírtelo —responde Galo.

—¡Cómo vas a decírmelo! —grito, desconsolada—. ¡Cuándo! Si ya nunca estás. ¡Cuándo!

—Penélope, no tengo tiempo para escenitas, estoy en el tren —susurra Galo, tratando de no alzar la voz, pero claramente irritado.

Me quedo en silencio escuchando el pitido de los tonos de llamada. Galo me ha colgado el teléfono. Me echo a llorar queriendo arrancarme el aire y el rencor de los pulmones. Entonces sale una señora del portal, lo que me obliga a continuar con mi trayecto.

Sigo llorando cuando llego a casa. Voy directa a la cocina, abro una botella de vino y bebo sin ni siquiera molestarme en servirme una copa. Agarro el cuello de la botella y me tambaleo hasta el dormitorio. Abro el armario y el cajón de mi ropa interior, tiro todos los conjuntos al suelo de un manotazo y encuentro lo que estaba buscando, el pintalabios. Estoy llena de odio, quiero hacer arder cada rincón de esta casa, cada rincón de mi vida junto a Galo.

Me dirijo al baño, enciendo la luz y dejo la botella al lado del lavabo. Me miro al espejo, tengo la máscara de pestañas esparcida por toda la cara. Abro el grifo y meto la cara debajo, porque quiero arrasar con cada indicio que pueda demostrar la ilusión con la que me había maquillado en el probador. Me siento estúpida.

Cuando termino, cojo el pintalabios y me delineo con él la boca. Me quedo así, mirándome al espejo, bebiendo de la botella de vino sin ningún tipo de control. Si me estoy convirtiendo en mi padre, ya no me importa. Quiero huir. Quiero ser cualquier otra persona que me aleje de aquella mujer que me mira al otro lado del espejo completamente rota.

EL PLACER

Roma

Galo vuelve a casa de aquel viaje a Sevilla, le abro la puerta y él pasa el umbral sin darme el beso con el que siempre inaugura su regreso. Deshace la maleta en silencio y se da una ducha. Al rato aparece en el salón con una sábana bajera y un edredón.

—Prefiero dormir aquí, si no te importa —dice adaptando las sábanas a los cojines del sofá.

—No es que me importe o deje de importarme, es que no entiendo por qué vas a hacerlo —replico.

Galo no responde. En su lugar se dirige a la cocina y se prepara un sándwich de jamón y queso que se come de pie, apoyado en la encimera. Al tirar los restos (nunca se come los bordes del pan de molde), se encuentra con varias botellas de vino en la basura. Con el pie todavía accionando la apertura del cubo, se gira para mirarme. Yo estoy en el marco de la puerta, esperando a que me dé una respuesta a la conversación anterior.

—¿Desde cuándo has empezado a beber?

—Bueno, han pasado varias cosas desde que decidiste que esta casa era un lugar de paso.

Galo se queda mirándome en silencio. Sé, leyendo su mirada, que las cosas nunca volverán a ser como antes.

—No, si ahora va a ser mi culpa que acabes siendo igualita a tu padre —suelta mientras me aparta de la puerta para salir de la cocina.

—¿Sabes, Galo? Eres un auténtico hijo de la gran puta —respondo mientras le dejo pasar.

Él acomoda los cojines en el sofá.

—¿Se puede saber por qué haces todo esto? —le grito.

—Es muy fácil, Penélope. Porque me estoy dejando el lomo para darnos a los dos una vida mejor y lo único que encuentro son gritos por teléfono. O lo que es peor, cuando, por fin, puedo estar un rato en casa todo son malas caras.

—¿Qué caras, Galo? ¡Qué caras! No puedo ponerte ninguna cara si no estás. Y nunca estás.

—Mira, es mejor que durante un tiempo tú vayas por un lado y yo por otro. Ya me buscaré la vida para pasar por esta casa lo menos posible. Y ahora, si no te importa, estoy cansado —dice tumbándose en el sofá.

Así es como llegamos a cohabitar en momentos puntuales sin poder llegar a llamarlo convivencia. No sé dónde pasa la mayoría de las noches. Tampoco pregunto. Como es evidente, también hace meses que no nos tocamos. Y quizá por eso Galo no quiere o no se atreve a tenderme la mano y tratar de sacarme de mis infiernos. A lo mejor no lo hace, porque llegados a ese punto yo no le importo una mierda. O puede que, si creemos en eso de las cenizas del amor, cuando quiere hacerlo, ya es demasiado tarde.

Mi dormitorio es un cementerio de vidrio y la calidad del vino ha descendido, dos señales inequívocas de la pérdida de control. Galo no sabe nada de eso. Yo no salgo a las zonas comunes por si aparece en cualquier momento. Después de aquella discusión recoloqué su ropa en el armario en el que antes guardábamos los abrigos de los invitados, así que nunca entra en el que ha sido

nuestro cuarto. Utilizo el vino para poder dormir, para anestesiar la taquicardia y para que las horas, cuando vuelvo a casa de la oficina, pasen más rápidas.

En cualquier caso, soy una versión casi alcoholizada y narcótica de mí misma, un fantasma deambulando por las ruinas de mi vida anterior. Y mi casa es ese purgatorio en vida en el que me enjaulo porque el mundo de allá fuera, el que me obliga a abrir los ojos y tomar decisiones, es demasiado complejo para mí. Me he aislado. Apenas respondo los mensajes de la que ya es mi única amiga, Fiama, y cuando lo hago le cuento la misma historia una y otra vez. No porque no tenga nada más que contar (que también), sino porque mis alardes comunicativos suelen darse durante mis borracheras más álgidas y luego no recuerdo qué le he contado. A veces olvido incluso que hemos hablado.

Pienso en alguna ocasión en el libro de lecciones de mi madre, pero prefiero la condena del mártir. La tristeza, de todas las emociones, es la más condenatoria. Y también la más cómoda, porque nadie te pide explicaciones. Me atrinchero ahí en la intimidad y de cara al escaparate prefiero fingir que todo sigue en orden, que tengo un matrimonio normal con una vida normal, incluso que trabajo cuando estoy en la oficina. Les digo a mis compañeros que salgo a en punto para reencontrarme con mi «maridín» (término que detesto), porque estará preparándome puerros al horno con salsa de kimchi para cuando vuelva a casa. Les cuento que hablaremos de cómo nos ha ido el día, de qué táperes prepararemos el domingo para el resto de la semana, de cómo nos organizaremos las vacaciones, incluso que estamos tanteando nombres de bebés, pero no conseguimos ponernos de acuerdo si tenemos una niña, porque

ambos queremos ponerle el nombre de una abuela con la que ninguno de los dos tuvo apenas relación, pero que, de repente, tiene especial trascendencia en el árbol genealógico.

Al día siguiente, me ven hacerme un café detrás de otro. Lo que no saben es que lo hago porque lo más seguro es que la noche anterior me haya pasado de rosca otra vez con el vino. Me invento que mi falta de sueño se debe a la capacidad maratoniana que tiene mi marido de devorar la serie que estamos viendo juntos. Y mis compañeros asienten sonriendo, porque les parece una explicación lo suficientemente comprensible para justificar tanto las ojeras que enmarcan mis ojos como la languidez y pasividad con la que me paseo bajo las luces fluorescentes de los pasillos de la oficina. Por detrás todos hacen quinielas para ver cuándo me despiden porque, por mucho que finja, hasta el becario más inepto consigue superar mis niveles de productividad.

La realidad solo la sé yo, y es que salgo antes para seguir bebiendo, que estoy sola de cojones y que apenas recuerdo qué ocurre desde que atravieso la puerta giratoria del edificio laboral hasta que la vuelvo a cruzar al día siguiente. Ese olvido me regala tranquilidad.

Una mañana recorro el salón antes de ir al trabajo que estoy a punto de perder y me encuentro de nuevo con el vivac que, de vez en cuando, se monta Galo en el salón para pasar la noche. Decido sentarme en el sofá y, al mover uno de los cojines para acomodarme, me invade la estela de su perfume. El tejido ha debido de empapar la fragancia durante la noche y empieza a dejar dentro

de mí el mismo sentimiento de rabia que el olor del pintalabios. Necesito respuestas, así que cojo el teléfono y decido llamar a Bruna.

—Dime, Pe —dice nada más descolgar el teléfono. Se escucha algo de alboroto a su alrededor.

—¿Te pillo en un buen momento? —Su frialdad está empezando a dejar de sorprenderme.

—Bueno, más o menos. Estoy de compras, me dejé el neceser en la última convención y he tenido que comprarme todo de nuevo.

Tengo que parar a tomar aire antes de continuar con la conversación. Siento la aorta en una especie de ebullición volcánica.

—¿Penélope? —dice Bruna al otro lado ante mi silencio.

—Bruna, necesito que nos veamos —respondo cuando consigo recomponerme—. Quiero contarte algo y tiene que ser en persona.

«No tardaremos nada, solamente quiero ver qué pintalabios has escogido para rehacer tu neceser». Eso es lo que en realidad estoy pensando.

—La verdad es que estoy bastante jodida de trabajo, pero, en fin… —Escucho cómo le habla una dependienta al otro lado—. Mira, si quieres podemos vernos esta tarde en un sitio cerca de mi despacho que se llama Mexicana.

—Estupendo, ahí estaré. ¿A las ocho?

—Sí, a las ocho está bien. Oye, te tengo que colgar, que voy a pagar todo esto. Luego nos vemos.

Me dispongo a despedirme cuando me doy cuenta de que ha colgado. Miro a mi alrededor y veo el mismo caos que siento por

dentro. Recojo la manta, la doblo y la amontono en el cestillo; coloco los cojines cada uno en el sitio que le corresponde, cojo la taza de café ya vacía y la llevo a la cocina. No sé en qué momento se han invertido los roles, Galo era el comandante del orden estricto, pero se ha cansado de ordenar. Esto es y no es una metáfora.

Debajo del sofá veo, como la mayoría de las veces que mi marido pasa la noche en el salón, un trozo de papel higiénico que ya parece escayola con el semen seco de la noche anterior. Lo cojo y lo tiro a la basura, y con él vierto también mi futuro. Ahí va un matrimonio roto, reducido a una paja mal hecha. Ya no sé si me he convertido en mi padre, en mi madre o, lo que es peor, en el cóctel molotov de ambos.

Aquel día es importante porque conviven en un cubo de basura el semen seco de Galo y mis botellas vacías, pero también porque esa misma tarde Bruna me convoca en Mexicana para vernos después del trabajo.

Zumo de tomate

Llego a Mexicana antes de las ocho de la tarde. He calculado unos quince minutos en taxi desde el trabajo, pero la Castellana está sorprendentemente despejada y tardo menos de lo esperado. Una vez allí, barro con la mirada el local y, al no ver a Bruna, voy al baño para ganar tiempo. Me estoy lavando las manos cuando me doy cuenta de que sin duda he entrado peor de como he salido de la oficina, con la blusa desabrochada y el pelo revuelto, como si me hubiera escupido un huracán en mitad de Chueca. Me retoco un poco el flequillo frente al espejo, me perfumo con una de las muestras de agua de colonia que hay en los *amenities* y salgo, cómo no, directa hacia la barra.

Me coloco en una de las esquinas, junto a la pared de cemento en la que termina la interminable barra de madera y de espaldas a una falsa estantería de cristal repleta de calaveras mexicanas y botellas de tequila de diseño que cubre toda la pared hasta el techo. Me acomodo en la banqueta como puedo haciendo equilibrios para que la silla no gire en lo que yo tomo impulso y me siento. El camarero, un rubiales que tendrá unos veintiocho años, se acerca a mí.

—Un bloody mary, por favor —le pido.

—¿Original o el especial Mexicana? —me responde con una sonrisa de anuncio de dentífrico.

—El que venga más cargado —suspiro mientras miro la hora en el móvil. Son las ocho y cuarto, Bruna llega quince minutos tarde.

Al levantar la mirada, pienso que aquel chaval podría ser modelo o actor, o quizá lo sea, pero está ahí, agitando la coctelera de mi

bloody mary, para ganarse un dinerillo. Todos empezamos así, supongo. Luego algunos triunfan y otros, la mayoría, nos quedamos estancados en un trabajo mediocre para recibir una nómina a final de mes. Una notificación enciende la pantalla de mi móvil. «Amiga, lo siento un montón, pero al final tengo que quedarme a acabar una cosa más… ¡Dime que no has llegado!».

No respondo y lo dejo en leído. Las piezas parecen ir encajando, y, sin embargo, no sé hasta qué punto seré capaz de enfrentarme a ello.

Miro a mi alrededor. Claramente es uno de los locales de moda a los que suele ir Bruna con sus compañeros de profesión, uno de esos restaurantes nocturnos en los que no se cena y que gira en torno a un modelo de negocio en positivo basado en facturas mínimas de luz. Se ve a la legua, en esta sala cualquier despacho especializado en familia podría aprovechar el filón estratégico de encontrarse a todos los hombres casados de cuarenta para arriba de Madrid cometiendo (o queriendo cometer) adulterio. Están todos reunidos en grupitos, con la corbata medio deshecha, mirando a su alrededor como aves rapaces.

Con el cóctel recién pedido, solo queda sucumbir y beberlo. Y cedo ante el segundo por desesperación y al tercero porque ya no me molesta tanto el sabor del mezcal del bloody mary especial Mexicana. Al cuarto, veo cómo un hombre que está al fondo y que lleva mirándome durante toda la noche se separa de su cuadrilla y se acerca a mí. Es alto, muy delgado y con olor a espuma de afeitar. Al aproximarse más reparo en que se ha tomado la molestia de retocarse la barba con la intención de engalanarse esta noche por algún motivo. Se presenta con una introducción innecesaria en la

que no cuenta nada y que, con todo, dura otra copa. Calculemos entre ocho y diez minutos.

—Déjame pedirte otro cóctel. —Levanta la mano para llamar la atención del rubiales.

—Estupendo. —Encojo los hombros y me esfuerzo para que no se me trabe la lengua al hablar.

—Le pones otro de estos a mi querida… —Se gira hacia mí.

Me acuerdo otra vez de Adrián y de aquella noche.

—Roma. —Levanto la mirada.

A pesar de ir ya borracha perdida, sé que esto no lo estoy haciendo como un gesto divertido o inocente, lo estoy haciendo porque quiero huir de mí misma y ser, para variar, la que juega con un hombre en lugar de ser la estúpida Penélope zarandeada por el puto sueño romántico del «felices para siempre».

Pienso en esto mientras él me cuenta su vida como si fuera un oráculo. Yo me limito a asentir y a dar sorbos, cada vez más largos, a mi bloody. En mi cabeza se forja el mapa mental del retrato del hombre que tengo enfrente. O fumador o adicto a la cafeína (tiene los dientes ligeramente amarillentos). Un soltero empedernido, un tópico del hombre que cree que sigue siendo un chiquillo. Asiduo de los bares que están de moda, de los que bailan como bailan los que no saben bailar y los borrachos. Tal vez el típico soltero al que solo le queda condimentar a su grupo de amigos y divertirse enfrentándolos con esa vida perdida con el tercer hijo. Se los debe de llevar ahí, a Mexicana, para invitarlos a *cocktails* (los anglicismos son un *must* para este tipo de gente) después del trabajo y que, a eso de las once de la noche, comience el desfile de debutantes.

Su bebida, el whisky. Fernando, que así se llama, debe de acabar con la camisa empapada de sudor cuando termina la noche, pero, para ser honesta, aunque no tengo claro si se ha duchado o no, siempre huele bien. Es un náufrago, en aspecto y de forma vital, y eso sí es un dato contrastado, porque no para de contarme que mira con tristeza a los niños del parque que está al lado de su oficina porque sabe que jamás podrá formar una familia. Asiste a bodas, bautizos y comuniones de todo su grupo de amigos con cuya descendencia podría configurar un equipo de fútbol. También a las barbacoas que organiza su hermana con el resto de los neonatos de la familia, y siempre lo hace con una sonrisa, pero con una soledad latente, un pepito grillo que le atormenta todo el tiempo con el recordatorio de que algún día llegará la vejez, y con ella la soledad definitiva.

Vamos, que le debe de dar pánico sentir, y por eso no ha aprendido a querer. Y con eso justifica sus borracheras eternas, su coqueteo con las drogas y las noches de putas. Se lo puede permitir. No ha pegado palo al agua en su vida, pero para eso están papá y mamá.

Y entonces, en mitad de ese psicoanálisis, él desliza la mirada hacia el sujetador que asoma por mi blusa. Si fuera una película, tendrían que congelar esta escena (toc, toc; Almodóvar). Este momento es crucial, estalla la bala. Yo estoy a una copa más de no saber ni pronunciar mi nombre y en esa inconsciencia me permito jugar a ser esa tal Roma. Roma percibe a ese hombre como un muñequito del que disponer manteniendo la mirada fija en sus ojos. Arrastro las manos por la barra para forzar la apertura de otro botón de mi blusa. Él ve lencería, Roma ve una presa fácil.

No lo pienso. Me acerco, le agarro de la camisa y lo atraigo hacia mí con la fiereza que da el alcohol. Podría haber sido él o cualquier otro, Fernando no tiene nada especial, solo es un cuerpo, un trozo de testosterona, una excusa. Una víctima. Él me lame los labios, descontrolado. Ese nuevo humedecimiento es para mí, después de haber besado durante más de una década una misma boca, algo más que extrasensorial, y desata por fin no solo la imaginación, sino también la oportunidad.

No hay un sexto cóctel. El siguiente beso nos lo damos en un cubículo del baño de hombres y en el que no nos molestamos ni en poner el pestillo. Ahí nadie abre las puertas. Nos devoramos el uno al otro empujándonos contra la pared de metal que nos separa del retrete de al lado, con el sonido de las esnifadas de los baños contiguos de fondo, tan rápidas y continuas que parecen aspersores.

En otro momento de mi vida habría salido de aquel baño llorando y arrepentida, pero la realidad es que voy tan borracha que no soy capaz ni de tener conciencia. Solo sé que me gusta esa sensación que me está inspirando esa otra mujer que finjo ser cuando nos encerramos a babearnos el uno al otro, cuando él se aferra a mis tetas como un crío abandonado. El pobre piensa que puede poseerme, a mí, que no me domino ni a mí misma.

No pienso en Galo mientras beso a Fernando. Tampoco cuando lo aparto de mí para deshacerme del peso de su cuerpo al sentir cómo el mareo se va apoderando de mí. Tampoco cuando abro la puerta y me voy corriendo al aseo de mujeres.

Pero sí pienso en Roma cuando me agarro el pelo y veo el bloody mary convirtiéndose en una cascada de plasma. Estoy sentada sobre el suelo del baño de Mexicana con la cabeza apoyada sobre la tapa

redonda del váter recuperando la respiración mientras todavía me quedan restos de vómito entre los labios. He huido durante toda mi madurez de momentos como ese, pero también, por primera vez en mi vida, me he sentido la mujer que nunca he conseguido ser. Y tiene un nombre: Roma.

Salsa Perrins

Salgo de la habitación por primera vez en todo el sábado. Las noches son cada vez más largas y la resaca me hace entrar en un estado de letargo tan profundo que, los días que no tengo que ir a la oficina, soy incapaz de salir de la cama.

Al dirigirme a la cocina para prepararme un café, Galo está fregando los platos que debe de haber utilizado a la hora de comer.

—Buenas tardes —dice sin ni siquiera mirarme.

—Buenas tardes —respondo metiendo la cápsula en la cafetera.

—Oye, Penélope…

Me giro, sorprendida ante la idea de que Galo quiera interactuar de alguna forma conmigo.

—La próxima vez que utilices el salón, recoge tu mierda. La otra noche llegué agotado de trabajar y tuve que recogerlo todo yo.

—¿Que llegaste agotado de trabajar? —digo con sorna—. ¿Que tuviste que recoger mi mierda? ¿Qué mierda exactamente?

—Tu maldita botella y tu maldita copa.

—Entonces debiste de herniarte cogiendo una botella y una copa y llevándolas a la cocina —grito haciendo especial hincapié en esos «una».

—Bastante tengo con convivir con una borracha como para encima tener que limpiar su mierda, sí.

—No soy ninguna borracha —miento desde el orgullo.

Galo me mira, apoyado sobre el borde del fregadero.

—Puede que tengas razón, aunque, si te soy sincero, quizá lo crea, porque si yo estuviera tan amargado como tú probablemente

lo sería. —Se va de la cocina.

A los pocos minutos escucho cómo la puerta de casa se cierra. Cojo la taza que había colocado en la cafetera y la estampo contra el suelo de la rabia, del dolor tan inmenso que me ha provocado su último comentario. Lloro como una desquiciada mientras recojo, de rodillas, cada uno de los trozos de cerámica. Me levanto, hago fuerza con los fragmentos contra las palmas de las manos y tiro la taza hecha añicos a la basura. Al hacerlo los pedazos repiquetean al chocar contra el vidrio de las botellas de vino, como esos llamadores de ángeles cuyos cristales resuenan al ser mecidos por el viento. Yo en ese momento solo tengo un único deseo: huir de ese dolor.

Por eso voy al dormitorio, me arranco el pijama y saco del armario los mismos vaqueros negros de siempre. Revuelvo los cajones en busca de algo que, aunque sea improvisado, pueda encarnar a esa otra mujer que finjo ser cuando salgo de esta casa. Acabo, cómo no, rozando la lencería de mi body negro, que está doblado junto al pintalabios. Palpo la suavidad del tejido y recuerdo la noche con Fiama, cuando Adrián me devoró con los ojos. Me imagino cómo habría sido si Fernando hubiese descubierto el corpiño debajo de mi blusa cuando nos besamos en el baño.

No tengo muy claro qué pretendo hacer con todos esos pensamientos cuando abrocho los clips de la prenda entre los muslos y, al ajustar los tirantes sobre los hombros, reafirmo mis pechos en el escote. Me pongo los pantalones y me dirijo al baño. Me lavo la cara con agua fría para tratar de disimular el llanto. Después abro el neceser de maquillaje: sombra negra de ojos, máscara de pestañas, corrector de miradas apáticas…, y sobre la boca me aplico el pintalabios que encontré en la guantera, que lo he

vuelto a sacar de su escondite. Meto en el bolso la pitillera que me compré hace un par de días en el estanco de enfrente de la oficina, unos chicles de menta por lo que pueda pasar, el pintalabios y las llaves de casa. Salgo del portal y paro el primer taxi que pasa, aunque vaya en dirección contraria a donde yo me dirijo.

—Buenas tardes, señorita. ¿Adónde vamos? —me pregunta el taxista.

—Al restaurante Mexicana, por favor.

—Restaurante Mexicana… ¿Sabe la calle?

—No, ahora mismo, no, pero puedo buscarlo. —Saco el teléfono del bolso para consultar la dirección.

—No se preocupe. —Arranca de nuevo el coche y, aprovechando la parada de un semáforo en rojo, se inclina sobre el GPS para gritar el nombre del restaurante.

Baja Santa Engracia hasta llegar a Alonso Martínez y empieza a callejear el barrio de Chueca hasta llegar al local. Lo reconozco por las luces amarillentas de la entrada, que podrían acoger el sitio de moda o un puticlub de alto standing de los noventa. Empujo la pesada puerta acristalada de Mexicana. Voy directa a la misma esquina en la que estuve la primera vez. Antes de que me haya acomodado, ya está el camarero rubiales deslizándose hasta mí.

—¿Te pongo un bloody mary, Roma? —me pregunta mientras seca una copa.

—¿Recuerdas mi nombre? —Me sonrojo.

—Es un nombre especial, es normal recordarlo.

Asiento en silencio pensando que, quizá, eso no habría ocurrido si le hubiera dicho mi nombre real. Seguro que no me hubiera recordado con mi verdadera identidad. Porque Penélope, aquel

primer día en Mexicana, hubiera pagado corriendo al darse cuenta de que Bruna no aparecería por ahí. Penélope no se habría atrevido a mantener la mirada fija en el camarero rubiales para imaginar de dónde había salido y, desde luego, Penélope no habría seducido a Fernando.

Le doy un mordisco al apio con el que el rubiales ha aderezado el bloody mary para llevarme algo al estómago. No he comido nada en todo el día. Se nota que es sábado, Mexicana está lleno de gente comparado con el día aislado en el que yo aterricé en ese lugar. Aun así advierto que varios de los grupos de rapaces se repiten de aquel día. Registro el local nerviosa para averiguar si entre ellos está Fernando o, lo que es peor, Bruna. Ha intentado llamarme en varias ocasiones, no sé si para pedirme perdón por no acudir a nuestro encuentro o para confesarse. Ya no me importa. Me he dado cuenta de una cosa: el hecho de que haya una probabilidad de que sea ella la dueña del pintalabios hace que la quiera fuera de mi vida. Aun así, no quiero que me vea en Mexicana, sé que para ella podría suponer una excusa para enterrar su vergüenza. Respiro tranquila cuando veo que no está.

Pero ahí estoy, mordiendo el apio de mi bloody mary y revisando el escenario del crimen en busca de una nueva presa. Atisbo en la barra que está junto a la cristalera de la entrada a un tipo que me mira, pero, al percatarse de que yo también he reparado en él, sonríe y se gira para conversar con sus colegas. Llamo al rubiales, que, como siempre, se acerca sonriendo, y le pido que me vigile el bolso. Cojo la pitillera y me dirijo hacia la salida bordeando la barra para tener que coincidir con aquel hombre. Antes de llegar a la puerta rozo mi brazo con su espalda.

—Ay, perdóname… —me excuso mientras coloco la mano en su espalda más tiempo del que sería el correcto.

El hombre se gira al sentir mi tacto.

—No te preocupes —me responde sonriendo—. De hecho, ¿me invitarías a un cigarro?

—Por supuesto.

Abro la puerta acristalada haciendo peso con la espalda para así quedarme de frente a él mientras extraigo de la pitillera el cigarro. Una vez fuera se acerca a mí con un mechero, invitándome a encender el piti que yo ya sostengo entre los labios.

—Tienes mechero, pero no tienes cigarros —susurro—. Curioso…

—Cada uno tiene sus tácticas.

—¿Y la tuya es…?

—La mía es darle fuego a quien lo busca.

Asiento en silencio mientras inhalo el humo con la boca.

—*Touché*. Pues mucho me temo que yo voy a necesitar fuego toda la noche, porque no consigo encontrar mi mechero. Por cierto, me llamo Roma.

—Encantado, Roma. De conocerte y de darte fuego esta noche. Yo soy Martín.

Me acerco a él y lo arrastro hacia el callejón que queda justo al lado de la puerta del restaurante. Apoyo la espalda en la pared y tiro de su chaqueta para pegar su cuerpo al mío. Él apoya la mano en el muro, justo al lado de mi rostro. Veo que lleva alianza, no me importa. Acto seguido, tiro el cigarro al suelo percatándome de que lo he sellado con el pintalabios, y coloco la mano en su entrepierna. La froto suavemente hasta constatar que está cachondo perdido.

Martín mira a su alrededor, algo nervioso, como queriendo comprobar que nadie ha visto esa escena.

—Espera, conozco un sitio cerca de aquí. —Me coge de la mano para quitarla de su pantalón.

Me separo de la pared y de Martín, y me encamino de nuevo hacia el restaurante.

—¿No vienes?

Mientras me lo pienso, voy a terminar el bloody mary que me está esperando en la barra.

—Se llama Hotel Grand Fiesta Americana. Te espero ahí —digo señalando la puerta de Mexicana.

Asiento y me meto en el local mientras Martín se aleja por la calle. Vuelvo a mi lugar en la barra, le doy un largo sorbo a la copa y paladeo el dulzor del tomate fundiéndose con el mezcal. Pienso entonces si Galo también habría tenido un momento como aquel, un instante en el que vio esa posibilidad ante él y tuvo que decidir entre sucumbir o abandonar el juego…

Recuerdo la escena de la cocina al entrever en la palma de mi mano un leve corte que he debido de hacerme recogiendo los trozos rotos de la taza. Recuerdo la herida. Dejo un billete de cincuenta euros encima de la barra aprovechando que el rubiales sirve a unos clientes a mi lado.

—¿Te cobro? —Coge el billete.

—No, quédate con el cambio por si algún día me tengo que ir sin poder pagarte.

—Vale… —responde extrañado.

—¿Tú sabes dónde está el Hotel Grand Fiesta Americana?

Su rostro muta a la perplejidad ante mi pregunta.

—Sí, es un sitio al que van muchos de los clientes asiduos de aquí. Sal, métete por Argensola y sigue recto. Está justo en la calle anterior a la esquina de la glorieta.

—Perfecto. —Apuro el último sorbo del cóctel y cojo el bolso.

Me estoy marchando ya cuando el rubiales me llama desde la barra.

—Roma.

—Dime. —Me acerco de nuevo a la barra.

—Nada, que tengas cuidado.

Le sonrío. Aquel chico es la persona más tierna con la que me he cruzado en mucho tiempo.

Callejeo y sigo las indicaciones del rubiales y paso por una tienda de fotografía, un estudio de arquitectura y un restaurante japonés de moda al que habré ido un par de veces con Galo. Veo el letrero de un hostal en la calle Santa Teresa. Por un momento dudo de si es ahí donde me están esperando, pero continúo caminando y, efectivamente, antes de llegar a la glorieta me doy de bruces con el edificio que busco.

Martín me está esperando en uno de los sillones de la recepción del Hotel Grand Fiesta Americana mientras echa un vistazo al *Marca*. Me acerco a él, cojo el periódico y lo dejo en la mesa auxiliar que está a su lado. Él me mira, me sonríe, se levanta sin hablar, me agarra de la mano y me conduce hasta el ascensor. Ya dentro marca el piso ayudándose con la tarjeta de la habitación. Cuando entramos a la estancia, abre una botella de vino que está apoyada junto a la tarjeta de bienvenida para los huéspedes, sirve dos copas y me tiende una.

—Roma…, ¿qué debería saber de ti?

—Yo creo que es mejor para los dos que sepamos lo mínimo posible del otro —improviso.

—Pues no te voy a quitar la razón en eso.

Apuro con rapidez la copa que me acaba de servir, aunque ya siento esa nebulosa en mi cuerpo por todo el alcohol que he bebido. Me levanto para servirme una segunda. Él se acerca a mí mientras devuelve la botella a la mesa.

—Roma, ¿puedo besarte?

Asiento, segura de mí misma y de querer hacer lo que sé que va a ocurrir. Martín me besa suavemente. Lo hace despacio, como si quisiera saborearme. Al mismo tiempo comienza a desabrocharme el pantalón y tira de él sin dejar de salivar mis labios. Me quedo frente a él, con el body lencero, desprovista de mi armadura. Siento la inseguridad, el vértigo de que otro hombre me vea desnuda después de tanto tiempo. Tengo que expulsar a Penélope de esa situación o arruinará el momento. Quiero que vuelva Roma, la mujer que embobó a Fernando, la que Martín ha invitado al hotel esa noche; así que cojo la copa de vino y me la bebo de un trago.

Martín no ha dejado de mirarme. Me agarra por la cintura, me empuja con cuidado hasta la cama. Se quita la camisa desabrochándose los botones con cierta premura, pero sin perder la elegancia, y se tumba a mi lado. Comienza a acariciar mi cuerpo, moldeándolo como si fuera de arcilla, y resucita la sinuosidad de cada una de sus curvas. Empieza por la clavícula y su dedo índice va bajando por mi brazo, después por mi pecho, redondeándolo. Pasa a las costillas, a la cintura, a la cadera. Llega al ombligo y traza una línea recta hasta el pubis. Encojo el pecho en un único suspiro.

—Roma, eres preciosa… —Martín se acerca más a mí y aprovecha para introducir el mismo dedo que ha caminado por mi piel dentro de mi sexo.

Me dejo llevar por esa oleada de sensaciones, algunas resucitadas y otras, sorprendentemente, nuevas. Me dejo besar, tocar, rozar, penetrar y embestir. Y cuando cada una de mis terminaciones nerviosas están a punto de detonar, me permito llegar al orgasmo. Después, mi cuerpo se va recuperando, todavía palpitando y con la respiración entrecortada. Martín me retira el pelo del rostro y sonríe. Acto seguido, se levanta y se viste en silencio.

—Roma, ha sido un auténtico placer conocerte. —Se aproxima a mí para darme un beso.

Me quedo callada, tratando de asimilar lo que ha ocurrido. Con ese mismo silencio, y cinco minutos después de correrse, Martín sale por la puerta de la habitación 704 del Hotel Grand Fiesta Americana. No lo he vuelto a ver.

Un toque de sal

Con la misma apatía de los últimos meses, apago el lunes la alarma, me levanto, me ducho y me visto. Al mirarme en el espejo me encuentro con esa Penélope que odio. Veo a mi padre reflejado en mis ojos, cada vez más entrecerrados por la resaca encadenada. Veo a mi padre en esa mirada hundida que me recuerda que, frente al espejo, Roma no existe. No hay ni rastro de aquella otra mujer que fui el sábado. Cuando soy Penélope voy con la cara lavada, sin preocuparme de que el mundo se dé cuenta de que estoy completamente devastada. Cuando soy Roma, la sombra de ojos negra ejerce de lienzo en mis ojos.

A pesar de que todo haya ocurrido estando borracha, soy consciente de cada momento. Quiero sentirme culpable por agradecer la sensación de que un hombre me tocara como lo hizo Martín, pero no puedo. Aun así, esa lucha contra mi propia conciencia me acompaña durante todo el día. Cuando llego a la oficina, y a pesar de que se me termina el tiempo para cumplir con los objetivos, no me concentro y no avanzo con todo el trabajo que tengo pendiente. Estoy saliendo cada dos por tres para fumar. Doy vueltas al edificio encendiéndome un cigarro detrás de otro mientras en mi cabeza pendulo entre la amargura por las trampas que yo misma me he creado y la justificación interna de que me siento así, y estoy actuando de ese modo, por culpa de Galo. Por culpa de Galo al follarse a otra. Por culpa de Galo al dejarse ese pintalabios en la guantera de un coche. Por culpa de Galo al desaparecer de casa. Por culpa de Galo al abandonar nuestra vida. Ese círculo de

pensamientos va devolviéndome la rabia, la única emoción que ha conseguido que me sienta viva desde que ocurrió todo.

Vuelvo a mi puesto de trabajo con el pelo oliendo a tabaco y humo. No puedo mantener la pierna quieta en un san Vito adornado por la histeria. Todos mis compañeros teclean como máquinas sin apartar la vista de la pantalla ni un solo segundo. Yo soy incapaz de centrarme, miro mi ordenador sin llegar a ver nada, perdida en la cólera que está empezando a incendiar cada una de mis arterias imaginándome a Galo en cualquier lugar con la dueña del pintalabios. Compruebo la hora en el móvil. Cuatro de la tarde. Necesito una copa. Me miro en la pantalla y decido que, al salir del trabajo, volveré a Mexicana.

Salgo de la oficina y me subo a un taxi junto al conductor para aprovechar el trayecto y arreglarme un poco ayudándome con el espejo del copiloto. Improviso, porque no he contado con nada de lo que está sucediendo desde que me he despertado por la mañana, y empleo el pintalabios que sigue en mi bolso desde el sábado. Lo utilizo como sombra de ojos e incluso para auparme las mejillas en un leve rubor.

Dos días después de mi última hazaña, vuelvo a traspasar las puertas de Mexicana por tercera vez. Al hacerlo me encuentro con Fernando, que está hablando con un grupo de cinco hombres. Me llama la atención uno de ellos, especialmente atractivo para la fauna que he visto en mis visitas al local.

—¿Es tu amigo? —le pregunto a Fernando aprovechando que se inclina hacia mí para darme dos besos.

—¿Quién?

—Ese, el de la camisa burdeos.

—No, lo acabo de conocer.

—Genial, lo suficiente para que puedas presentármelo.

—Roma, Roma… Vas a conseguir que me ponga celoso —me susurra Fernando al oído.

No puedo evitar mirarlo con desprecio, casi hasta con asco. Nunca podré descifrar cómo Fernando pudo ser el que abriera la veda, tan opuesto a mi vida y a mis gustos, tan básico, machista e imbécil.

—Veo que Fernando no nos ha presentado. —Tomo la iniciativa—. Soy Roma.

—No, pero menos mal que ya le has puesto solución.

Sonrío y le cojo de la mano para que me acompañe hasta la barra. Cuando me siento, ya tengo mi bloody mary esperándome. El camarero rubiales me guiña un ojo desde el otro lado al buscarlo con la mirada para agradecérselo.

El hombre que está a mi lado se llama Leo. Me pregunta a qué me dedico y le suelto el cuento de que soy escritora y estoy en plena investigación para el que será mi próximo trabajo. Aprovecha la breve pausa que utilizo para coger aire y me cuenta que él ha vendido su empresa a un fondo, que es maravilloso ser millonario antes de llegar a los cuarenta. Durante su sermón, que lo peor de todo es que pretende ser galanteo, no puedo evitar bostezar en más de una ocasión. Al tercer cóctel, ya me siento por fin envalentonada por el alcohol. Para tratar de silenciar el discurso del tal Leo, meto la pierna entre las suyas sacando tajada del hecho de que estamos sentados de frente sobre nuestros taburetes. Apoyo la rodilla sobre su paquete para ejercer una leve presión. Leo me mira sorprendido,

diría que hasta asustado, así que aprieto un poco más (o más bien ya es Roma la que lo hace). Me inclino hacia él.

—¿Estás casado, Leo? —pregunto a escasos milímetros de su boca.

—No, de momento, no…

Miro de reojo. Al otro lado del restaurante Fernando no me pierde de vista. Me imagino que es Galo y que es él quien va a presenciar la escena de cómo imprimo en otro hombre el pintalabios de su amante.

—Mejor para mí, menos problemas. —Tiro de su labio inferior atrapándolo levemente entre mis dientes—. Voy al baño, y nos vamos, ¿te parece?

No me percato de que alguien me sigue. Al cerrar la puerta, un tipo me empuja contra la pared.

—¿Estás cachonda? —me pregunta mientras mete la mano por dentro de las bragas.

Entonces me agarra del pelo, me arrastra con violencia hasta el cubículo y me tira del cabello hasta hacerme caer al suelo. Se desabrocha el pantalón y se saca la polla mientras controla con fuerza mi cabeza y que así pueda acercarme para comérsela. Muy probablemente yo lo hubiera hecho, aunque fuera solo por miedo. Roma, en cambio, no permite que la trate así un hombre. Me levanto como puedo y me giro hacia él.

—La próxima vez que me vuelvas a tocar o a exigir algo, te parto la puta cabeza —le respondo (o mejor dicho, le responde Roma).

—Cómo me pones, nena —insiste él.

Me doy cuenta de que va puesto hasta las cejas. Lo miro con desprecio, me coloco el pelo observando, a través del espejo, cómo

él espera mi reacción.

—Haz el favor de vestirte, desgraciado.

Salgo del baño y voy directa a mi rincón de la barra. Agarro a Leo de la mano y lo llevo hasta la salida con una extraña mezcla de emociones atenuadas gracias al alcohol. No quiero compartir con él nada de lo que acaba de ocurrir. Quizá piense que me lo merezco. En lugar de eso le explico que vamos a ir a un hotel que conozco y que está cerca de ahí. Al llegar, me dirijo a la recepción con los ojos adormilados y pido una habitación.

—¿A nombre de quién? —me pregunta la muchacha al otro lado. Lleva un moño que le debe de estar estirando hasta el último milímetro del cráneo.

—Roma —respondo sin poder disimular la borrachera.

—Estupendo. ¿Me podría proporcionar su DNI, por favor?

Trago saliva nerviosa.

—Vengo… —trato de improvisar—. Vengo de parte de Martín.

La recepcionista con moño de campeona en natación sincronizada asiente, mirándome. Después mira a Leo.

—Comprendo. —Abre un cajón y saca una tarjeta del hotel.

—Aquí tiene. Ya sabe, séptima planta, habitación 704.

—Gracias. —Cojo la tarjeta y trato de disimular el alivio que me está produciendo haber salido del aprieto.

Me despierta el ruido de los carros de las mujeres de la limpieza. Estoy desnuda y sin rastro de Leo. En el aparador de enfrente la botella de vino vuelve a estar vacía, como ya ocurrió con Martín. Voy a coger el móvil, pero no tengo batería. Salgo de la cama y busco el

mando de la televisión para encenderla y así intentar averiguar qué hora es, pero no soy capaz de encontrarlo, así que me pongo el albornoz y me asomo por la puerta. Por suerte están limpiando la habitación de al lado.

—Perdone —susurro desde la puerta a la mujer que está deshaciendo la cama—. ¿Sabe qué hora es?

La mujer me mira de arriba abajo.

—Las once y media, señorita.

—Genial, muchas gracias.

—Nada. Usted es la de la 704, ¿no? —me pregunta tirando las sábanas al carro.

—Sí.

—Me lo imaginaba. No se preocupe, haré esa habitación la última.

—Se lo agradezco. —Me escondo de nuevo dentro de la 704.

Me quito el albornoz y me meto en la ducha. Mientras presiono el bote de gel que hay junto al toallero, recapitulo todo lo que tengo que hacer a partir de ese momento. Para empezar, volver a casa y cargar el teléfono para enviar un e-mail con el que justificar mi ausencia en el trabajo. Me visto con el pelo empapado y salgo de la habitación dejando un reguero de gotas por la moqueta hasta la puerta, donde coloco el cartel que indica que ya se puede pasar a limpiar la habitación. Bajo a recepción y me acerco al mostrador para pagar la estancia. Cien euros, precio especial por cliente habitual, y, con la vergüenza acumulada en el rostro ante la mirada de evidente enjuiciamiento del personal, salgo corriendo de aquel sitio.

Cuando atravieso la puerta de casa, parece que he sido perseguida por una jauría de lobos. Voy directa al dormitorio, cojo el

cargador del móvil y me dirijo a la cocina. Desenchufo la cafetera y pongo el móvil a cargar. Sentada en la encimera, y esperando a que el dispositivo reviva, trato de encenderme un cigarro. Me tiemblan tanto las manos que casi no puedo controlar el mechero. La pantalla del teléfono se ilumina por fin. Con los dedos temblorosos, busco la plantilla que tenemos en la empresa para motivos médicos y la envío. Quince minutos y media pitillera después, me llega la notificación que más me preocupa en ese momento: «Recibido, Penélope. Esperamos que te recuperes pronto».

Respiro, aliviada, y aprovecho para revisar si tengo algún mensaje o llamada perdida. Nada. Balanceo las piernas mientras apago el cigarro en la encimera y me impulso para bajar. Hasta ahora había creído que solo era esa mujer que había inventado, Roma, la que no tenía que dar explicaciones; pero me doy cuenta de que cuando soy Penélope, como estoy tremendamente sola, tampoco tengo que darlas.

Pimienta negra molida

Llevo veinte minutos parada frente a las baldas de platos preparados del supermercado. Si me hicieran un análisis de sangre en este momento de mi vida reventaría los medidores de triglicéridos y GGT por ser una borracha de mierda; pero probablemente también se revelarían los cientos de lasañas preparadas con las que llevo varios meses alimentándome. Valor nutricional, cero. Y aunque parezca mentira, se necesita bastante energía calórica para improvisar no solo que se ha derrumbado mi vida, sino que he decidido dar un giro radical de los acontecimientos, alcoholizándome y follándome a medio Madrid.

Después de Leo ha habido más. De uno ni recuerdo el nombre, el otro creo que se llamaba Daniel. Y digo que creo que se llamaba así porque entre las lagunas de amnesia que me produce el alcohol juraría que se presentó diciendo que era «Daniel; como Daniel, el Travieso». Cualquier persona con dos dedos de frente no se habría acostado con alguien que se presenta así, pero llegados a este punto el nivel de exigencia es bajo.

Luego hubo otro que sí recuerdo, pero preferiría haber olvidado, un tal Julen, un chavalín con unos dieciocho años ingenuos y deliciosos, que pensó que iba a probar la experiencia MILF y acabó follándose a una desquiciada. Me lo llevé al Hotel Grand Fiesta Americana. Estaba frente a mí, en la cama, y me embestía como si buscara equilibrar la diferencia de edad y quisiera reivindicar el saldo de su masculinidad a través de la fuerza. Yo había rodeado su estrecho torso con las piernas y él se inclinó hacia mí para ejercer

presión con su mano en mi cuello. Lo entendí, quería someterme. En cada embestida, en esa penetración violenta, sentí el dolor intensificándose en mi vagina. Supe que iba a correrse cuando noté que la presión sobre mi garganta iba aumentando y que en esa leve asfixia me costaba respirar. Se corrió sobre mis muslos y se tiró encima de mí, abrazándome como un crío. Lo abracé a pesar de sentir que mi propio cuerpo rechazaba, todavía dolorido, al que lo había violentado. Y acariciando su espalda, comencé a llorar desconsolada. Aquello no eran lágrimas, era un desgarro gutural de mi corazón, de mi cuerpo. El chico se irguió y salió de la cama, tropezándose con las sábanas. Vi cómo buscaba, nervioso, su ropa en el suelo. La habitación comenzó a dar vueltas a mi alrededor y tuve que virar hacia un lado de la cama para vomitar, todavía sollozando, en una de las copas de vino que habíamos dejado en la mesilla. El pobre salió corriendo de la habitación despavorido. Y yo me quedé dormida con el brazo colgando fuera de la cama, el cérvix destrozado y los restos de mi estómago junto a la lamparita de lectura.

¿Como otra lasaña o me atrevo con la pasta a la carbonara? Me inclino hacia la lasaña. Cojo el cartón y lo meto en la cesta junto a un par de botellas de vino. A la hora de pasar por caja me encuentro con la misma dependienta que me ve todos los días ir a comprar lo mismo. Ya ni me mira a los ojos. Pasa por el escáner los productos y gira el datáfono para que pague. Ella ha sido testigo de cómo mis compras han pasado de las judías verdes, las alcachofas frescas y el rodaballo a los congelados y el vino tinto de un euro.

Sonrío mientras salgo del supermercado con las botellas bajo el brazo y mi lasaña en la otra mano, pensando en esos observadores

involuntarios con los que nos cruzamos con cierta periodicidad en nuestras rutinas. Probablemente si aquella mujer de la caja y yo nos sentáramos tendríamos más en común de lo que parece. Nunca lo sabremos.

Me vibra el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Es Fiama.

—Por fin me coges el teléfono.

—Lo siento, Fi, he estado un poco liada —respondo al percibir que está molesta.

—No estoy enfadada, Penélope, estoy preocupada. Te he escrito cien veces. ¿Tanto te cuesta responderme? —Noto que trata de calmarse a sí misma en la breve pausa que toma antes de seguir hablando—. ¿Es por Galo? ¿Cómo van las cosas?

—Bien, mucho mejor, sí… Creo que, simplemente, a veces no nos entendemos, pero ya hemos pasado el bache.

—Qué bien, Pe, cuánto me alegro. Soy un alma libre, pero, a veces, me das una envidia tremenda. Tiene que ser increíble tener a alguien que te espera todos los días en casa.

—Sí, bueno, también tiene sus cosas; como todo en esta vida —le sugiero.

—Oye, yo quería también hablar contigo porque me siento un poco mal por la última vez que nos vimos y animarte a beber de nuevo. Pero, bueno, estás bien, ¿no?

—Estoy perfectamente. No te preocupes —miento—. De hecho, me apetece que repitamos una noche así.

—Pues, ahora que lo dices, quiero ir mañana a un concierto y no consigo sobornar a nadie para que me acompañe. Te mando todo en un mensaje, que me tengo que ir pitando.

—Genial.

—Pe… —Escucho a Fiama suspirar al otro lado—. Te quiero mucho, ¿vale? Pero no vuelvas a desaparecer.

—Yo también te quiero, Fi. —Ambas damos por terminada la llamada y colgamos.

A los diez minutos me manda la ubicación del sitio y al día siguiente quedamos en un garito cercano a la sala donde va a ser el concierto para tomarnos algo y ponernos al día. Bueno, más bien para que Fiama me cuente qué hacemos ahí. Yo no estoy del todo preparada para compartir mi caos existencial.

Básicamente mi amiga se ha pasado las últimas semanas olisqueando el perfil en redes sociales del cantante de un grupo al que ha llegado cotilleando a uno de su trabajo. Es hermano, primo o algo de eso de un tal Pablo, que, para ella, es «el de finanzas». Es tal su función de ejercer de puente que ni siquiera lo llama por su nombre. Otro pobre engañado que se piensa que es él el eje de interés que ha creado mi amiga durante los últimos días. Después de a saber cuántos cafés, Fiama se autoinvitó al concierto del grupo en cuestión y, cómo no, necesitaba una excusa de cara «al de finanzas» para que encima pareciese que es ella quien le hacía el favor yendo.

Al principio me pido un agua con gas para no levantar la liebre, pero, tras escuchar la historia (y pronosticando una noche complicada), acabo por pedirme una copa de vino de la casa.

—Entonces… ¿has vuelto a beber? —me pregunta Fiama.

—Bueno, de vez en cuando. Después de quedar contigo estuve pensándolo y me di cuenta de que tenías razón. No puedo demonizar el alcohol de esa manera, así no voy a salvar a mi padre.

—Ah, mira, genial. Eso también significa entonces que vas colocando un poco a tu padre en un lugar mejor dentro de tu

cabecita, ¿no?

—Más o menos, sí.

—¿Y Galo qué dice sobre el cambio?

—¿Galo? Galo está encantado de que por fin le acompañe cuando abre una de esas botellas que se compra —respondo y le doy un trago a la copa.

Fiama se da cuenta de que está a punto de comenzar el concierto. Cuando llegamos a la sala, hay veinte personas. Juro que he visto clases de primaria con más aforo. Noto cómo el éxtasis se apaga un poco en ella cuando bajamos la escalera y entramos en la sala subterránea. Casi se puede respirar la humedad encerrada por los siglos de sudor de bandas como esa, que se dejan la piel para actuar delante de sus amigos de toda la vida y, como mucho, delante de algún engañado por el camino, como nosotras.

Yendo hacia la barra nos fijamos en que el suelo está tan pegajoso que las suelas de los zapatos se quedan engomadas al pavimento. Pedimos un par de cervezas y nos miramos.

—No digas nada —dice Fiama, riendo.

Yo también me echo a reír, negando con la cabeza. Estoy yo como para juzgar. No obstante, cuando el cantante sale al escenario, entiendo qué hacemos ahí. Hasta yo me excito con sus movimientos de *frontman* a medio pulir. La música, eso sí, no tiene ni medio pase. A mitad de concierto se acerca «el de finanzas» y abraza a Fiama con una ilusión que, de la pena, me dan ganas de darle yo un abrazo a él. Cuatro cervezas después nos pasa al «camerino», que, básicamente, es un baño en el que caben, como muchísimo, diez personas contando con nosotras.

Las otras ocho personas restantes se van presentando. La mayoría de ellos son tíos con cadenas colgando de sus pitillos negros deshilachados. «Hola, soy Guille». Mua, mua. «Yo soy Fran, encantado». Mua, mua. «Soy Marcos». Más mua, mua. Yo sigo ahí repartiendo besos como si fuera aquello la recepción del rey, cuando observo cómo Fiama repta hasta el cantante, así que obvio mi propia presentación y la meto en el cajón de desechos de mi cerebro junto a los otros ocho nombres que acabo de escuchar. Ese es el pacto de muchos eventos: te presentas sabiendo que nadie va a recordar cómo te llamas y, lo que es mejor, tampoco les importa. Es cierto que las cervezas anteriores, y las copas de vino que me he tomado antes de salir de casa para calmar los nervios, no ayudan al ejercicio de memoria.

Me giro, dispuesta a salir al mundo exterior antes de que se acabe el oxígeno en ese cuartucho, cuando alguien me detiene para presentarme a un tipo. Lo miro. No sé descifrar su edad. Podría tener veinte años, o treinta, o cuarenta y cualquiera de las respuestas podrían encajar con el rostro que tengo enfrente. Reparo en que le asoma un tatuaje entre los brotes deshilachados de las bermudas. Bermudas, esa prenda que debería prohibirse si hay una revisión del Código Civil.

Cuando me coloca la mano en la cintura para presentarse, siento un peso repentino e inesperado sobre mi cuerpo que, al apartarse, asumo que proviene de sus anillos. He visto bases de estructuras arquitectónicas más livianas que las cuatro calaveras de acero que lleva el hombre sin edad en los dedos. Por cierto, todas iguales. Inconscientemente busco el pendiente con una cruz, barra aro, barra

pluma (con una turquesa en el mejor de los casos) y respiro aliviada al no encontrar ninguno.

«Hoy no es el día. Está Fiama. Hoy eres Penélope, no Roma», me recuerdo a mí misma. Y ese pensamiento me hace alejarme de la forma más educada posible y redirigir mi atención hacia la nevera. Cojo otra cerveza y busco un abridor entre los platos de plástico con restos de lo que parece haber sido una tortilla de patata. Al no encontrarlo, trato de resucitar uno de mis talentos secretos, el de destapar tercios con los dientes. Cuando siento que estoy a punto de perder una muela, noto la descompresión de la chapa.

Le doy un trago a la cerveza mientras busco a Fiama. Ha conseguido quedarse a solas con el cantante, que, sin quererlo, está dejando patente el nerviosismo de no saber responder a la intimidad de una mujer como mi amiga. El encuentro entre ambos me está resultando hasta tierno, por eso calculo que en menos de una hora estaremos de vuelta en casa. La ternura es delicada, pero no sexy. Mientras apuro mi cerveza, al otro lado del camerino, el cantante está siendo incapaz de controlar su éxtasis, verbalizándose inconscientemente a través de gestos. Y al retirarse el flequillo de metro y medio… Bum. Deja al descubierto una cara recién salida de la fábrica de la pubertad. Ese chico no llega a los veinte. Pubertad mal estrenada por tardía, seborreica, hormonal e imberbe. Veo la sorpresa en la mirada de Fiama, que finge seguir manteniendo el interés.

—¡Chavales! Venga, hay que ir desalojando. —Un hombre nos grita a todos desde la puerta. Yo quiero besarle los pies por ayudarme a salir de ahí.

Me reencuentro con Fiama y salimos a la calle. Pedimos un taxi todavía debatiéndonos si debemos seguir o no con la comparsa, que, por lo visto, continúa en el piso de uno de ellos.

—Estamos ya un poco mayores para ir a una fiesta en un piso de chavalines, ¿no? —dice Fiama.

—La última vez que yo fui a una fiesta así, estábamos todavía en la universidad…

—¡No jodas! —Ríe mi amiga mientras me da un golpe en el brazo bromeando.

—Fiama, yo ya soy una señora.

Mi amiga se ha quedado en silencio mirando por la ventana.

—¿En qué piensas?

—¿Sabes cuando vas a una habitación a por algo y al llegar olvidas por completo qué haces ahí? Resulta que el cerebro improvisa una respuesta y acabas cogiendo otra cosa, aunque no tenga nada que ver con la primera. —Enciende la luz del asiento trasero del taxi para retocarse el pintalabios con el móvil.

—Y qué me quieres decir con eso.

—Que yo venía a por un hombre y voy a terminar con un crío, pero quién soy yo para llevarle la contraria a mi cerebro.

Bajo la mirada recordando que eso mismo pensé yo en Mexicana hacía unos días al conocer a Julen, pero no digo nada. Y así, sin cruzar entre nosotras una palabra y con la emisora Fiesta FM de fondo, nos presentamos en el portal de la calle Espíritu Santo, 33.

La música sale a la calle desde el balcón del primer piso. La puerta del edificio está abierta y la gente se agolpa en la escalera del inmueble. Fiama y yo nos hacemos un hueco entre la gente para llegar al ascensor.

—Podéis subir andando, es en el primero —nos dice un chico que está apoyado en la escalera.

—Gracias, pero tengo ya una edad para subir dos escalones —le replico.

Fiama suelta una carcajada y aprovecha para abrir la puerta del ascensor. Una vez dentro, me miro en el espejo bajo la luz halógena. La verdadera llamada de humildad la da siempre la luz de los putos ascensores. Aun así, como ya siento el efecto del alcohol, no me afecta ver cómo mi piel parece haber absorbido casi todo el maquillaje.

Salimos al rellano, donde hay todavía más gente. «Qué cabrones —pienso—, ya podrían haber ido todos estos al concierto a animar a esos pobres chavales». «Necesito una copa», piensa Roma. Hace rato que estoy tratando de retenerla, sobre todo para no mostrarla delante de Fiama, pero la realidad es que el alcohol está complicándolo todo. Entramos en la casa. La cocina es el salón, que al mismo tiempo es el dormitorio, y la gente se está dispersando por el suelo en una especie de comuna setentera.

—Amiga, ahora vuelvo —me dice Fiama al oído.

—Claro, no te preocupes. —Busco con la mirada dónde puedo servirme una copa.

Veo, en la cocina, unas bolsas de plástico e intuyo que es ahí. Me acerco y, dentro de una de ellas, hay una botella de vodka. Hasta ese momento solo he bebido alcohol destilado en el bloody mary de Mexicana, pero me parece peor opción la de continuar en esa fiesta sin una gota. De lo que sea. Busco, sin éxito, en los armarios algo en lo que servirme. Solo hay un vaso, que parece usado, junto a la vitrocerámica. Lo cojo y derramo ahí el vodka.

Considero una buena salida de emergencia dirigirme al balcón que hay al final de la casa. El piso debe de tener treinta metros cuadrados, no tiene que ser difícil volver a encontrar a Fiama. Una vez ahí, y apoyada sobre la barandilla, observo mi vaso de plástico de litro y medio con vodka, sin hielo, probablemente sin higiene y sin gracia; a palo seco. «Para lo que hemos quedado —pienso—, bebiendo en los mismos vasos con los que hacía botellón de adolescente en un piso indigente con personas de edad inexacta». Levanto la mirada. Desde aquí se puede advertir San Vicente Ferrer, el terreno de enfrente es un aparcamiento. La ciudad titila en cada una de las ventanas de Malasaña que rodean el balcón desde el que yo miro. Siento esta ciudad como una galaxia conocida que noto como propia. Pienso que Madrid es mi verdadera amante. Al menos es la que conoce todos mis secretos.

En ese momento una sombra se acerca y se coloca junto a mí. Al encenderse un porro, y gracias a la combustión, da a conocer su rostro. Atractivo, treinta y pocos, tatuajes solapándose unos con otros en unos brazos que deben de haber requerido su esfuerzo para ser tan fornidos. Inspira y, mientras deja soltar el humo poco a poco, me mira.

—¿Tú y yo hemos follado? —salta.

Descarado. Eso me gusta.

—Te aseguro que, si hubiéramos follado, te acordarías —respondo. Aunque esa desvergüenza es más propia de Roma.

Él me sonríe y me ofrece una calada que acepto, aunque no recuerdo la última vez que fumé hierba. Quizá en la época del Mate, para ganar tiempo en lo que el resto se pensaba que estábamos

liándonos por algún lugar del parque durante el reinado de los botellones con vasos como el de esa noche.

Nos quedamos en silencio. Roma está disfrutando del humo que me inunda la tráquea; yo tengo pánico a que me dé un amarillo. Roma quiere acostarse con el hombre que acaba de conocer, ya se ha dado por invitada. Yo pienso que no es interés, sino aburrimiento, que ya ha dejado de mirarme. Ambas queremos otra copa. Roma se da la vuelta, roza intencionadamente mi cadera con el antebrazo tatuado. Él me sonríe, elevando la cabeza para dejar al descubierto sus ojos. Lo sé al instante, a ese hombre le han roto el corazón. Y esa mirada llena de tiempo y canciones tristes hace que sienta una conexión especial con ese extraño que acabo de conocer. Por eso, aunque me muero por otra copa, me quedo a su lado.

—¿Cómo has terminado aquí? —me pregunta como si aquello fuera un reencuentro.

—Si eso es una nueva forma de decir «qué hace una chica como tú en un sitio como este», dímelo y así te puedo filtrar ya desde el principio —le desafío.

—Tranquila, tigresa, no afiles todavía los dientes —contraataca él.

—Tranquilo, corderillo, hoy no es día de caza —respondo sin poder evitar que vuelva a hacerlo Roma.

En esa fiesta está Fiama. Tengo que parar, tengo que disimular. Alguien decide subir el volumen. Nos quedamos de nuevo en silencio hasta que Fiama aparece con suministro extra, que agradezco más de lo que mi amiga es consciente. Me deja la copa en las manos, me da un beso en la mejilla y desaparece de nuevo entre la gente bailando. Le ofrezco el vaso a mi compañero de lo que sea que está

ocurriendo en ese momento. Él bebe de la copa y se gira hacia mí. Nos atraemos, ambos lo sabemos.

—Soy Luca —me dice muy cerca para que pueda oírle.

¿Quién soy yo esta noche? Yo soy una mujer herida, Roma es una mujer cansada de que le hagan daño. La primera no consigue cerrar la herida, la segunda escupe sobre la sangre porque la estimulación a veces no solo alivia, sana. Decido no presentarme; por algún tipo de motivo el juego ahí no funciona.

Pero sí paso toda la noche hablando con él. Hablamos de fe, y yo comparto los anclajes de mi infancia, la posterior huida. Hablamos de amor, de esa barca perdida. Hablamos de música, y cantamos algunas de las canciones que se cuelan desde dentro de la casa. Hablamos de arte, o él habla de arte, y yo me limito a sentirme atraída. Hablamos y hablamos y hablamos guiados por el alcohol y empleando la conversación como coartada para rozar las mejillas y sentirnos cerca. Cada vez que alguno de los dos interviene, nos acercamos deliberadamente al oído del otro para olernos, para que nuestros labios rocen la mejilla, el oído, la mandíbula del otro.

Roma quiere besarlo. Yo quiero besarlo. Y, sin embargo, a pesar del desencadenamiento del alcohol y de la madrugada, ninguna de las dos lo hacemos. Y ese beso, que se queda ahí estancado en la boca, pesa más en mis labios que en los de Roma. Ambas lo sabemos, por mucho que hace tiempo que ese *alter ego* haya querido ser viuda negra para huir de mí misma, de la triste Penélope.

La fiesta parece estar acabando cuando alguien, que se me antoja un acompañante símil a Fiama en masculino, viene en busca de Luca. Él coge el casco de su moto, se arrima a mí para regalarme un

beso en la mejilla y se despide. Yo no quiero que esa noche se termine, pero no lo digo. Y Roma, sin saber por qué, tampoco.

Me quedo sola. De fondo suena una canción que me recuerda a una de Dylan que solía cantarle a un pibe al que quise besar una vez con veintialgo, y al que no solo no llegué a besar, sino que tampoco volví a llamarlo porque me había gustado demasiado. Bebía calimocho con mucho hielo, no era de fiar; pero me hacía reír, aunque tampoco supe nunca por qué. Quizá era su torpeza, esa pérdida de control que yo presentía en él cuando estábamos cerca. Estuve enamorada de él, lo tengo claro. ¿Por qué, si no, me iba a seguir acordando de alguien que ya forma parte del pasado? Desde luego que fue una de esas personas que vives y se te quedan estancadas en el hipotálamo.

Hay algo mágico en los besos, y mucho más en los que no se dan. Roma tienta y existe desde el sexo, pero yo tengo debilidad por los besos, los besos lentos, los trabalenguas, los húmedos, los pudorosos, los besos que no se dan, los que se imaginan, los besos en la esquina de la comisura. Los besos, esa locura, mi filia, filosofía y fiesta.

Me fumo un cigarro mirando a la calle atestada de jóvenes que beben y se ríen sin darse cuenta de que muchas de sus vivencias marcarán su futuro emocional, y que no necesariamente será por lo que vayan a vivir, también por todo aquello a lo que renunciarán. Roma los observa como si fueran hámsteres reaccionando a experimentos sociológicos, completamente ajena a lo que yo estoy pensando.

Yo pienso qué habrá sido de aquel chaval y cómo me habría gustado besarlo. También que ya tengo otro beso que añadir a la

factura impagable de los besos no dados.

Hielo

Escucho el sonido de la lluvia marcando su propio tempo en la ventana de la 704. Es de noche y no he encendido ninguna lámpara. Me gusta quedarme en la penumbra, sin luz no existen los espejos. No puedo cerrar los ojos porque estoy mareada. Navego en el movimiento pendular de la cama mecido por la borrachera. El abandono del último hombre que ha pasado por esta habitación y que se ha marchado hace escasos minutos me hace recordarme como Penélope. Todavía me sabe la boca a vodka, vino y saliva; lo que me hace sentir también como Roma.

Las manchas en las sábanas me llevan al tejido veraniego pringado de helado de vainilla de mi infancia, salvo que esta vez hablan desde el pudor ya devastado. Identifico ese olor animal en el ambiente, por lo que decido abrir la ventana con el riesgo de que entre la lluvia y con ella algún mirón accidental me descubra, una vez más, atrincherada en el borde de la cama. Estoy desnuda y mis pezones son los únicos que todavía no se han dado por satisfechos. Los momentos posteriores siempre son los peores, cuando me reencuentro conmigo misma en el vacío del silencio que va después del sonido de la puerta cerrándose.

Me quedo ahí, quieta, como esperando a que alguien recoja mi cuerpo y lo vuelva a alinear con mi alma. De nuevo me he utilizado a mí misma como instrumento para intentar rellenar los huecos. Me viene a la memoria entonces aquel fogonazo del pasado que explosiona de tanto en tanto: mi padre se levanta del sofá, lo veo acercarse desde la puerta. Como si viniera de una larga caminata,

necesita apoyarse en el respaldo de una de las sillas para reponerse. Tiene la respiración entrecortada. Se desabrocha el pantalón y empieza a masturbarse.

Esa fue la primera vez que vi una polla. Tenía siete años. Yo sentí cómo algo se me rompía dentro, pero para Roma fue como uno de esos vídeos de YouTube en los que los orangutanes de un zoo se la pelan delante de los visitantes.

Por eso me gusta Roma. Yo soy débil, estúpida e insegura. Cuando soy esa mujer, y me reinvento en esa otra vida, soy fuerte, invencible e impermeable. A ella sí le gusta su trabajo, porque yo odio el mío, y por eso cuento que acaba de volver a Madrid después de pasar varios años trabajando en Buenos Aires. Roma es escritora y ahora mismo está volcada por completo en la investigación y el análisis de la correspondencia entre dos amantes en el siglo XIX que nunca se habían visto y que, cuando por fin decidieron organizar el encuentro en el que acabarían por sucumbir a sus pasiones, resultaron ser hermanos. Todo empezó cuando leyó un artículo en algún medio de tercera sobre un asunto similar y le pareció lo suficientemente interesante como para pagar la versión prémium del periódico en cuestión y poder acceder así a la pieza completa. Como era de esperar, nunca más ha vuelto a utilizarlo. Espera que algún becario se haya beneficiado de su donación. Su trabajo le sirve para estirar la última copa por la flexibilidad de los horarios, pero también como excusa para trazar las huidas más elegantes. Simplemente dice que al día siguiente tiene que visitar un lugar clave de su investigación. Ellos asienten, fingiéndose comprensivos y todavía más atraídos por la mística que tiene el *alter ego*. Roma tiene algo que yo nunca tuve, confianza en sí misma.

Por eso mira a los ojos directamente, rasga los suyos, mientras ladea la cabeza, para encuadrar al que corresponde en el plano perfecto de la película que se ha montado. Fellini estaría orgulloso de Roma. Roma tiene algo de Guido, aunque también otro poco de *femme fatale* de los años cincuenta. Roma elige siempre vino de la añada del 82 y se inspiró en *El crepúsculo de los dioses* para crearse. Y en quien soy yo con cinco copas.

Roma bebe bloody mary muy picante. Le gusta jugar con el hielo serpenteándolo con la lengua y después lo saliva de nuevo hasta su vaso, lo hace chocar con el cristal porque para ella el hielo y el cristal son prácticamente lo mismo. Los dos cortan. Roma tiene buen gusto, pero muy poco tacto; por eso no suele preguntar por los aspectos sentimentales o desconecta cuando el discurso, pasada la medianoche y movido por a saber qué sustancias, es inevitable.

Esos pobres diablos son siempre los peores. Revisan el móvil de tanto en tanto para dar señales de vida en su casa, aunque desde el primer minuto están pensando cómo van a montarla. Después lloriquean por la vida matrimonial que han perdido ensalzando a su mujer porque «es maravillosa, cariñosa, es tan buena persona…». Y cuando menos se lo espera, la acompañan en el camino al baño para ver si, con suerte, pueden convertirlo en su establo.

Roma a veces me recuerda a Penélope, o yo me recuerdo a mí misma, en momentos como este cuando me quedo sentada al borde de la cama del Hotel Grand Fiesta Americana y lucho contra mi cuerpo y mi voluntad por levantarme y fingir volver a ser yo misma durante unas horas para regresar a casa o a la oficina, mientras los del servicio de habitaciones aporrean la puerta para que abandone la

estancia en hora. A veces creo que lo hacen por compasión, ya me conocen.

Roma me odia porque es lo más cercano a la conciencia que conoce. Roma es una invención, las invenciones ni piensan ni sienten. Lo que es mejor todavía, las invenciones no tienen que pedir perdón.

Roma se vuelca en las noches porque no hay expectativas que la amordacen. Nadie sabe quién es, nadie espera nada de ella. Ve cómo los hombres se agazapan a su alrededor y lamen las copas como pobres cachorros destetados. Le produce ternura y rabia arrebatarles esa falsa inocencia (sorprende lo infantil que puede llegar a ser un hombre guiado por el deseo), esa vuelta al principio básico animal.

No le importa ceder la intimidad de las sábanas a cualquiera, no le importa que la juzguen o que la desprecien, que confundan su nombre. Roma no tiene ego porque es un truco de magia que, por mucho que sorprenda, no existe.

A veces creo que Roma es un producto que creé para salvarme, como Rea llevando al bebé Zeus a Creta para salvarlo. Luego el tipo se convirtió en dios de dioses. Yo no pido tanto, solo poder ser feliz.

Apio

Hago una lista con los nombres de los hombres con los que me he acostado dos semanas después de aquella noche, cuando, en un momento de lucidez, reparo en que me tendría que haber bajado la regla hace más de quince días. Estoy en la habitación del Grand Fiesta Americana. Me he despertado sobre las siete de la mañana, como siempre que paso la noche ahí entre semana, para que me dé tiempo a tomarme un café de la máquina que hay en el minibar antes de salir hacia la oficina. He conseguido dormir sola. Últimamente me estorba que algunos quieran quedarse a pasar la noche, así que los invito, una vez terminado el coito, a que se vayan a su casa.

Sentada en una pequeña butaca que hay junto a las cortinas de la ventana, cojo el móvil y reviso rápidamente el correo electrónico. Compruebo cuál es la fecha límite para entregar uno de los informes que me han pedido en el trabajo. Es al abrir el calendario del móvil cuando me atraviesa el pensamiento. Acto seguido, y sintiendo cómo va ahogándome la posibilidad, accedo a la aplicación en la que registro mis periodos con la esperanza de que haya dejado constancia en un momento de borrachera y no me esté acordando. Pero no es así. Lo que ocurre es que, al abrirla, me alerta de que llevo un retraso de quince días. Me quedo con la mirada clavada en el móvil, incapaz de poder creer que aquello me esté pasando.

Busco el bolso, que dejé tirado en el suelo al llegar por la noche. Me arrodillo y tiro todo su interior sobre la moqueta para encontrar así de forma más rápida el neceser que siempre llevo para guardar

las pastillas anticonceptivas. Al abrirlo, y coger el blíster, me doy cuenta de que he olvidado tomarla varios días.

Dejo todo esparcido, me arrastro hasta el escritorio para coger el lapicero y el pequeño bloc de notas que hay siempre en la habitación y me siento de nuevo en la butaca. Con nitidez, solo recuerdo a Martín, por ser el primero y porque ninguno de los que vinieron después me trataron como lo hizo él. A Leo porque fue poco después, al siguiente no le pongo nombre, después el tal «Daniel el Travieso», a Julen porque me dejó un dolor vaginal que me acompañó en las dos relaciones sexuales siguientes, que fueron con… No consigo acordarme de los nombres, lo que me parece casi una orden de justicia universal. Ninguno de ellos sabe tampoco el mío. A mí me llaman, algunos con ternura, otros susurrantes y otros demandantes, Roma. El de esta noche se llama Mario, de eso estoy segura. No es que haya sido extraordinario, simplemente le salva del olvido que sea el más reciente.

Con los cinco nombres y tres interrogaciones escritas en el pequeño papel, reparo en que tampoco podría asegurar con exactitud cuántas veces he estado en aquella habitación. Recurro al historial de mi cuenta bancaria para deducir cuántos cargos hay del hotel en la tarjeta de crédito. En total puedo contar doce, por lo que he acudido en doce ocasiones con doce hombres distintos de los cuales solo recuerdo el nombre de cinco.

Dejo caer el lapicero al suelo, encojo las piernas sobre la butaca y apoyo la cabeza en la ventana. El frío del vidrio busca despertarme las sienes, pero una especie de parálisis se ha apoderado de mi cuerpo. Miro la estancia. Pido siempre que la habitación sea esta, en la última planta del edificio. Me da confianza saber que mi rastro, si

lo buscaran, se podría recopilar en un único sitio. Yo estoy ahí, en todos los rincones de esta estúpida habitación. Mi ADN, mi sangre, mi flujo vaginal, mi saliva, incluso algún resto fósil incrustado con la cal del agua de alguna de mis vomitonas está en esas sábanas, en la papelera metálica del baño, en las paredes, en la ducha, en cada uno de los tornillos del desagüe del lavabo, en la moqueta, en el espejo de la entrada, en el marco del cuadro que quería convertir la estancia en señorial, pero la sentenciaba como rancia, en las perchas antirrobos, en la mesilla y en las luces de lectura, en el secador de mierda de mínima potencia que no le podría secar el pelo ni a un chihuahua, en el espejo de aumento…

Detengo la mirada en la cama deshecha. Parece que la pulcritud de la blancura de las sábanas oculta mis pecados y puede así justificar el olvido. Noto una aflicción inmensa encadenándose en mis costillas cuando me doy cuenta de que estoy sentada en una butaca junto a la ventana como tantas veces vi a mi padre. Esclavizada, como lo está él, por el vicio, los secretos y el alcohol. Imagino que lo llamo para contarle que me he convertido en su peor versión. Y aunque siento rabia por haberme implantado ese demonio en mi infancia, también soy consciente de que si lo que busco es volcar el odio en un posible culpable, este no es mi padre, sino yo misma.

Sentada en esa butaca, y cubierta únicamente por mi ropa interior, me percato de que Roma no tiene memoria porque yo no quiero que la tenga. Tampoco tengo muy claro si la conciencia se purga con la confesión. Quizá la confesión es otra herencia histórica con la que justificar la antigua creencia de que, para expiar los errores, es imperativo pasar por los tres calvarios: la vergüenza, la humillación y

la deshonra. Para mí el peor castigo no es ninguno de ellos, sino perder lo amado. Pero, claro, yo ya no tengo nada que perder.

Por eso Roma es la consecuencia, no la culpable. Roma es la secuela de meses vaciando botellas hasta perder la noción de mí misma. Al comienzo fue para tratar de conciliar el sueño y calmar la ansiedad, pero el aire se fue tornando irrespirable si no había una copa cerca. Roma es consciente de que es alcohólica, y yo admito entonces haberme convertido en la caricatura de mi padre.

Lo que empieza como una venganza inconsciente guiada por la desinhibición que me provoca el alcohol se ha convertido en el látigo con el que se autoflagela el penitente. He hecho todo lo que me ha ido dictando el instinto, he vuelto a apreciar la aceptación del erotismo de mi cuerpo. Lo que dudo es a qué precio.

Podría tratar de justificarme desde una tristeza tan honda que ya se ha convertido en muda y silenciosa. Y Roma, si alguna vez ha podido sentir algo, ha sido alguna madrugada, al mirarse al espejo y encontrarse al otro lado a una Penélope completamente desgraciada a la que mutilaron el propósito de su destino.

—Podrán decir de ti que fuiste una mujer con muchas noches solitarias. Y con eso podrán llegar a comprender muchas de las cosas que hiciste —me susurra a veces Roma; me digo a mí misma.

Porque yo sé la verdad, aunque mi vida se haya convertido en ocultar a ese *alter ego*, a esa gran mentira que es Roma, que soy yo misma. Aun así no puedo ser del todo honesta con todo lo que ha ocurrido si quisiera contarle a alguien lo que ha sucedido durante estos meses. Todo forma parte de una nebulosa dipsomaniaca, como si hubiera vivido en un sueño durante días y, al despertar, solo pudiera recordar fogonazos desconectados y absurdos, pero también

otros lo suficientemente inquietantes para sobrevivir a la fase de lucidez de mi mente.

Lo que recuerdo, lo poco que recuerdo, ya es suficiente para saber que hace tiempo que he dejado de ser yo misma.

—Si hay algo peor que un animal herido, es una mujer herida —me dice Roma como consuelo; me digo a mí misma.

¿Y si he sido hasta entonces una versión maniatada y cohibida de mí misma y es Roma mi verdadero yo? Yo en mi más estricta pureza, sin manipular, sin adaptarse, pura droga sin cortar…

Me levanto de la butaca y me dirijo al cuarto de baño. Me desnudo frente al espejo y palpo, temblorosa y asustada, mi vientre. Aunque ha sido Roma la que ha buscado inundarse del olor corporal de varios hombres, soy yo quien puede estar embarazada. Me meto en la ducha y busco insonorizar el ruido de mi cabeza bajo el agua. Es ahí, bajo el agua ardiendo, donde trato de enjuagarme no sé si la culpa, el resquemor, el odio o el pasado. Descargo la rabia de mis errores lijándome la piel con la esponja del hotel. Llegados a ese punto, en las breves ocasiones de sobriedad, la realidad es que me odio. Me doy asco a mí misma. Me gusta sentir que la piel se enrojece al contacto, respirar entre el oxígeno acaparado por el vaho y perderme en esa nebulosa de calor hasta percibir cómo las piernas empiezan a cargarse. Todos los días me pregunto por qué lo hago, por qué lo sigo haciendo. Enumero los puntos positivos, me reprocho los puntos en contra. ¿Es por rabia? ¿Por placer? O quizá porque un aullido del pasado viene dictando mi destino. Aún puedo parar.

Recuerdo a Julen huyendo y al hombre que trató de abusar de mí en el baño de Mexicana. Pienso que incluso si aquel tío me hubiera violado hasta hacerme sangrar, como la regla que estoy esperando,

me lo hubiera merecido. Soy yo, porque yo soy Roma, la jodida Roma (y no puedo seguir engañándome), la que permite que abusen de mí. Ninguna de las partes de la piel que quiero arrancarme me pertenecen ya. Son de todos aquellos que, con o sin nombre, han atropellado mi cuerpo a veces inerte e inconsciente. Ese cuerpo que, noche tras noche, busca morir en la cama del Hotel Grand Fiesta Americana.

Salsa de tabasco picante

El universo, caprichoso, quiere que Roma se enfrente de nuevo a la única boca que se le ha resistido en todo este tiempo. La vida, sabia, permite que yo me reencuentre con ese extraño con el que, por algún motivo, no quise fingir. Sin tanta poética, Fiama no para de repetirme lo divertida que estoy últimamente, completamente ajena al enredo vital en el que vivo atrapada. Aprendo a disimular cada vez mejor. En cualquier caso, las dos acabamos por reemprender la marcha hacia la sala mugrienta de conciertos.

Sótano, olor a sudor, paredes pintadas de negro y probablemente camposanto de la movida madrileña. Nos ubicamos de nuevo, ¿no? Fiama se pierde entre la gente nada más llegar para buscar al joven que nos hizo ir ahí la primera vez y yo me dirijo hacia la barra. Un poco lo de siempre.

—Perdona, ¿tienes zumo de tomate? —le pregunto al camarero.

El hombre con cara de Fito (el de Fito y Fitipaldis, no Páez, que no se confunda la imaginación) niega con la cabeza. Se podría subtitular un claro «puta snob» en su gesto. «Ni que hubiera pedido un Moscow Mule, joder», pienso. Con el intento frustrado de hacerme mi propio bloody mary, me pido un tercio de Mahou.

—He tenido que preguntar por ti para saber tu nombre —me dice alguien al oído.

Está detrás de mí, juntando su torso con mi espalda. Me rodea con las manos para apoyarse en la barra dejando mi cuerpo en medio. Yo sé al instante quién es. Él es el único motivo por el que he accedido a acudir otra vez a este lugar, hurgar en la posibilidad de

reencontrarme con él. Me giro aprovechando el breve espacio entre sus brazos.

—¿Y cuál te han dicho que es mi nombre? —pregunto a escasos centímetros de su rostro.

—Penélope —susurra Luca.

Reconozco que me incomoda leer en sus labios mi verdadero nombre. He perdido la costumbre de que sepan quién soy, de saber incluso yo misma quién soy. Sé que ha sido Fiama la que ha construido ese puente y la que, sin saberlo, me ha arrancado la máscara. Me regala una coartada para volver a ser yo misma dentro de esa espiral de caos en la que hace mucho tiempo que no hago pie.

—¿Qué más te han dicho de mí?

—Que estás casada desde hace muchos años y que no tengo ninguna posibilidad de llegar a conocerte.

—Las dos son ciertas… —respondo bajando la mirada—. Sobre todo una de ellas.

—¿Que estás casada?

—Que no tienes ninguna posibilidad de llegar a conocerme.

—Creo que sin conocernos ya sabemos mucho el uno del otro.

Luca se recoloca a mi lado apoyando los brazos encima de la barra y aprovecha para pedirse un whisky con hielo. Yo me pongo en la misma posición, tratando de evitar el asco que me está produciendo que se me queden los antebrazos pegados a la superficie.

—Puede ser. Sé que a ti te han roto el corazón. Se te ve a la legua. —Lo miro.

Él sonríe sin apartar la mirada de mí y de mis ojos.

—Y a ti también, Penélope.

Su respuesta es una saeta directa que me hace apartar la mirada y tragar saliva en silencio. Él me coge de la mano arrastrando la suya por la barra. Yo vuelvo a mirarlo. No sé si lo que necesito es una copa o escapar de ese hombre que sin conocerme está aprendiendo a leerme. Necesito algo más que una cerveza, así que opto por la primera. A pesar de tener ese pensamiento que me rumia por dentro y que me recuerda que podría estar embarazada, no he dejado de beber en ningún momento.

—¿Me pones un vodka con hielo, por favor? —pido al camarero.

Me lo bebo de un trago en cuanto me lo sirve, sin darle ni siquiera tiempo a servir a otro cliente.

—Un chupito de tequila también cuando puedas —le digo dejando el vaso sobre la barra—. Dos, dos chupitos de tequila.

Al llegar la comanda, repito y me lo bebo de un trago. Señalo con el dedo el otro, animando a Luca a beberse el que he pedido para él. Rechaza la invitación, así que cojo el pequeño vaso y me lo bebo de un trago también. Estiro los brazos sobre la barra, me inclino y miro al suelo. Así puedo disimular la arcada que me ha provocado esto.

—Y si te han dicho todo eso, ¿por qué estás hablando conmigo? —le pregunto a Luca mientras me yergo de nuevo.

—Me imagino que por lo mismo que tú me estás respondiendo. Por lo mismo que no paramos de hablar la noche en la que nos conocimos.

—¿Que es…? —Levanto la ceja. El alcohol me está animando.

Luca me coge de la cintura y me acerca a él.

—No sé, dímelo tú.

Nuestras caderas chocan en un baile magnético. Roma ya se habría follado a Luca en cualquier tipo de circunstancia.

Probablemente, lo habría hecho la primera noche. Yo sé que si Luca no sale de mi cabeza, y no forma parte del listado de aquellos hombres, es por algo.

Ambas sabemos por qué y por eso quizá nos protegemos. Luca me está llevando a ese lugar del que huía cuando creé a Roma. Buscaba narcotizar lo que un día me había hecho enamorarme de Galo y, de repente, estoy volviendo a experimentar lo que sentí cuando lo conocí.

Dos personas con el corazón roto se están mirando, se están encontrando cuando no tienen que hacerlo, quieren conocerse.

—Tengo que irme. —Me separo del roce de su cuerpo.

—Salgo contigo. Espera un segundo, que cojo de aquel rincón mis cosas.

Me dirijo a la salida y subo los escalones. Luca me alcanza a medio trayecto y sale hacia la superficie conmigo.

—¿Adónde vas? —me pregunta mientras, ya fuera, se pone la chaqueta.

—A casa. —Compruebo si pasa algún taxi.

—¿A casa? Si te acabas de tomar una copa y dos chupitos de un trago. —Luca se ríe.

—Y me pienso poner una copa de vino en cuanto llegue.

Me coge de la mano, guiándome hasta su moto, que está a pocos metros de ahí. Acciona el asiento y saca otro casco de su interior.

—Venga, que te llevo.

Suspiro. Estoy borracha. Estoy agotada. Quiero subirme a esa moto e ir a cualquier lugar que no sea mi casa. Ni el Hotel Grand Fiesta Americana.

—No te preocupes. Mejor me cojo un taxi.

Luca se vuelve a acercar a mí. Deja el casco sobre la moto, sube la mano hasta mi rostro y lo atrae con cuidado hacia su boca. Quiero abrazarlo. Quiero besarlo. Quiero parar todo ese tornado de emociones nuevas, resucitadas por algún motivo que no llego a comprender.

—Luca… —susurro a escasos centímetros de sus labios.

—Dime.

—No te compliques la vida conmigo. —Me separo de él.

Solo entonces giro hacia la calzada de la avenida. Cruzo por el medio, aprovechando que no pasa ningún coche, y echo a caminar, sin mirar atrás. Siempre he pensado que hay algo en los taxis ocupados, que implican una señal. Ando sin rumbo durante más de una hora hasta encontrar uno libre.

Escribo a Fiama nada más llegar al ascensor de casa porque me doy cuenta de que ni siquiera me he despedido de ella. Me responde a los pocos minutos adjuntando una foto morreándose con el jovencillo. Al traspasar el umbral de lo que antes había sido mi hogar, me sorprendo al ver las luces del salón encendidas. Galo está sentado en el sofá con el móvil. Me siento a su lado, todavía con el abrigo puesto, y lo miro.

—Apestas a alcohol, Penélope.

Inspiro, entrecerrando los ojos y dejando que el alcohol me ayude a templarme a la hora de responderle.

—Galo, te estás follando a alguien, ¿verdad? —pregunto con lengua de trapo pero sorprendentemente firme.

—Mira, Penélope, puedo pasar que de repente te dé por beberte tus copas de vino, aunque hayas huido de esa mierda toda tu vida. Puedo incluso entender que no pises apenas esta casa porque,

siendo honestos, no vivimos nuestro mejor momento como matrimonio. —Su tono va acalorándose—. Pero no voy a pasar por ahí. Si estás loca, si eres una tóxica, si tienes problemas mentales es tu puto problema, ¿me oyes?

«¿Por dónde empiezo? Venga, por el principio, porque es lo más cínico que he escuchado en mucho tiempo. Ahora resulta que voy a ser yo quien no aparece por esta casa. Tócate. Los. Cojones. O por el vino con el que ahora me inculpas, aunque siempre te ha molestado que no me pusiera una copa contigo, a pesar de haber discutido en cientos de ocasiones por qué no quería beber alcohol…». Los argumentos se me van colocando en la mente para ser verbalizados y escupidos como si mi boca fuera una metralleta, pero me quedo en silencio como también lo hice aquel día en el coche, como lo hice todas las noches en las que buscaba otro perfume en su ropa.

Me levanto y me encierro en el dormitorio. Me quedo en ropa interior y me meto en la cama. Cierro los ojos, recreo en mi mente a Luca mirándome a los ojos, a Luca acercándose para intentar besarme. Recuerdo cuando conocí a Galo, nuestros primeros mensajes, las zapatillas blancas, la primera vez que nos besamos en su coche, cuando me hacía el amor en mi apartamento, aquella vez en la que me abrazó en la fiesta de Fiama y me hizo sentir la mujer más especial de este mundo, nuestra boda, nuestra vida juntos…

Permito que a pesar de tener los ojos cerrados una lágrima humedezca mis pestañas. El corazón si no quiere se marchita. Cuánto depende de nosotros amarrar el corazón para no caer en la tentación de los amores kamikazes.

Vodka

Dos días después de aquella conversación con Galo, voy a una farmacia a comprarme un test de embarazo al salir de la oficina. Llego a casa y me voy directa al cuarto de baño del dormitorio. Ahí extraigo el test de su envoltorio y hago pis encima. Lo dejo sobre la tapa del inodoro y aprovecho la espera para lavarme las manos. Me recorro el breve espacio entre las dos paredes del baño unas veinte veces. A los pocos minutos, al pasar por delante, veo que la pantalla del predictor ha cambiado. Lo cojo sin querer mirar el resultado todavía. Cierro los ojos, tomo aire y trato de calmarme. Cuando estoy preparada, miro el resultado: «No embarazada».

—Joder, menos mal —digo en alto sin poder evitarlo a pesar de estar sola.

Tiro el test en la papelera del baño. Salgo a la habitación y abro el armario donde normalmente guardo alguna botella de vino. Esto merece una celebración. Me sorprende no encontrarme con ninguna botella, juraría que había dejado ahí una la noche anterior. Voy a buscar a la cocina, pero tampoco encuentro nada. Después miro en la despensa. Nada. Barro cada una de las baldas de la estantería removiendo briks de tomate, tarros de legumbres y latas de atún en conserva. Nada. Noto cómo la respiración se me va agitando. Sé a ciencia cierta que es ahí donde Galo guarda algunas de sus botellas especiales. Cada vez me llega menos oxígeno a los pulmones, el corazón se me acelera, como una taquicardia. Me está dando un ataque de ansiedad, porque parece que Galo ha escondido esas

botellas, lo que implica que ya no queda ni una gota de alcohol en esa casa.

Media hora después, y armada con el body lencero y el pintalabios, estoy sentada de nuevo en la barra de Mexicana pidiendo un bloody mary. He intentado por todos los medios no volver a aquel lugar desde que me di cuenta del retraso en mi menstruación en el Grand Fiesta Americana, pero ahí estoy de nuevo, con el rubiales mirándome sonriente desde el fondo de la barra.

Siento los ojos de un grupo de chicos clavándose como alfileres en mi cuerpo. Intuyo desde hace un tiempo que muchos de los clientes piensan que soy uno de los servicios complementarios del restaurante. La duda se comenzó a tejer el día en que un desgraciado (uno de los que no tienen nombre en el listado) me dejó un billete de diez euros en la mesilla antes de irse. Todavía guardo el dinero en la cartera.

—¿Cómo va todo, Roma? —me pregunta el rubiales con su dulzura habitual—. Hacía unos días que no te pasabas por aquí.

—Sí, bueno… He tenido algún problemilla —respondo para no decir: «Me acojoné porque pensaba que me había quedado embarazada de alguno de estos desgraciados».

—Vaya, espero que esté todo bien.

—Qué mono eres. Ojalá todos fueran como tú.

El joven camarero sonríe y se va a servir al resto de los clientes. Yo aprovecho para mirar fijamente al grupo que me está evaluando desde la esquina. Al hacerlo comienzan a cuchichear entre ellos. Deben de estar apostando quién será el caballo ganador. Los

observo mientras bebo lentamente mi bloody mary. Parecen decidirse, porque uno de ellos se aventura y se acerca a mí.

—Roma, ¿verdad?

Asiento en silencio removiendo el apio en el cóctel en movimientos circulares tal y como hacía Penélope con el café de las mañanas hace una eternidad.

—¿A qué te puedo invitar? ¿Qué bebes?

Detengo el movimiento, suspiro y giro el rostro hacia el muchacho.

—¿A ti qué te parece que bebo?

—Diría que un bloody mary —trata de adivinar nervioso.

—¿Qué quieres exactamente? —le pregunto, aburrida ya de ese juego—. Porque algo me dice que no estoy dispuesta a darte lo que buscas.

El chico asiente y sale corriendo hacia su grupo de amigos. Está avergonzado, y no por mi respuesta, sino por cómo lo miran el resto de los hombres, muchos de ellos viejos testigos de muchas de mis noches en Mexicana. Entonces veo claro que lo que se la pone dura a todos ellos no es follarse a Roma, sino la eterna fantasía del chaval en sus primeras pajas con la profesora de Matemáticas, con las tetas de la amiga de su novia, con la mujer de su colega, con la que les guiña el ojo en el ascensor por las mañanas… Gran parte de la erótica de un hombre se basa en desear lo que no puede tener. Por eso le estimula tanto creer que, por un momento, aunque sea en sus pensamientos, te tiene. A ninguno de aquellos hombres les importa una mierda Roma, lo único que buscan es embravecerse pensando que durante lo que ocupa un coito (¿unos veinte minutos?) la han poseído.

Chasqueo los dedos para llamar la atención del rubiales. Al mirarme le señalo el bolso para que esté pendiente de él y salgo a fumar un cigarro. Madrid respira un silencio y una calma que no reconozco. O que hace mucho tiempo que no he sido capaz de ver. Desde ahí, desde fuera y a través de la gran ventana que da a la calle, contemplo el interior de Mexicana. Grupos de hombres de todas las edades han conquistado todos los rincones posibles salvo uno, el mío, la esquina de la barra junto a la estantería de calaveras. Aquel es mi sitio.

Inspiro el humo y lo libero lentamente mientras escucho el bullicio del interior y el susurro de la música que siempre suena de fondo. En ese escenario veo mi biografía representada. Mi vida ha sido como un rinconcito de *El jardín de las delicias*. Un sinfín de detalles, algunas pinceladas interpretables, otras absolutamente imposibles de traducir, y, sin embargo, una colmena de vivencias que en el fondo, salvo yo, nadie podrá conocer jamás. Uno nunca puede llegar a compartirse del todo. Nadie llega a conocerte del todo.

Muchos dirán que Roma es una reacción desmedida, pero vive más amordazado el que no es consciente de sus propios laberintos. Yo simplemente busco evadirme de mí misma, enajenarme de mi propia vida, y hallar así la sistematización al enjambre emocional humano, a los sentimientos sin ley ni orden.

He conseguido lo que buscaba: mi erotismo perdido. He encontrado lo que jamás había sentido: confianza en mí misma. Por el camino me he convertido en una adicta, han abusado de mí probablemente en más de una ocasión y se han pensado que el éxodo de mi vida es mi forma de ganármela. Me han llamado puta

como insulto y como estímulo. También piensan que soy prostituta. He perdido a mi marido y estoy a punto de perder mi trabajo.

Quiero amansar la tristeza, y en lugar de eso he abierto la puerta del laberinto para que el minotauro escape. Yo siempre he sido cobarde, no he sabido torear el toro, por eso solo lo he anestesiado con alcohol, lo he tranquilizado desde la evasión. Roma ha culminado la ecuación hedonista. Roma tampoco es valiente, pero sí es consciente de que nunca le permitieron ser niña. Nunca se preguntó cómo sería Narnia, y cuando le contaron el cuento ya de mayor, y por fin se atrevió a entrar en la cueva de Alí Babá, lo que se encontró fue con cuarenta cabrones que querían follársela.

Tiro el cigarrillo consumido y marcado con pintalabios al suelo. Lo piso con fuerza y vuelvo a internarme en Mexicana. Al volver a mi lugar de la barra, me doy cuenta de que estoy bebiendo más lento de lo habitual y que el vaso ha comenzado a crear su poso de agua por el hielo. De pronto se acerca un rostro conocido con el que hace un tiempo coincidí en los baños del restaurante y con el que, desde entonces, he convivido en Mexicana como viejos conocidos.

—Roma, déjame presentarte a alguien —me dice Fernando.

Al girarme, lo veo. Ahí está. Pasa entre la gente. Todos me están mirando a mí, porque todos en Mexicana miran a Roma. Los hombres están obnubilados, hipnotizados como si mirasen el fuego, aunque Roma, desde hace varios días, parece que se está muriendo en su propio incendio. Yo le miro a los ojos. Él aprieta las mandíbulas al escuchar el que ha sido mi nombre siempre en Mexicana. Yo miro a los ojos a Galo, a ese desconocido, a mi marido. Me pregunto hasta qué punto se puede posponer lo inevitable. Cuántas negociaciones permiten el tiempo y el destino.

Galo se acerca a mí lentamente y se apoya sobre la barra. Suena Otis Redding. Mira primero el bloody mary y luego me mira a mí. Recorre con las pupilas mi cuerpo, primero la cadera, luego la cintura, el pecho cubierto por la suave lencería del body negro, las clavículas, el cuello, la mandíbula, la boca delineada con el pintalabios, el cabello… Se quita la chaqueta y la coloca en la barra, junto a mi copa. Su perfume nos invade a ambos. Nos miramos y el mundo parece pararse por un segundo. Entonces yo me apoyo en la barra y me inclino sobre él, cerrando los ojos, como he hecho con tantos otros hombres en ese mismo lugar. Estoy a escasos milímetros de su boca, siento su respiración humedeciendo mis labios, coloreados con el rosa de un cosmético barato. Y como Cleopatra, prefiero que me muerda la víbora a dejar que Roma exhiba mi muerte como un triunfo. Por eso lo beso. He conseguido escapar del dolor gracias a Roma, pero Roma ha terminado por hacer que el placer y el dolor sean, inevitablemente, lo mismo.

Simbología de los personajes

PENÉLOPE. Penélope, en la *Odisea*, es el símbolo de la fidelidad conyugal al esperar durante veinte años el regreso de su marido. Penélope espera pacientemente a su amado. Primero, lo hace desde el amor, desde la fidelidad, la lealtad y siempre desde el silencio. Teje la espera y trata de hacer equilibrios sobre cada hilo que remienda. No sabe ser sin que el amado le otorgue, a través del amor, una identidad. Por eso espera y sigue esperando, como un perro aguarda a su amo, acostada en la quietud del hogar vacío.

ROMA. El imperio que busca su esplendor con la conquista, que coloniza sin pudor y responde únicamente ante su propia hambre. Lo único que anhela es poder. Roma es un pulso latente, un corazón que bombea cada vez más rápido, el fuego prendiéndose hasta consumirse en su propio incendio.

GALO. La figura del hombre marchante que convierte a Penélope en la figura de la espera, el que viene de Galia, extranjero y exótico.

FIAMA. Deriva de *fiamma*, que significa «llama» o «fuego» en italiano. Fiama es la amiga que siempre brilla, pero también la que,

sin saberlo, prende la oportunidad de que su amiga Penélope se convierta en su *alter ego.*

BRUNA. Del latín, coraza.

TRISTÁN. Víctima de su tragedia, significa «triste» o «doloroso».

LARENCIA. De «Laurencia», quien, según el mito, fue la madre de los fundadores de Roma, Rómulo y Remo.

Agradecimientos

Este libro es para mi familia, para mi madre, para mi hermano, para Guillermo, para mi padre.

Mamá, por acompañarme en todos mis desvelos con un amor infinito, puro y real. Aquella noche, acunadas por la luna y el mar de Marbella, entendí que la vida nos ha concedido el mejor de los regalos, tenernos la una a la otra. La vida no te lo ha puesto fácil. Ojalá algún día sientas que se pudo compensar tantísimo dolor y que alguna semilla de esa alegría sea que estés orgullosa de mí. Este, y todos mis libros, siempre serán para ti.

Nachete, por hacer que ninguna puerta de embarque fuera jamás un sinónimo de distancia. Sé que tú a veces has sentido ese peso, pero es imposible sentirte lejos cuando somos plenamente conscientes de lo muchísimo que nos quieres. Hace un tiempo me dijiste que siempre conseguía encontrar la luz en los lugares más oscuros; creo que es porque siempre he tratado de convertirme en ese farito que os alumbrara cuando teníamos que cerrar la puerta. Espero haberlo conseguido.

Guillermo, porque conoces cada una de mis heridas, y eso que tu amor nunca quiso ser confesionario. Sabes cuántos cadáveres escondo, conoces los traumas, la página de sucesos, el titular. Y a pesar de todo me miras como si fuera un alma que, aun estando

oxidada, puede volver a brillar. A lo largo de estos ocho años hemos luchado como enfermos, nos hemos acompañado hasta el infierno y hemos arañado la tierra hasta buscarle una salida al dolor. Pero, sobre todo, nos hemos querido con cada rincón de nuestras almas. Gracias por enseñarme lo que creía imposible: escribir desde la alegría.

Papá, porque te prometí que seguiría escribiendo pasara lo que pasara, y aunque no fui capaz de trazar ni una sola línea durante el año que te fuiste, sé que tú me estabas guiando desde arriba cuando volví a enfrentarme a este libro. Todavía guardo el mensaje en el que me decías que soy «de esas mujeres que no saben rendirse», lo leo los días en los que siento que el cuerpo quiere abandonarme. Por favor, no dejes nunca de cuidarme desde el cielo.

Este libro tampoco hubiera sido posible sin mis amigas y su infinito libro de anécdotas, y es que muchos de los personajes del zoológico de Mexicana no solo han existido, sino que nos han regalado grandes momentos o han tenido especial relevancia y gracia en nuestro listado de errores. En cualquier caso, siguen siendo la prueba definitiva de que la evolución de la especie humana no siempre es progresiva. Gracias, chicas, por hacer que brindar acabe siempre en carcajada.

Gracias al equipo editorial que está detrás de este y de miles de libros. Es inmenso el trabajo que lleva editar un manuscrito, así como todos y cada uno de los pasos para que, por fin, acabe en una librería y, en el mejor de los casos, en la mesilla de noche de alguien. Gracias a Penguin Random House y a todo el equipo de Suma. Gracias a Mónica Adán, a David Trías, a Ana Lozano y a Gonzalo Albert por acompañarme durante este proceso y enseñarme

a adiestrar un poquito más a todos mis demonios. Gracias a ti, Belén, porque un día caminando por El Retiro me dijiste que algún día escribiría una novela como esta. Como en tantísimas otras cosas, tenías razón.

Gracias a ti, lector, por asomarte a esta historia y por hacer que mi sueño sea real y tenga sentido. Para todos aquellos que lleváis acompañándome más de diez años publicando, gracias; siempre, independientemente del tiempo que pase, seguiréis siendo mi ejército de salvavidas.

Después de cuatro años, ha llegado el momento de despedirme de ti, Penélope. Eres esa mujer que me devolvió la esperanza de ser capaz de escribir una novela, así que para mí siempre tendrás un espacio en la realidad. También porque a todos nos gusta creer que la ficción tiene algo de verdad, como nos gusta creer, cuando vemos un truco de magia, que hay un porcentaje de posibilidad de que se pueda sacar un conejo de una chistera. Queremos creerlo porque así el mundo adquiere otra tonalidad y nuestras rutinas dejan de ser tan anodinas, dejan de ser aborrecibles. Durante el proceso de escritura de *Bloody mary* he sentido todas las emociones posibles: alegría, orgullo, miedo, pudor… Penélope, gracias por ayudarme a crear este mundo de laberintos y espejos en el que por fin me doy cuenta de que sí era capaz.

Una historia a corazón abierto



Después de más de una década de matrimonio, Penélope siente que su relación con Galo está rota. La sombra de la duda y los problemas de comunicación entre ambos hacen que los miedos que creía ocultos salgan a la luz. Es así como comienza una transformación que la llevará a experimentar una realidad hasta el momento prohibida para ella.

La escritora y poeta Loreto Sesma debuta en novela con una historia original y atrevida que combina la sensualidad y la rebeldía con la metáfora descarnada, la búsqueda de sentido y la palabra como tabla de salvación. *Bloody mary* es una novela que se articula entre la herida, la culpa y el placer. Un placer desinhibido y real, sin censuras.

Una experiencia de lectura que se disfruta como un cóctel y que abrasa la garganta.

«Quería escribir una novela que tuviera la poética de Bergman, la crudeza de Haneke, el color y una protagonista fuerte y sexy a lo Tarantino y también algo neurótica, intuitiva, única como las mujeres de Almodóvar. Lo he intentado con todo mi corazón. El resultado es esta novela que tienes entre las manos».

LORETO SESMA

Loreto Sesma (Zaragoza, 1996) es una joven periodista y poeta española, ganadora en 2017 del Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla por *Alzar el duelo*. Cuenta con otros cinco poemarios de gran éxito, entre los que se encuentra *No bastó con querer*, publicado en Penguin Random House en 2022. Ha colaborado en medios escritos como *El País* o *Público*. *Bloody Mary* es su primera incursión en la novela.



Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Loreto Sesma
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Elena Boet Serrano
Ilustración de portada: © Javier Mayoral

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-31-6

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Bloody mary

La herida

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

La culpa

- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

El placer

- Roma
- Zumo de tomate
- Salsa Perrins
- Un toque de sal
- Pimienta negra molida
- Hielo
- Apio
- Salsa de tabasco picante
- Vodka

Simbología de los personajes

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Loreto Sesma

Créditos